

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)

Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier

AÑO XXI NÚMERO 75 2005/2 www.mounier.org

EDITORIAL

La noticia de los periódicos reza así: «Bush crea un día de la santidad de la vida humana y de la libertad religiosa». «El presidente de Estados Unidos, George W. Bush, ha decidido que, en adelante, el 16 de enero sea el Día Nacional de la Santi-

dad de la Vida humana y el Día de la Libertad Religiosa'. 'Nuestra nación ha realizado significativos adelantos en los años recientes para construir la cultura de la vida', dijo en un comunicado el presidente estadounidense'.

Ya lo ven, amigos lectores: la religión

Imperial sigue su curso inexorable hacia la deificación de la Nueva Roma. Nada extraño si —más pronto que tarde— el Emperador deifica al Emperador, a petición del propio Emperador o de sus plañideras: ¡Heil, Imperator! ¿Bush defiende la vida? ¿dirían lo mis-

Continúa en la página siguiente

SECCIONES

01 Editorial

03 Desde Noruega, por Esperanza Díaz

05 Desde Argentina, por Inés Riego de Moine

07 Desde México, por Jaime Septién

■ POLÍTICA Y ECONOMÍA

09 ¡Finalmente brilló el sol! por Juan J. Lasa

11 Recoger lo disperso, fundar la unidad y fortalecer la comunidad, por Juan Biosca

13 Acerca del llamado reglamento de la Ley Penal del Menor que esta democracia reglamenta, por Patricia Fernández y Gonzalo Romero

16 Europa sin alma, ¡qué proyecto de Constitución te quieren dar!, por Federico Peter Manfred

■ PENSAMIENTO

18 Sobre las ideas que se usan pero no se entienden, por Marisa Villalba de Tablón

21 La muerte y resurrección del personalismo comunitario, por Carlos Díaz Pérez

24 Fides quaerens societatem, por José Ramón Pacual

26 Tsunami, un drama que exige conversión, por Luis E. Hernández

■ RELIGIÓN

27 Diálogo interreligioso desde la verdad o la verdad nos hará libres, por Luis A. Henríquez

29 Carta de un bautizado a la Conferencia Episcopal, por Pedro Jiménez

31 Mounier: ¿un santo canonizable? Entrevista a Carlos Díaz, por Miriam Díez

33 A propósito del libro *La fe y la estafa* de Enrique de Castro, por Benjamín Forcano

■ OFICIO DE ESCRIBIR

39 Suyai, por Carmen Ibarlucea

42 Para ti mi vida y mi poesía, por Israel Gajete

43 Rincón bibliográfico



ANÁLISIS

África: ¿a dónde va?

46 PRESENTACIÓN

47 Iglesia y misión:

Evangelizar para el desarrollo

P. Deogratias Tulinnye

50 Creencias distintas
en un África múltiple

Jaime Rosich

54 Globalización y rapto de África

Gerardo González

59 Problemas viejos
en moldes nuevos

José Luis Cortés

63 SIDA en África:
¿derechos humanos versus
moral católica?

Juan E. Garay

CONSEJO DE REDACCIÓN

Juan Ramón Calo, Antonio Calvo, Luis Capilla, Carlos Díaz (director), J. Manuel Linares, Teófilo González Vila, José Luis Lorient, Eduardo Martínez, Luis Narvarte (Presidente del Instituto E. Mounier), Emmanuel Buch, Manuel Sánchez Cuesta.

EDITA: Instituto Emmanuel Mounier
c/ Melilla, 10 - 8º D ■ 28005 Madrid
Tel./Fax: 91 473 16 97
http://www.mounier.org ■

Periodicidad: trimestral.
ISSN: 1698-5486

Depósito legal: M-3.949-1986.

Diseño y producción: La Factoría de Ediciones,
SERVICIOS EDITORIALES, tel.: 91 521 32 20

Impresión: Color 2002, S.L. (Getafe)

mo los empobrecidos, los atropellados, los masacrados del Imperio? ¿Bush defiende la libertad religiosa, o cualesquiera otra libertades? Puesto a elegir, un personalista tiene las cosas claras: en esto no cabe más que responder con el sí o el no.

Afortunadamente, no toda la prensa es del mismo signo. En el Houston Catholic Worker (febrero del 2005), y bajo el título «Dorothy Day enseña el amor de Dios por los pobres», se recoge este texto de Peter Maurin, «Un personalista»:

Un personalista
es dadivoso,
no un avaro.

Trata de dar
lo que tiene
y no de obtener
lo que la otra persona tiene.
Trata de ser bueno
haciendo el bien a otras personas.
Es altruista,
no egoísta.
Tiene una doctrina social
del bien común
con palabras y hechos.
A través de palabras y hechos
hace que nazca
una unidad común,
la unidad común
de una comunidad».

Hay que elegir, es decir, hay que actuar. Personalistas de todos los países ¡actuemos! «Cuando canta el gallo rojo/ es que ya se acaba el día/ si cantara el gallo rojo/ otro gallo cantaría./ Gallo negro, gallo negro,/ gallo negro, te lo advierto:/ no se rinde un gallo rojo/ más que cuando ya está muerto». La rojez de nuestro gallo es la de la sangre de las personas pobres y humilladas de la tierra, de las nacidas y de las que son sacrificadas antes de nacer: la sangre del cordero.

.....
Carlos Díaz

Director de Acontecimiento
.....

Boletín de suscripción por domiciliación bancaria.

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid)

Nombre _____
Apellidos _____
Domicilio _____
Población _____ Provincia _____ C.P. _____
Correo electrónico _____
Banco o Caja _____
Domicilio del Banco o Caja _____ C.P. _____

Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números)

Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

- ☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 13,00 €)
☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 25,00 €/año)
(la cuota incluye la suscripción a Acontecimiento).

FOTOCOPIE Y ENVÍE ESTE FORMULARIO

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____
Banco o Caja _____
Domicilio del Banco o Caja _____
C.P. _____
Agencia Nº _____
Nº de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el **Instituto Emmanuel Mounier** con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma: _____

Titular _____
Domicilio _____
Población _____ C.P. _____

Desde Noruega

Limpieza

Esperanza Díaz

Médica

edi@broadpark.no

Hace pocos días, un artículo en el periódico local afirmaba que, en los últimos dos años, la demanda de limpieza a domicilio se ha duplicado en las ciudades noruegas. En el pasado 2004, varios miles de familias contrataron por primera vez la ayuda de estas empresas para la limpieza de la casa. La razón no es otra que la de evitar discutir a quién le toca limpiar el baño. El perfil de estas familias es de parejas en los 30-40, los dos trabajando fuera de casa y con niños. «Si este aumento continúa —afirma en periódico—, en pocos años lo normal en Noruega será que otros limpien lo que nosotros ensuciamos».

Si bien el fenómeno del «servicio» o la «chica» (como lo queramos llamar) no es en ningún modo una novedad, hay un par de razones por las que creo que puede ser interesante el pararse a reflexionar sobre este hecho que reaparece con fuerza renovada en el primerísimo mundo.

Por una lado, la sociedad capitalista de consumo en la que nos hallamos inmersos, afirma que es bueno crear empleo y poner en movimiento el capital. Mientras ahorrar, según esta visión de la vida, sería incluso un acto de egoísmo, el pagar a otros para que hagan una parte de nuestro trabajo se comprende como una contribución a la causa común para que el engranaje en que vivimos funcione. Sin detenernos ahora a hacer una enmienda a la totalidad a este tipo de pensamiento (trabajo necesario que va más allá de esta humilde página noruega), sí me gustaría poner de relieve la hipocresía de una sociedad que utiliza este planteamiento en su propio beneficio. Para empezar, parece comúnmente aceptado que el

quitar la basura que generamos, el limpiar lo que nosotros mismos ensuciamos, no es precisamente algo deseable o, en palabras más modernas, no es algo que nos «realice». Permítaseme suponer que aún peor nos parecerá limpiar los desechos ajenos. Sin embargo, si nos parece adecuado tener a una casta de intocables que asuma estas tareas por nosotros. Eso sí, para que esté dentro de las normas democráticas que dejaron tiempo atrás la esclavitud, justificamos su calidad de empleados con una escuálida nómina y disfrazamos ahora a los «asistentes» con uniforme que tape su tez morena —como era de esperar, en este sector los extranjeros están sobrerrepresentados—. Así estamos generando trabajo, afirman, que es lo que el sistema necesita para funcionar. Pero, eso sí, trabajo que no queremos para nosotros, ya que un



noruego habitual prefiere vivir de la asistencia social si fuera necesario que trabajar en la limpieza.

A pocas de estas jóvenes y atareadas familias parece ocurrírseles la posibilidad (que aquí en Noruega sí es real) de disminuir el porcentaje de trabajo que uno de los dos tiene, por ejemplo. Y es que es más agradable trabajar un par de horas más y volver a una casa limpia, que llegar de un trabajo más corto y ponerse a fregar. La pregunta es si es más constructivo para la familia en cuestión y, sobre todo, si a esas personas que limpian no les gustaría también más tener otros empleos menos pesados y más humanizantes. Sin esperar que florezcan ideas como la de la rotación en el trabajo, que suena a cosa de anarquistas y además parece tarea imposible en nuestra sociedad, sí que sería deseable, creo yo, preguntarse qué tipo de valor de la persona subyace a esta nueva práctica. ¿Será la de que cada uno es lo que se ha ganado ser, y si un licenciado ruso o argentino tiene que limpiar suelos en Oslo, será que algo ha hecho?

Por último, es de destacar la razón por la que las familias están dispuestas



a pagar 1.000 coronas al mes (unos 120 euros), que no es otra, como mencionásemos arriba, que la de no pelear-

pieza semanalmente, desaparece el motivo de conflicto. El peligro puede llegar a ser que, como pasa con el niño

se por el asunto de «a quién le toca limpiar». La era en la que la mujer noruega aceptaba como suyas las tareas de la casa y el marido salía a trabajar, es ya más que historia. Y bien está. El asunto es, trabajando los dos como suele ser el caso, quién se quita los anillos y limpia la bañera... Este asunto, internacional, me temo, se resolvía hasta ahora, en muchas ocasiones, a base de eternas discusiones que en no pocos casos, acababan —junto a otras de fondo, es de suponer— con la pareja. Ahora ha llegado la solución: alquilada la lim-

pieza semanalmente, desaparece el motivo de conflicto. El peligro puede llegar a ser que, como pasa con el niño al que nunca se ponen barreras por evitar una llantina, pasado el tiempo, al eliminar de un plumazo los conflictos, eliminemos también el crecimiento. Si no trabajamos la comunicación, el común acuerdo, el ponerse en el lugar del otro, el rectificar cuando sea necesario, temo mucho que nuestras parejas serán tranquilas, sí, pero pobres y poco duraderas. Quede bien claro que no afirmo que lo deseable sea darse gritos o montar números trágicos para resolver la cuestión del tú o yo. Sino el afrontar estos pequeños, pero pesados, problemas de convivencia para encontrar una solución tu-y-yo. Creciendo. Por bajos que estén los intereses de los préstamos en los bancos, y poco lo que nos cueste alquilar a otros que nos hagan la tarea, puede que nos salga mejor la inversión si la hacemos en acciones de palabra y respeto. A la pareja y al prójimo.

Desde Argentina

«Cuando ellos nazcan con las sienes blancas»

Inés Riego de Moine

Presidente del Instituto E. Mounier
Argentina

Con esta inquietante imagen de nuestro título pintaba el griego Hesíodo, aproximadamente unos mil años antes de nuestra era, el escenario epocal y personalizado de quienes habitarían el futuro de la humanidad: los «hombres de la raza de hierro». Ustedes dirán conmigo, luego de escuchar al profeta beocio, si en aquel linaje de lenguas milenarias no se reflejaba especularmente nuestra humanidad enferma:

«El padre, en tal ocasión, no se parecerá en nada a sus hijos, ni los hijos a su padre; el huésped no será grato al huésped, ni el amigo al amigo, ni el hermano al hermano, como sucedía en otros tiempos. A los padres, cuando envejecan, menospreciarán los hijos, y éstos, ¡los perversos!, sólo pronunciarán rudas palabras para quejarse de aquéllos, no demostrando temor alguno al cielo... Impondrán la fuerza por encima del derecho, y devastarán las ciudades los unos a los otros. Ningún valor se dará al juramento, ni a lo justo ni al bien; sólo se respetará al inicuo y al violento... El cobarde ganará siempre la partida al valiente mediante falsa palabrería, apoyada en falso juramento. Al compás de las miserias humanas marcharán los reprobables Celos, con su amargo lenguaje y sus pensamientos odiosos, y que sólo encuentran deleite en el mal. La Conciencia y la Vergüenza volarán entonces de la vasta tierra... Sólo quedarán para los mortales angustias y dolores, y contra el mal no existirá recurso alguno». (Hesíodo, *Los trabajos y los días*)

Cuando terminamos de leer el último informe de la ONU sobre el tráfico de seres humanos en el mundo, no pudimos menos que recordar a Hesíodo y su profética mirada epocal sobre nuestra temeraria «edad de hierro». Porque los cuatro millones de niños y mujeres destinados a la prostitución, la pornografía, el narcotráfico, la adopción ilegal, la servidumbre doméstica, fabril o rural, y el difuso y no menos inquietante tráfico de órganos, parece haber nacido bajo aquel triste estigma de las sienes blancas, que no sólo ha violado la infancia inocente a los niños y la dignidad elemental a las mujeres, sino que les ha arrebatado su futuro, en la manipulación macabra jamás gestada de la historia humana. Y estas cifras sin contar con el no menos violento y homicida tráfico y selección de embriones, de esos seres no natos a los que ni siquiera les damos la oportunidad de nacer y celebrar con nosotros el maravilloso banquete de la vida.

Pero las víctimas de este flagelo de lesa humanidad, que las Naciones Unidas ha calificado como el «tercer negocio más lucrativo del siglo», después del tráfico de armas y drogas, proceden en su mayoría de nuestro sur, América Latina, y, en menor medida de los países del ex-bloque socialista. Estos verdaderos «cargamentos» de la ignominia humana viajan directamente a saciar la mirada torva de la envilecida Europa, ese norte sin norte que también engrosa las filas de los nacidos con las sienes blancas, aunque su causa no sea la urgencia del hambre y la miseria sino el hartazgo de una vida llena de bienes materiales y vacía de valores humanos.

Según el informe de la Comisión Europea la cifra de mujeres latinoamericanas en la red de prostitución europea aumenta en forma alarmante.



El negocio parece superar cualquier cálculo imaginable: la Organización Internacional de Migración (OIM) estima que las mafias europeas emboolsan unos siete mil millones de dó-





lares anuales con este negocio. Colombia y República Dominicana son los países latinoamericanos más afectados: unas 40 mil dominicanas y 50 mil colombianas «trabajan» en Europa, Japón y EEUU. Pero el informe de Unicef es, ciertamente, el que más eriza nuestra piel: ¡dos millones de niños indefensos se prostituyen en el mundo! ¡Si Hesíodo se levantara de su tumba! Volvería a repetir con infinita tristeza aquel clamor salido de la entraña de los tiempos, que vaticinaba como pocos el actual oprobio, aunque seguramente su imaginación no llegaría tan lejos: «Al cielo he de dar las gracias por no pertenecer yo a esa quinta raza, y que bien muriera antes o naciera más tarde».

Si la lucidez del poeta nos ampara y aún si pudiéramos elegir cuándo nacer, «el mejor de los mundos posibles», como sostenía el filósofo Leibniz, sería el nuestro, aquél que nos ha

sido donado para ser cuidado y mejorado con las manos de nuestro trabajo y con el afán de nuestro corazón. ¿Qué mayor confianza podría haber depositado Yahvé Dios en el hombre cuando le encomendó el jardín de Edén para que lo labrase y cuidase? (Gn 2, 15) Aunque la mentada globalización haya flexibilizado las fronteras de la tolerancia y aunque los poderosos de turno nos quieran poner anteojeras con nombre de progreso, placeres y abundancia, nunca como en nuestros días hemos de constatar cómo y cuánto hemos renegado de ese cuidado amoroso con que los numerosos «tú» nos solicitan. Es por nuestra ominosa falta de cuidado que algunos seres humanos huyen de sus hogares por engaño o necesidad tanto como otros huyen de sí mismos y de su responsabilidad frente al sufrimiento de ese prójimo, tan cercano que le mira el rostro cada día y tan lejano cuanto el cristal de la indiferencia se lo permite. Aquí mismo, en Argentina, los tristemente llamados «pibes chorros» aparecen como el flagelo cotidiano de la violencia callejera que «hay que erradicar» pero, a tal punto ha llegado nuestra indiferencia como sociedad, que no miramos a ese rostro suplicante urgido de un poco de amor que se esconde tras el «afane» y la «fana», el pegamento adictivo con que buscan eludir la realidad. Es más, si no fuera porque su violencia les confiere el estatuto social que les da consistencia ontológica y existencial, los ignoraríamos todavía más.

Tráfico humano, abandono, enfermedades, violencia son las secuelas abominables de la indiferencia y el desamor cotidianos que se expresan en esta ignominiosa y renovada esclavitud del siglo XXI.

En el cuerpo de la humanidad doliente se oculta esta verdadera laca de indignidad, que hay que ocultar y maquillar lo mejor posible tras cirugías estéticas y parches de solidaridad que buscan disimular tanta ruindad. Nacer con las sienes blancas es tanto como haber olvidado la conciencia y la vergüenza que nos deberían definir como humanidad. Nacer con las sienes blancas es haber corrompido desde antes de asomar a la vida el tesoro más valioso que se nos ha confiado: la vida de otro ser humano. Nacer con las sienes blancas es haber violado el recinto sagrado de la inocencia con que nuestros niños saborean el tiempo de su espera. Nacer con las sienes blancas es, en fin, la última señal de advertencia para que cuantos sepamos ver y oír agucemos nuestra imaginación y ofrezcamos nuestras manos para reconstruir ese rostro humano ultimado en el dolor.

Y si, como lo anticipó Hesíodo, el cobarde nos gana la partida, es porque aún los que nos decimos valientes y sabemos que no hay mejor lucha que la lucha por el hombre, tenemos ese rincón de cobardía que nos inhabilita para comprometernos hasta dar la vida, hasta entregarnos por completo a la casi imperceptible siembra cotidiana en pos de la luz que nos amiga con el orbe y nos eleva al hálito del espíritu. Porque «una generación empobrecida en el espíritu y sedienta de él se vuelve doquiera que el espíritu fluye en plenitud para beber de él. Y éste es un saludable ejercicio. Porque el espíritu está vivo y no muerto» (Edith Stein).

Desde México

La muerte como ejercicio comunitario

Jaime Septién

Periodista
Director de *El Observador*

1

Hace pocas semanas, a los 89 años de su edad, murió mi padre. Un médico de los que ya no hay. Pediatra de convicción, curó a varias generaciones de niños en mi pueblo natal, Tampico, en la costa del Golfo de México; un poblachón destartelado y húmedo al que se aquerenció por el amor a mi madre y el crecimiento de sus diez hijos.

A los funerales, acudieron muchas familias a darle el pésame a la mía; pero, sobre todo, a contar anécdotas que pintaban de cuerpo entero la reciedumbre, la ironía y el don de gentes que tuvo —como modelo de médico— mi padre. Anécdotas conmovedoras y, a la vez, simpáticas. Seco como una piedra pero bueno como el pan, «el doctor Septién», como le conocían todos (hasta yo le decía «doctor» en lugar de papá), supo ganarse a pulso el fervor de sus pacientes por la simple casualidad que vivía, desde la intimidad insobornable, su profesión.

Acontecimiento hartó difícil de vislumbrar en los días que corren, donde

todo el mundo parece —o anuncia— estar a disgusto con lo que hace, quizá por estar metidos hasta el tuétano en esta loca carrera de acumular bienes y llegar, cuando llegue la hora, a ser los más ricos del panteón. Uno de los secretos mejor guardados de una vida plena es no desear más de lo que se tiene, de lo que se ha ganado limpiamente, de lo que se necesita para darle sustancia a la dignidad y al decoro. No es mucho, por cierto.

Tuve la oportunidad de rezar frente a su cadáver momentos antes de la cremación. No diré que había alegría en su rostro. Un semblante sonriente al interior del féretro es parte de la sociedad del espectáculo que han montado los estadounidenses y sus émulos: había, eso sí, serenidad; la calma que anuncia el haberse ido, como quería Machado, ligero de equipaje. No todos se van así. He visto muertos amargados; tipos a los que sorprendió el débito antes de saldar cuentas in-



cluso consigo mismos. Su semblante apesadumbra. Un rictus de desazón; una sonrisa hinchada advierte cuentas por pagar, o, lo que es más doloroso, por cobrar. Papeles en blanco que rondan la calva calavera, aún a la hora del fin, cuando ya no hay pregunta, cuando la respuesta o es el silencio o el infinito.

2

México es un país que honra, profundamente, a sus muertos. Se han dicho demasiadas tonterías sobre nuestro desprecio a la muerte, sobre las calaveras de Posada, la muerte catrina, la huesuda, la tilica, la amiga fiel de los corridos revolucionarios. La mayoría son imaginaciones de una cierta cultura popular que se place en encontrar elementos de diferencia donde no existe tal diferencia con otros pueblos y no se percata (o no quiere percatarse) de la genuina diferencia que es espiritual, católica, para decirlo rápido.

La muerte —para los mexicanos— no es ni una fiesta ni una burla: es un ejercicio de amistad profunda y sobrenatural. Desde luego está el velorio, los funerales, el triduo o el novenario ofrecido



como oración para la elevación del alma de los muertos; la creencia en el Purgatorio y en la felicidad eterna. Todo ello concita creencia y acompañamiento. Pero, quizá lo más relevante sea la presencia en actos concretos de la comunidad ante el recogimiento y el duelo de los familiares afectados por la pérdida de un ser querido.

En casa de mis padres, los amigos de la familia, conscientes de que nadie tiene cabeza para meterse a la cocina en momentos así (ni en los ulteriores) llovían, literalmente, alimentos. El espíritu solidario con el dolor de la persona motiva, en algunas partes de México, a socorrer sin rodeos, metáforas o deseos de buena voluntad a la viuda, como dice el Antiguo Testamento. Es un deber comunitario, una obligación moral, un documento de vínculo.

Las personas designadas por cada familia tocan a la puerta, anuncian su



presencia, dejan el obsequio alimentario y se retiran con discreción para dejar a la familia recogida sobre el pasado y el porvenir. Nada de esa sorna de muerte que aqueja a la sociedad anglosajona, con los labios pintados y fanfarrias; con las cenizas esparcidas en el zoológico o en el parque de pelota del equipo adorado por el difunto.

Camus solía decir —y con razón— que toda muerte es un escándalo. Él no creía. Y al no creer, es escandaloso, es-

tridente, devastador que un proyecto de libertad se trunque de la manera que sea: a los cien años o a los 50, estrellado a un plátano de la carretera París-Marsella. El creyente aspira (y asume) algo superior: ve el más allá en todo pasaje de la vida. Y la muerte es el pasaje supremo, la constatación que la madera del alma arde por encima y por delante que la hojarasca del cuerpo.

Ahora que veo las estadísticas de Brasil, con pérdidas de 20 por ciento de católicos en una década, subrayo que el 88 por ciento de católicos mexicanos (contra 75 por ciento de brasileños) confirman a este país como el semillero del catolicismo en el «continente de la esperanza». Y el católico si bien no ama la muerte, si bien no la persigue con dedicación y ahínco, encuentra en ella una calma sobrenatural, con la certeza de la vida eterna y la Misericordia de Dios, así como un pretexto luminoso para hacer comunidad.

¡Finalmente brilló el sol!

Juan J. Lasa

Cedidosc. Uruguay

«Es primero un albor... luego una
[aurora...
Luego un nimbo de luz de la colina...
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
Y, encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata».

Juan Zorrilla de San Martín
La Leyenda Patria

El domingo 31 de Octubre del 2004, el Uruguay cambió el rumbo de su historia política institucional. La caída estruendosa del poder ostentado por dos Partidos conservadores desde el primer momento de su Independencia, a comienzos del siglo XIX, dejó asombrados y desconcertados a los propios actores políticos que se vieron despojados de su afán de dominio y de prebendas. Fue un hecho realmente espectacular, que motivó el largo festejo de toda una noche, en toda la superficie del país. A él nos vamos a referir en forma muy sintética, aunque —en realidad— merecería un extenso espacio que ciertamente no tenemos.

La *República Oriental del Uruguay* es el más pequeño de los Estados surgidos de la colonización española de América del Sur. Está ubicado entre los dos gigantes del sub-continente: Brasil y Argentina. 45 veces menor que el primero, y 15 veces menor que el segundo...

Juan Díaz de Solís fue el primer español que llegó hasta él, en 1516, pero fue muerto en los primeros enfrentamientos con sus primitivos habitantes, muy escasos, que culturalmente sólo habían llegado a la «edad de piedra». Dependiendo administrativamente de diversos centros españoles de poder, se constituyó finalmente en una Gobernación del Virreinato del

Río de la Plata, con sede en Buenos Aires.

Cuando soplaron los vientos de la emancipación —allá, por comienzos del siglo XIX— un criollo (americano, descendiente de españoles), el Capitán de Blandengues José Artigas, se colocó al frente de las huestes independentistas, y durante diez años batalló incansablemente por alcanzar la soberanía. Su formación en la escuela de los Padres Franciscanos, lo había hecho sensible a las necesidades de la gente más humilde, a la que siempre protegió en el ejercicio de sus funciones. Los avatares de la historia no le fueron favorables, y —sintiéndose abandonado por sus propios oficiales— se exilió en Paraguay. Durante unos años, Portugal primero, y Brasil después, dominaron su territorio, a pedido del Gobierno de Buenos Aires, que no había podido someterlo. En última instancia, una Cruzada Libertadora formada por «33 Orientales», comenzaron la reconquista del territorio, hasta llegar a su recuperación definitiva, proclamar su «independencia» en 1825, firmarla en 1828, y jurar su Constitución en 1830. Dos años después, fuerzas gubernamentales derrotaron y aniquilaron a los últimos indígenas... y sólo quedaron en él europeos y descendientes de europeos.

República Unitaria, según la Constitución, dos Partidos Políticos solamente se disputaron el gobierno durante más de un siglo: el Partido Colorado, y el Partido Nacional, ambos de corte liberal, y enfrentados entre sí. Fue sólo a mediados del siglo pasado cuando aparecieron en escena nuevas agrupaciones políticas, que por lo exiguo de su caudal electoral, no pasaron de tener un valor de testimonio en el panorama del país. El Partido Colorado fue el absoluto triunfador en las contiendas electorales, con muy pocos periodos de predominio del Partido Nacional.

En la segunda mitad del siglo pasado, los Partidos menores se dieron cuenta de la verdad que contenía aquella expresión de los romanos: *Vis unita, fortior* (= 'La fuerza unida, es más fuerte'). Los dirigentes de esos Partidos comenzaron entonces a ensayar uniones —programáticas y políticas—. ... Hasta que en 1971 se llegó a consolidar una coalición que se denominó *Frente Amplio*.

Tal decisión que aglomeró a todas las fuerzas ajenas a los Partidos Tradicionales, más algunos grupos escindidos de ellos, atrajo la atención popular y el temor del Poder. Éste, para defenderse del peligro que de inmediato avizoró, optó por infundir *miedo* en los posibles adherentes a la nueva fuerza política. ¡En ese momento, el arma empleada resultó exitosa! En el primer acto eleccionario al que se presentó en ese año, alcanzó tan solo un 18% de la voluntad de los votantes.

Vinieron casi en seguida los años oscuros de la Dictadura (1973-1984), que se ensañó de un modo especial contra los adherentes del Frente Amplio. Y las calamidades que el Gobierno civil había atribuido a un posible triunfo de sus oponentes, con holgura las realizaron los militares: asesinatos... torturas... desapariciones...

La resistencia fue muy dura: dejó presos y muertos en el Uruguay, y miles de exiliados en todos los continentes... Hasta que la dictadura cívico-militar cayó por su propio peso e incapacidad de gobernar, y tuvo que buscar una salida política, procurando eludir la acción de la justicia, pero devolviendo la democracia —tutelada— al pueblo. En la primera elección post-dictadura, el Frente Amplio alcanzó un 21%. Fue en 1984. Cinco años más tarde, en el nuevo acto eleccionario el Frente Amplio mantuvo el 21%... pero alcanzó mayoría en la capital, y Montevideo tuvo un gobierno municipal

frentista en 1990. A cargo del mismo estuvo el Dr. Tabaré Vázquez: un joven y prestigioso médico oncólogo, ajeno a la clase política, nacido en 'La Teja', un barrio periférico de la ciudad. Dato no menor, que produjo rechazo en los adictos (¿drogadictos?) al poder. ¿Cómo un «ajeno», iba a arrebatar el triunfo a los «políticos» de profesión?

Al fin de su mandato de 5 años, el Dr. Vázquez y su equipo de colaboradores habían cambiado el aspecto de la capital, que contiene casi la mitad de los habitantes del país. La gran innovación fue la descentralización... y la preocupación —de acuerdo al sentir artiguista— por los más necesitados. El prestigio adquirido en el desempeño exitoso de su gestión hizo que el Dr. Vázquez fuese nominado Candidato a la Presidencia en 1994: la votación a su favor creció hasta un 31%... habiendo perdido la elección por pocos miles de votos.

El peligro —para los Partidos Tradicionales— era inminente, y había que buscar una valla para detener el avance tan impetuoso de la decisión popular. La encontraron en una *reforma constitucional*: exigir que para obtener la Presidencia del país, el candidato alcanzase *más del 50% de la voluntad de los electores*. Y si no lo lograba, se fuese a una «segunda vuelta», entre los dos candidatos más votados. Hasta ese momento triunfaba quien tuviese sólo una mayoría relativa... Se plebiscitó la reforma, que resultó aprobada por una mayoría inferior al 1% de los ciudadanos. Y ese año de 1999, la estratagema dio resultado: el Frente Amplio obtuvo el 40% de los votos... El Partido Colorado, el 33%... Y el Partido Nacional, el 22%... Hubo mayoría, pero sólo relativa. Se tuvo que ir a la segunda vuelta, en la que los dos rivales de siempre se unieron, para impedir el acceso al poder de la nueva fuerza política ... ¡Y pudieron impe-

dirlo! (¿No encuentran los lectores algún parecido con el episodio bíblico de la reconciliación de Pilatos y Herodes, ante el «peligro» de Jesús...?).

Pero el avance del *progresismo* (no me gusta llamarlo «izquierda», con esa palabra que sólo significa una ubicación locativa, ya que al Frente Amplio —merced a una visión de futuro del Dr. Tabaré Vázquez— se unieron grupos de ciudadanos que no comulgaban con las ideas conservadoras de los Partidos Tradicionales, conformando el *Encuentro Progresista-Nueva Mayoría*) era incontenible. «Que voten juntos los que piensan igual», repitió una y otra vez el líder de la nueva fuerza política. El Programa de Gobierno —elaborado durante 5 años con prolijidad, en contacto con las necesidades de la gente— señalaba 6 ejes temáticos: «Uruguay Productivo» - «Uruguay Social» - «Uruguay Tecnológico» - «Uruguay Innovador» - «Uruguay Cultural» - «Uruguay Integrado a la Región y al Mundo».

Finalmente llegó el día... Tras un pésimo gobierno del Partido Colorado en este comienzo del siglo XXI, se produjo su derrumbe. Durante el último quinquenio, el *Encuentro Progresista* lideró las Encuestas de Opinión. El Partido Nacional algo se recuperó del magro resultado de su elección anterior. Pero el Partido Colorado cayó en la peor votación de su historia. Resultados: *Frente Amplio (Encuentro Progresista)* 51%... *Partido Nacional*, 34%... *Partido Colorado*, 10%... ¡No hubo «segunda vuelta», a la que aspiraba no sólo el Partido Nacional, sino también el Partido Colorado, para impedir la derrota por cualquier medio: algunos, bastante carentes de ética! ¡No lo lograron!

Con anterioridad se tenía confianza en el triunfo... Todo el día de las elecciones, circularon por las calles los más pintorescos tipos de vehículos, emban-

derados y haciendo sonar sus bocinas. Al atardecer, la gente comenzó a concentrarse en diversos puntos de la ciudad, para festejar por adelantado lo que confiaban que iba a suceder...

La Corte Electoral había prometido ir dando resultados parciales de la votación a partir de la media noche. Pero... ¡poder de los Medios y de las técnicas!: a las 21 hs. dos canales de TV anticipaban —por medio de empresas encuestadoras que hicieron una proyección con los primeros votos escrutados— que el *triunfador de las elecciones era el Dr. Tabaré Vázquez... y que, habiendo superado ciertamente el 50% de los votos emitidos, no habría «segunda vuelta»*.

¡Alegría desbordante en el bando vencedor! ¡Caras largas y preocupadas en los rivales! La gente, reunida por millares frente al Comando Electoral Progresista, cantaba... gritaba... reía... bailaba... agitando banderas nacionales y partidarias... Un Dr. Tabaré Vázquez sonriente y feliz, acompañado por su esposa, hijos y dirigentes partidarios, se asomó al balcón, y con los brazos en alto exclamó eufórico: «¡Festejen... festejen, uruguayas y uruguayos... que la victoria es de ustedes!». La inmediata respuesta de la multitud allí aglomerada fue un resonante griterío: «¡Uruguay... Uruguay!».

La fiesta duró toda la noche. Sin un solo incidente. Con una alegría y esperanza desbordantes. Y, cuando en la mañana del lunes, los obreros y empleados se dirigieron a sus lugares de trabajo, todavía circulaban por las calles autos embanderados, que hacían sonar sus bocinas.

¡Las luces del nuevo día iluminaban la certeza de un acontecimiento histórico: acababa de nacer un Uruguay diferente, dispuesto a poner en práctica la consigna artiguista que, desde ahora en adelante, «los más desgraciados serán los más privilegiados»!

Recoger lo disperso, fundar la unidad y fortalecer la comunidad

Experiencia de convivencia intercultural en el Instituto Social del Trabajo ISO para fortalecer la acogida y la integración de los inmigrantes

Juan Biosca González

Director del Instituto Social del Trabajo ISO (Valencia)
Miembro fundador del IEM (España)

Quisiera partir de la constatación de un hecho: el Instituto Social del Trabajo ISO de Valencia, organización de trabajadores cristianos promovida por la Iglesia Católica, hace 56 años, comparte sus instalaciones y recursos con cinco asociaciones de inmigrantes (Casa de Chile, Asociación de Bolivianos ASBOLES, Asociación de Uruguayos ASURVAL, Asociación de Inmigrantes de Países del Este AIPE y Venezolanos en Valencia VENENVAL). Se identifican en que trabajan en pro del bienestar de los inmigrantes, pero les particulariza el hecho de que tienen la misión de atender las necesidades específicas de sus colectivos. Asimismo coordinan sus diferentes proyectos y van desarrollando una convivencia sana y plural, respetuosa y solidaria.

Esa sencilla experiencia se sustenta en unas convicciones fruto de la reflexión y de la solidaridad de los hombres y mujeres del trabajo, que brevemente paso a exponer.

Educar personas en el trabajo responsable y en la solidaridad

La importancia y actualidad de la necesidad de fortalecer los lazos de solidaridad en el mundo del trabajo, viene determinada por el decisivo papel que desempeña hoy en día el trabajo en sus múltiples mutaciones y los cambios que se están originando, y que irán en aumento de forma acelerada, en las relaciones de producción y en la organización social en general, de los que la inmigración es una clara consecuencia.

Están cambiando rápidamente los conceptos tradicionales del trabajo en el actual contexto de la economía y la sociedad. Cambian los conceptos del trabajo y la conciencia de la persona que trabaja, ensanchándose el «vacío antropológico» dominante. Por lo tanto, el futuro mundo del trabajo ocupa un lugar preferente en la concepción de persona que queremos ser, en la cuestión de la sostenibilidad del modelo social europeo y su solidaridad internacional con los pueblos empobrecidos.

En este sentido, señalamos las autorizadas y precisas palabras de Juan Pablo II a la Academia Pontificia de Ciencias Sociales del 25 de abril de 1997: «Las profundas transformaciones económicas y sociales que conocemos, hacen que el tema del trabajo se haga cada vez más complejo y que tenga graves repercusiones humanas, pues hace nacer angustias y esperanzas en numerosas familias y en muchas personas, especialmente en los jóvenes».

La concepción que tengamos del trabajo, del papel que en él desempeña la persona y la adecuada organización de las relaciones laborales, son imprescindibles para luchar contra la pobreza y la exclusión social, a la vez que ponen las condiciones para la construcción de la humanidad nueva.

Como factor multiplicador de los cambios anteriormente mencionados, actúa la innovación científico-técnica permanente y su gran incidencia en la sociedad de la información, de la comunicación y

del conocimiento, que tanto contribuye al proceso de la globalización y mundialización de la economía y de otros ámbitos sociales. Proceso acelerado con el concurso de tres potentes motores: liberalización (de costumbres, subjetivismo y relativismo moral), privatización (uso privado de la propiedad y de los bienes públicos) y desregulación (de derechos y deberes), sin que sepamos ponerle límites al sentido de la competitividad, y nos encontremos cada día más incapacitados para saber y resolver los nuevos problemas que se nos plantean.

En ese contexto social, que requiere un detallado y pormenorizado análisis, que excede los límites de esta comunicación, partimos del hecho de que el sistema educativo no se acompaña debidamente con los nuevos acontecimientos, situaciones y retos.

Pues bien, a principios del siglo XXI, aún nos encontramos ante el reto de que miles de trabajadores se encuentren en paro forzoso y que las condiciones del trabajo las hemos precarizado hasta límites inhumanos, todo ello se está agudizando hoy día, aun más si cabe, por la deficiente acogida e integración que estamos dis-



pensando a los trabajadores inmigrantes y a sus familias.

Debemos ser bien conscientes de que el trabajo, más concretamente, en qué se trabaja y cómo se trabaja, siempre ha influido en el carácter y la personalidad del sujeto que lo realiza. Nadie duda de la centralidad del trabajo como un ámbito destacado para la conformación de virtudes y valores, humanos y profesionales. Hoy día, en la sociedad occidental, el ámbito del trabajo tiene una impronta educadora, para bien o para mal, tan importante o más que el ámbito familiar y el escolar. Porque en gran medida somos lo que hacemos. Según como concibamos y organicemos el trabajo, concebiremos y organizaremos nuestras vidas, la sociedad y el mismo sentido de nuestras vidas en la historia.

El nuevo capitalismo dominante agudiza el egoísmo en la sociedad como motor del progreso, el egoísmo servil en los trabajadores y el egoísmo del abuso del poder en las capas dominantes. Eso es lo socialmente correcto y funcional con el pensamiento único hegemónico.

Un capitalismo que demanda mayor flexibilidad, expresión que se utiliza para suavizar la opresión que ejerce el capitalismo globalizado sobre millones de trabajadores/as de todo el mundo y singularmente sobre los inmigrantes que son trabajadores en paro forzoso, en búsqueda de cualquier trabajo para la mera subsistencia y reproducción. Flexibilidad que genera ansiedad e inseguridad, naufragio existencial y desarraigo.

Un capitalismo que con el lema «nada a largo plazo», pervierte el sentido del trabajo humano y lo que es igualmente crucial para la constitución de la personalidad, la familia. Un trabajador obligado a moverse continuamente, a no comprometerse y a no sacrificarse con sentido, tendrá mu-

chas dificultades para formar una familia estable y duradera basada en la confianza del amor.

Un capitalismo que hace imposible que los trabajadores construyan una identidad moral, ya que verdaderamente, *la corrosión del carácter*, en expresión de Richard Sennett, los hace cada día más serviles, indiferentes e insolidarios. Por ello cuesta inculcar a las nuevas generaciones virtudes y valores como la solidaridad y la lealtad, entre otras, porque aprecian que crecen en un mundo bajo la ley de la selva, en donde tanto tienes tanto vales, en donde tienes que someterte a una funcionalidad instrumental despersonalizadora y consumista, en un mundo falto de testigos coherentes y sin ningún tipo de organización donde participar, para crecer personal y comunitariamente.

Crudo lo tienen los trabajadores en general, y mucho más los trabajadores inmigrantes en particular, a los que nuestra compasión sensible primermundista nos hace considerarlos meros marginados sociales, sujetos de beneficencia y dependencia asistencial, lejos de la exigente formación de un carácter basado en la dignidad de la persona que trabaja, con una profunda conciencia de la responsabilidad y una adecuada armonización de derechos y deberes, así como del apoyo mutuo solidario, la promoción personal y comunitaria, la autoorganización y la emancipación social. Los emigrantes deben ser sujetos protagonistas de su promoción, no objetos ni instrumentos de la misma.

Radicalidad educativa: protagonismo personal y participación asociada

Por todo ello estamos convocados a ir a la raíz de los problemas y a ser radicales en la búsqueda de las soluciones.

Para desarrollar una acción educativa hacia el amplio y diverso mundo del trabajo, que se acompañe con los nuevos acontecimientos, situaciones y retos, creo que se debe *tomar la iniciativa y sumar esfuerzos* para producir un nuevo «acontecimiento», que posibilite una nueva praxis socio-educativa por su *cualidad organizativa*, entendiendo la dimensión organizativa no como un proceso técnico de organización empresarial o/y militar, sino como el conjunto de todos los procesos que remiten a la tarea bíblica de *recoger lo disperso, fundar la unidad y fortalecer la comunidad*.

Hacia ese horizonte de convivencia sana y plural, respetuosa y solidaria, el Instituto Social del Trabajo ISO orienta, en la hora presente, sus proyectos y actividades, con dos objetivos estratégicos de primerísimo orden:

Priorizar la *atención y acogida a los trabajadores inmigrantes*. Atendiendo sus demandas y necesidades de todo tipo, mostrando una sincera calidez humana y un profundo respeto personal.

Propiciar la *participación asociada* de los trabajadores inmigrantes para su promoción y formación integral.

Objetivo, este último, decisivo en estos momentos, porque para afrontar correctamente sus problemas, además de apoyos externos, siempre bien recibidos, hay que posibilitarles su vida asociativa en clave autogestionaria y no de dependencia, (que normalmente, a menudo pervierte el carácter y la responsabilidad) potenciando su protagonismo emancipador, ya que son sujetos y no objetos de su promoción. No corresponde a los sistemas político, social y educativo cronificar la dependencia de los colectivos vulnerables, antes bien, poner las condiciones para su participación y autoorganización en la resolución de sus cuestiones y problemas.

Acerca del llamado reglamento de la Ley Penal del Menor que esta democracia reglamenta

.....
Patricia Fernández

Abogada, miembro de la Coordinadora de Barrios de Madrid y del Comité de Solidaridad con las personas presas

y Gonzalo Romero

Profesor de la Universidad de Alcalá de Henares

Miembro de la *Asociación Cultural Candela*
.....

El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar y darle espacio.

Italo Calvino. *Las ciudades invisibles*

El «lenguaje» del Reglamento

Cuando hablamos de chavales —del mismo modo que cuando hablamos con ellos—, el lenguaje que utilizamos adquiere una enorme importancia, no sólo por la sorprendente capacidad que tienen los chicos para captar los más inverosímiles matices de cada conversación, sino porque con él ponemos de manifiesto nuestra honradez y voluntad de comunicación y entendimiento con ellos. Poner palabras —y expresarlas en alta voz— a los pensamientos y a los sentimientos compartidos es algo tan intrínsecamente humano, que nos es inevitable explicitar esto para aclarar el objeto de nuestra reflexión.

Desde esta óptica, que nos exige comprender que los chicos no son sólo destinatarios de algo, sino sujetos

partícipes de cualquier proceso social, planteamos un acercamiento a la legislación de menores.

Para la ley, nuestros chavales no son chavales, no son niños o niñas, son *menores*. No están en riesgo, son de *reforma* —susceptibles de ser reformados por tanto— no sufren penas, sino *medidas*, no se les encierra, se les *interna*, no tienen causas sino *expedientes*, no se les interroga, se les *explora*, no van a la cárcel sino a un *centro educativo*, no sufren aislamiento sino *separación de grupo*, y en la última de las ironías del sistema punitivo, cuando son golpeados y vejados no sufren tortura, sino *rigor innecesario*.

Centros de internamiento, reformatorios, centros educativos en régimen cerrado, centros de reforma... son algunos de los términos creados para definir lo que no son más que cárceles para niños y jóvenes. En la pretensión de evitar la violencia que nos supone pensar en las prisiones para niños, se ha ido creando una realidad paralela que esconde la misma violencia e injusticia estructural que las prisiones, bajo este lenguaje encubridor y mentiroso. Lenguaje justificativo de represiones, alejado de la necesaria comprensión educativa que, lejos de estudiar las vidas maltrechas, rotas, o simplemente asociales, apuntalan el control social represivo hacia los menores, incidiendo las más de las veces sobre un sólo aspecto de la compleja problemática social que constituye el hecho delictivo, castigándolo con dureza. El Reglamento que ahora analizamos desconecta dramáticamente el problema personal —y por ende, social— del menor y las grandes cuestiones generales y los conflictos que se dan en el seno de nuestra sociedad.

La aprobación, publicación y la previsible puesta en marcha del Re-

glamento ha puesto de manifiesto la evidente contradicción (o hipocresía) de una norma que copia casi textualmente el Reglamento Penitenciario después de crear todo un lenguaje específico para la legislación penal de menores. Lo que implica que la vida de los menores presos se rige por las mismas normas que las del adulto preso, lo llamen como lo llamen.

Esta realidad que aquí se describe no es gratuita, sino que viene propiciada por las dificultades intrínsecas que supone el conciliar la educación y los procesos personales con la disciplina jurídica y los procedimientos judiciales. Los legisladores saben que una inmensa mayoría de los chavales que delinquen perciben precozmente lo que se llama «la presión anómica», es decir, las diferencias entre sus posibilidades y lo que se le propone como adaptación, abriéndose en ellos y ellas un abismo entre la sensación de exclusión de no pertenencia al grupo que domina, que decide y sobre todo, que posee. El efecto supervivencia, basado en «la primariedad», aferrándose a modelos de socialización en los que sientan que no están fracasando e intuyan que tienen un lugar en el mundo, es un factor que el Reglamento parece obviar con inusitada obstinación. Lo que se está apuntando en el Reglamento es el control social del delito del menor como parte destacada del control social general cuya finalidad no puede ser otra que la conformidad social externa con el sistema social imperante y por tanto, con las reglas del juego de dicho sistema. La externalización de la asocialidad será reprimida con violencia si es preciso. La violencia de los Centros hacia donde se destinan a estos chavales, está siendo ahora legalizada por la maquinaria de la Administración Estatal.



El periplo de la ley

La Ley de Responsabilidad Penal de los Menores crea un procedimiento penal paralelo pero no idéntico al de adultos previsto en la Ley de Enjuiciamiento Criminal (de hecho son múltiples las remisiones a este texto en la Ley): como menores, por lo tanto más débiles, vulnerables y sujetos en formación, establece un procedimiento judicial flexible para tratar de acompañar el procedimiento a las circunstancias del menor; como derecho penal, no lo olvidemos, el más cruel y violento de los derechos, establece unas normas, unas garantías jurídicas y judiciales, unos principios, como el de la seguridad jurídica, el de la presunción de inocencia o el derecho a no declararse culpable.

El resultado concluyente: una legislación compleja, difícil de aplicar y sometida a la eficacia de su cumplimiento. El conformismo social con que ha contado la publicación del Reglamento¹—a tenor de las nulas movilizaciones sociales y el silencio de muchos intelectuales al respecto, junto con el papel atizador de personajes con tirón mediático que alientan la dureza de las medidas represivas— es directamente proporcional al forzamiento de la razón de ser de la maquinaria represiva. En palabras de Gerardo López², «una especie de condicionamiento persuasivo violento para lograr a toda costa esa conformidad externa». El sistema no pretende un cambio o transformación del sujeto transgresor. Lo único que está pidiendo es que sea hábil para conformarse. Y a quien no ha aprendido las reglas del juego social se le «reforzará para que lo haga». Y si el refuerzo necesita violencia, hágase, legalícese.

En los tres años de aplicación de la Ley del Menor, la delincuencia juvenil ha sido la bandera de la inseguridad ciudadana, la Ley del Menor ha sido

considerada culpable o al menos la causa de todos los delitos presuntamente cometidos por menores de dieciocho años como si los chavales que corren por las calles leyeran el Código Penal justo antes de cada fechoría.

En este tiempo, los Centros de Internamiento Judicial de Menores se han multiplicado por cuatro sólo en la Comunidad de Madrid. El número y la duración de los internamientos también ha crecido, como palpable y obstinada demostración de que la institución carcelaria actúa para la conformación social por medio de la clasificación y la disciplina, aumentando, si es preciso el número de cárceles o centros de internamiento, como es el caso.

No sólo los internamientos: libertades vigiladas, prestaciones en beneficio de la comunidad, centros de día... todo el catálogo de medidas *educativas* para la atención de los menores infractores.

La ley del Menor es en sí misma un texto legal incompleto que remite a aspectos importantísimos de la regulación a la aprobación de un reglamento que debía salir en el plazo de seis meses (luego tardaría tres años y medio).

Esta tardanza en la aprobación del Reglamento dejó en manos de las Comunidades Autónomas y de los centros aspectos tan importantes de la vida de los centros como: las visitas de los familiares, los permisos, el modo de ejercer los derechos legalmente reconocidos, o el régimen disciplinario.

La arbitrariedad a que se han visto sometidos los menores privados de libertad en España durante estos tres años y medio podemos describirla y hasta relatarla a través del acompañamiento que hemos realizado a estos chavales. Nos brotan muchos de sus nombres y no pocas situaciones que se han ido viviendo en los centros.

Pero sin duda el dato que mejor refleja este trato es la existencia de una veintena de denuncias por malos tratos y abusos en los centros: Monteledo en Ourense, Zambrana en Valladolid, Renasco y el Pinar, en Madrid, San Miguel en Granada, La Marchenilla en Jaén, Nivaria, Galdar y la Montañeta en Canarias, Los Alcores en Sevilla, Pi i Gros en Burjasot.

Bajo este panorama se aprueba el Reglamento de la Ley del Menor, cuya definitiva redacción es fruto de las tensiones entre quienes veían en él una oportunidad para endurecer la ley (los políticos), quienes querían legitimar el modo y manera de gestionar los centros (Comunidad Autónoma) y los que necesitaban que el Reglamento unificara criterios y diese pautas de actuación ante la falta de concreción de la ley (Jueces y fiscales).

El resultado: un Reglamento parcial que deja algunos aspectos sin regular, y que antepone intereses administrativos al tan nombrado principio del interés superior del menor, por ejemplo cuando en su artículo 35 contempla que «el menor podrá ser trasladado a un centro de una Comunidad Autónoma diferente al del Juzgado de Menores que haya dictado la resolución de internamiento, previa autorización de este, cuando la entidad pública competente, por *razones temporales de plena ocupación de sus centros o por otras causas* carezca de plaza disponible adecuada al régimen o al tipo de internamiento impuesto». Un Reglamento que realiza injerencias inadmisibles en aspectos cuya regulación corresponde a Ley Orgánica —ilegal por lo tanto—, que vulnera derechos de los menores —ilegal e inconstitucional—, que dota de mayor seguridad jurídica al régimen disciplinario a que se ven sometidos los menores, y que hace avances en las soluciones extrajudiciales.

Cuanta más pobreza, más dureza

Los hechos son los hechos. El Instituto Andaluz de Criminología acaba de publicar un estudio —cuya autora es Fátima Pérez— que constata que la «justicia» es más dura con los menores que proceden de familias pobres que con los que tienen una situación familiar normalizada. El estudio asegura que el 85% de los menores juzgados sufre retraso escolar y que el 49% no estudia ni trabaja.

La referida autora del trabajo asegura que los jueces no sólo tienen en cuenta elementos legales a la hora de imponer el castigo al chaval, sino que evalúan las circunstancias personales y sociales de los infractores. Así, analizando los casos en los que se dan las resoluciones más leves, como la absolución o la amonestación y las más graves, como el internamiento, son internados mayoritariamente aquellos chavales que revelan una situación familiar más desfavorecida socialmente (desestructuración familiar, personalidad problemática y escasa vinculación familiar). La práctica discriminatoria está servida.

El estudio demuestra una vez más que los casos de chavales reincidentes son los que están en un contexto social más desestructurado. Se indica asimismo que en lo referente a las medidas impuestas por los jueces, la ley de 2000 ha aumentado el internamiento. Sospechamos que el Reglamento que acabamos de analizar no tiene en cuenta las medidas educativas que reclamamos y que algunos colectivos desarrollan con enormes dificultades en los barrios (creación de un tejido social solidario para los chavales, seguridad afectiva, mediación penal extrajudicial, creación de talleres socioeducativos y de inserción en la vida profesional). Al contrario el Reglamento sirve en bandeja la crea-

ción de nuevos Centros de Menores gestionados privadamente. ¿Cómo es que aún no existe un Juzgado de Menores dedicado en exclusiva al control jurisdiccional, con todas las garantías, de la ejecución de medidas? ¿No habría que asegurar que el Ministerio Fiscal conociese por sí mismo la situación de los centros y asegurase efectivamente el objetivo de la integración social y el principio del interés superior del menor?

El estudio referenciado también alude a la situación judicial de los menores y subraya el retraso en la justicia. Desde que se produce la infracción de la ley, hasta que el juez dicta sentencia, transcurren entre 10 y 15 meses. Este lapso de tiempo, como afirma Fátima Pérez, es excesivo si lo que se desea es la inserción social del chaval. Mucho nos tememos que ese deseo no coincide con la voluntad de los legisladores. Si, como sospechamos, el chaval que delinque se está convirtiendo en un negocio, entonces emplazamos también a los sindicatos mayoritarios a pronunciarse sobre esta realidad, más allá del corporativismo.

Algunas consideraciones finales

El recorrido que apuntamos tiene en demasiadas ocasiones no un final feliz, sino un desenlace trágico. Al final de esta cadena de horrores que muchos de los chavales tienen que padecer, como hemos intentado demostrar, está el «quitarse de en medio». Nos referimos a la alta tasa de suicidios en los centros, cuyo último exponente lo tenemos en Santa Cruz de Tenerife: la muerte de un menor en Nivaria a mediados de noviembre y el intento de otros dos menores de quitarse la vida en centros de Tenerife.

Hemos recorrido hasta aquí algunas de las sorpresas que nos espantan en esta última vuelta de tuerca punitiva que la Administración Judicial ha inflingido hacia nuestros chavales. La maquinaria jurídica ha torcido una vez más lo que de humano tienen los que delinquen casi casi «desde la cuna». Los que seguimos creyendo que nos constituye como personas educadoras la participación social y el estudio del contexto para establecer una red que llamamos tejido social solidario, nos hemos llevado la enésima decepción al comprobar cómo los administradores de esta sociedad capitalista global generadora de exclusión, sufrimiento y muerte saben que en sus vomitorios se hacinan más y más desesperados que no hacen sino cumplir —asocialmente, eso sí— el designio de sus medios: primero yo, segundo yo y tercero yo. Por eso legislan lo que legislan. El individualismo metodológico a veces circula por las aceras pringosas de sus ciudades invivibles. La cárcel y los centros de menores, otras cárceles con otros nombres, deben generar beneficio, como último suspiro hediondo de una humanidad ojalá no definitivamente perdida. Por eso se privatizan. Quede aquí, no obstante nuestra denuncia. Nuestro pequeño grito de hoy.

Notas

1. El Reglamento al que hacemos referencia es de fecha 30 de julio de 2004, publicado en BOE de 30 de agosto y tiene prevista su entrada en vigor en febrero/marzo de 2005, es decir a los seis meses de su publicación.
2. López Hernández, G. (1999). *Condición marginal y conflicto social*. Madrid. Talasa. P. 94 y ss.

Europa sin alma, ¡qué proyecto de Constitución te quieren dar!

Federico Peter Manfred

Escritor

No sólo echamos en falta la referencia del pasado en la nueva constitución, lo cual es bastante plausible comparando esa constituyente con las que existieron antes, y que todas fueron revolucionarias en su tiempo.

Al proyecto le falta lo principal, que es la descripción de la perspectiva que esa nueva Europa naciente desea para ella y sus futuras generaciones. En vano buscamos «la filosofía» que regirá nuestro futuro común. Dar a Europa su alma, no sólo como programa cultural, sería la cuestión.

A los miembros de la constituyente les han dicho que hay una voluntad para construir la Europa unida, ¿Ha visto alguien esa voluntad?

¿Para qué sirve Europa? Para evitar tensiones y conflictos, rivalidades arcaicas que más de una vez han acabado en las batallas; bien está eso, pero insuficiente.

¿Para dar empujones al producto social bruto? Por ahora sólo es el Euro común y poco más. Todavía la legislación sobre economía y fiscalía se rige a través de mil leyes diferentes; armonizarlas está bien, pero insuficiente.

¿Para repartir beneficios y bienestar social de un lado para otro, socorrer a los que lo necesitan, unificar los niveles de vida? Bien estaría, sin los abusos, pero insuficiente.

¿Para pronunciar de vez en cuando eso de la individualidad europea tan sonada y alabada en los discursos dominigueros? Tampoco está mal, pero insuficiente, ya que lo contrario —el nacionalismo regional— se cacarea cada vez más.

¿Cuáles son las diferencias tan grandes entre un pedacito de Europa y otro?

Eso parece que al público le interesa más que Europa.

Además, ¿es verdad que los europeos somos tan excepcionales como pretendemos?

¿Para crear un modesto refugio ante el reto de la supremacía americana?

Realidad es, las naciones de Europa ponen la relación con EEUU en el primer lugar del llamado interés nacional porque allí está el poder, Europa sólo dispone de dinero.

Washington está mucho más «cerca» que Bruselas. Pobre e insuficiente es la presencia de Europa en el mundo, penoso y lamentable el correteo por el favor imperial.

¿Entonces, para qué sirve Europa, para que aprendamos todos inglés y comamos hamburguesas? ¿Para que se liberen todos los que aun no están lo suficientemente liberados de reglas sociales, buen comportamiento, educación y respeto al medio ambiente y a los demás? Progresemos juntos, pero ¿hacia dónde?

¿Qué Europa queremos tener o mejor dicho, qué Europa nos fastidia y que tendríamos que impedir? Esa es la cuestión. Sobre esa «cuestión», nadie discute; lo que hay es indiferencia general.

¿Europa como caricatura, nos gusta eso? Es divertidísimo: —hay más de veinte

idiomas «oficiales» y se piden más— ¡escuchen una vez políticos de España y de Italia hablando inglés entre ellos! —¡miles de disposiciones y reglamentos, con frecuencia contradictorias entre si, que ni los comisarios los entienden!— un sistema administrativo que nutre la eurocracia voluminosa que reside en Bruselas y Estrasburgo y se aburre durante la mayoría del tiempo.

Así, la Constitución no les interesa a los europeos, porque no contesta a ninguna pregunta fundamental. Es la creación de unos burócratas, que ya tienen nombre, son productos de la Eurocracia, los eurócratas.

¿Se construirá para ellos Europa? ¡Valiente perspectiva!

Las naciones europeas ratificarán ese tratado, y en algunos casos la decisión será tomada por la vía del plebis-



cito. Las decisiones resultarán de los fríos cálculos sobre ventajas o desventajas económicas o de reparto de poder e influencias —o peor— serán provocadas por los eternos clichés vigentes y prejuicios tradicionales.

«Ya sabemos que los franceses son antipáticos y de los alemanes no se puede uno fiar, lo del «Reich» no se les quita nunca, y los polacos sólo vienen para ocupar nuestros puestos de trabajo, y los griegos engañan a todo el mundo, y los italianos no tienen gobierno sino la mafia, y nos van a salvar los ingleses, porque ellos tampoco quieren esa Europa, ya Churchill nos salvó una vez de los alemanes, etc., etc., etc.». Si mal no recuerdo, Ortega dijo que de amores y de política todos entendíamos o al menos pretendemos entender.

Max Weber describió al político como un profesional de los asuntos públicos. La realidad actual parece que le da la razón, la gran mayoría de los políticos son funcionarios públicos, expertos en asuntos sociales, abogados. Existe una nueva clase social, los políticos, que también conoce el hábito hereditario, similar al feudalismo. La gran mayoría de ellos se mueven en el ambiente político de por vida. A diferencia de otros expertos profesionales, el político moderno no pasa por ningún examen u oposición. Su selección sucede en la oscuridad de relaciones amistosas o de parentesco, se cuece en la intimidad de un compadreo provinciano entre tertulias y la promoción social se hace con los mismos medios publicitarios

que que usan para vender cualquier artículo mercantil. El político se vuelve protagonista, actor —y a veces ni autor— de su propia imagen publicitaria y esa es la que convence a los electores.

De ahí una condición fundamental: los electores deben reconocerse ellos mismos en la imagen a la que deben votar. Por eso es fundamental ser mediocre, carecer de actitudes sobresalientes que solo desorientarían causando confusión, creando desconfianza y como consecuencia producirán el



voto negativo. La programática no es tan decisiva como pretenden los que generalmente se encuentran en segunda o tercera línea de acción. Los electores no suelen interesarse mucho por ello. Las imágenes y los gestos son decisivos —la imprecisión y la vaguedad de los argumentos son la consecuencia inmediata de ello. El político profesional debe ser listo y astuto, de mediana inteligencia. El público suele perdonar generosamente cualquier lapsus de desinformación o torpeza, pero nunca cometa el error de violar lo políticamente correcto, que es considerado consenso general inviolable.

Gente así ocupan los escenarios en Berlín y Madrid, en Estrasburgo y en

Bruselas y ellos son los responsables del proyecto actual europeo. Y por ellos ese proyecto carece de toda visión para el futuro de la Unión. Se han apartado del plan visionario de Schuman, De Gasperi y Adenauer.

Por eso el tratado interestatal que llaman Constitución Europea carece de lo fundamental que justificaría llamarlo Constitución y que debería ser la voz del soberano y auténtico pueblo europeo que se pronuncia a través de su Constituyente. Tiene plena razón Jiménez Lozano cuando dice que no sabemos a qué votamos. Ya sabemos que el pacto entre un número aún indefinido de naciones tendrá un carácter social y liberal y será garante de derechos humanos.

Todo eso lo dicen ya las constituciones nacionales y las cartas magnas autonómicas.

¿Qué más quiere ser Europa? Leyendo el proyecto de la Constitución no me he enterado.

Además, está clarísimo que el proyecto no será aprobado por todos los miembros de la Unión. Se negociará de nuevo y lo que es llamado a ser La Carta Magna Europea acabará siendo un simple tratado entre gobiernos.

Los que nos sentimos más europeos nos quedaremos atrás. Los que queremos más Europa tendremos algo que sólo tendrá un lejano parecido de lo que aspiramos.

Pero a la gente en el fondo le da igual y no quiere otra cosa.

Dar un alma a Europa es la cuestión.

¿Quién se lo dará, y cuándo?

Sobre las ideas que se usan pero no se entienden*

.....
Marisa Villalba de Tablón

Centro de Investigaciones Cuyo
 Univ. de Mendoza (Argentina)

Nos toca vivir un momento particular de la historia, con demandas propias. Pretendemos con nuestro aporte dar respuestas y soluciones a ciertos problemas y dificultades que reclaman la opinión y la colaboración de expertos en las distintas disciplinas implicadas. Y nuestra presencia hoy aquí, marca el comienzo de una discusión seria y comprometida, la voluntad de contribuir a resolver las falencias detectadas y la concreción de una efectiva vía de comunicación de conocimientos y de estrategias para el enriquecimiento recíproco.

Pues bien, sospechamos que uno de los problemas detectados y que hoy nos convoca es lo que con Sciacca¹ podría describirse como el «oscurecimiento de la inteligencia» en la época actual, y que tiene, entre otros, los rasgos señalados por Zubiri²: desorientación de la función intelectual (las ideas se usan, pero no se entienden), la ausencia de auténtica vida intelectual, por pérdida del sentido de la búsqueda de la verdad y, agregamos, su reemplazo por una crítica devoradora y sin rumbo. Se ha vaciado a la inteligencia humana de su objeto propio y se la ha reducido a su *aspecto procedimental*. Pero el proceso de conocimiento sólo tiene sentido si permite llegar al conocimiento. ¿Qué queremos decir? La teorización que ha reducido la capacidad intelectual, acentuando casi con exclusividad su capacidad de crítica, ha detenido la razón en sí misma, incapaz así de «ver» lo único que daría sentido a todo su movimiento, por ri-

guroso y coherente que pretenda ser. En otras palabras, si el conocimiento de la realidad es posible, los actos de la inteligencia que razona tienden a él como a su meta. Pero si el énfasis se traslada a los procesos y se los convierte en fines en sí mismos, ni la más perfecta coherencia puede satisfacer la búsqueda ni justificar el esfuerzo que ella implica. No hay por qué esforzarse si no hay nada que hallar. Una búsqueda perfecta, perfectamente inútil y paralizante, desmoralizadora, absurda, que en lugar de atraer y movilizar, aplasta, desanima y ridiculiza la actitud inquieta de quien quisiera aprender, ridiculizando también la figura del docente quien, sin nada ya que enseñar, no reviste autoridad para ser oído y respetado.

Sin embargo, dicha teorización, si bien es capaz de hacer estragos, contradice el sentido común. De otra manera ¿qué nos reuniría hoy sino la íntima convicción de que la discusión y el mutuo intercambio de experiencias y conocimientos son capaces de contribuir a resolver los problemas advertidos? No nos mueve el intercambio por sí mismo, sino como medio eficaz de facilitarnos la llegada al destino pretendido. «Foro Internacional de Discusión para la Enseñanza de las Ciencias», de lo contrario, se tornaría en «Foro Internacional de Discusión para quienes creemos que las ciencias no pueden enseñarse, porque la ciencia no es posible». O, más sencillamente: «Foro Internacional de Discusión, por el placer de discutir, con la excusa de la supuesta enseñanza de las ciencias».

Ahora bien, siendo el objetivo —la verdad de las cosas— lo que debe estar en nuestra mira a lo largo del ca-

mino, puede acontecer que, como ya dijimos, sin objetivo el camino mismo se torne inútil. Pero también puede suceder que el camino elegido para llegar a la meta no sea el adecuado.

Este segundo aspecto puede aclararse si entendemos la ciencia no sólo como un *sistema objetivo* de conocimientos sobre algún aspecto de la realidad, adquirido a través de un método riguroso (lo cual, a su vez, diferencia al conocimiento científico del conocimiento cotidiano) sino también en su *acepción subjetiva*, como disposición y perfeccionamiento de nuestra inteligencia en relación con un objeto de conocimiento. Desde luego, ambas acepciones no se contraponen, se corresponden, pues la primera (la ciencia objetivamente considerada) se da en la medida en que se haya dado, de alguna manera, la segunda. Desde esta perspectiva, podemos entender la ciencia como un hábito, el hábito de la demostración o el hábito de pensar rigurosamente.

Y, como todo hábito, la ciencia se adquiere o se afianza en la medida en que se ejerciten ciertos procedimientos u operaciones intelectuales que, magistralmente señalados por el Prof. Roberto Brie³, son básicamente los siguientes: definición, distinción, relación, causalidad, sistematización, crítica y síntesis.

Definir es decir lo que la cosa es; es tener en claro el significado de un término cuando se lo utiliza dentro de un contexto, dentro de un juicio. Esto posibilita saber cuál es la comprensión (qué notas o características entran como componentes esenciales de ese concepto) y, por consiguiente, cuál es su extensión (a qué individuos puede aplicarse).

* Adaptación de la Conferencia presentada en el *Foro Internacional de discusión para la Enseñanza de las Ciencias*, en el marco del convenio celebrado entre la Dirección General de Escuelas del Gobierno de la Provincia de Mendoza, la Universidad de Mendoza y la Universidad de Granada, España. Mendoza, Argentina, 5 de julio de 2004.

Sin embargo, no basta que los principios y reglas de la definición se enuncien teóricamente (que debe convenir a todo lo definido y nada más que a lo definido; que debe enunciarse por el género próximo y la última diferencia; que no debe incluir elementos sobreentendidos; que no debe enunciarse por el juicio negativo; que debe ser breve; más clara que lo definido, etc.), sino que debemos ejercitarlos en los casos concretos, a medida que se analizan los problemas, en las expresiones orales o los trabajos escritos de los alumnos; e incluso en las exposiciones que, como docentes, hacemos en clase, es posible señalar en casos concretos el uso ambiguo de los términos, que conduce a errores o equívocos.

Progresamos en el conocimiento en la medida en que *distinguimos*, separamos una cosa de otra, conceptualmente, aún aquello que en realidad está unido. La distinción es la base de todo análisis. Las tipologías o clasificaciones científicas suponen distinciones; la comparación de tipologías diversas acerca de un mismo objeto es una excelente ocasión para inducir al estudiante a ejercitarse en el difícil arte de la distinción. Esto lo desaprovechamos cuando exponemos tipologías sin mencionar los criterios de distinción utilizados.

A su vez, la historia de la ciencia en general y de cada disciplina en particular es un instrumento muy valioso para mostrar cómo las teorías progresan gracias a crecientes distinciones.

La verdad o falsedad sólo se da en el juicio; es decir, cuando se afirma o niega una *relación*. La observación y la reflexión hacen posible descubrir las relaciones que suelen ocultarse entre hechos o cosas. Por el contrario, la pobreza de lecturas, o la selectiva lectura de comentaristas fáciles, dificulta la capacidad de relación, que nos abre el



camino al conocimiento de la *causalidad* como principio explicativo de las cosas.

El desmontaje, en clase, de algunos artículos de revistas científicas es una buena estrategia para mostrar a los alumnos, cómo procede el científico. El «por qué» algo se afirma o niega debe estar permanentemente en la tarea cotidiana del docente y del estudiante.

Hemos visto que, desde un punto de vista objetivo, la ciencia es un conjunto de conocimientos interrelacionados y ordenados a un fin, es decir, *sistemático*. El sistema tiene, entonces, dos características: la dependencia recíproca de los elementos que lo componen y la teleología, el criterio que le confiere unidad. Esto se manifiesta en la organización más o menos afinada que va marcando el desarrollo de cada ciencia.

Yuxtaposición de conocimientos o teorías, no implica sistematización. En este sentido, una forma extrínseca de ordenamiento de los conocimientos está dada por los Planes y Programas de estudio, que deben facilitar al estudiante la organización o sistematización intrínseca, intelectual, de los contenidos curriculares.

El hábito de la *crítica* que facilita el pensamiento riguroso debe entender-

se en el sentido de «evaluación», «ponderación», que puede ser positiva o negativa. Podría también calificarse así al pensamiento «no-ingenuo», al comportamiento de nuestro entendimiento por el que somete a juicio a una prueba de validez, con instrumentos considerados válidos en un momento dado.

Esto, en ciencia, sólo es posible cuando existe una auténtica voluntad de conocer y de buscar la verdad. Los docentes debemos transmitir esta actitud, haciendo el esfuerzo por ampliar nuestros conocimientos, contrastando valorativamente planteos y argumentaciones.

De todos los hábitos mencionados, la *síntesis* es posiblemente el más difícil, el que se logra en el más largo plazo y quizá nunca de manera acabada. Es, más bien, el esfuerzo del entendimiento por lograr visiones lo más inclusivas posibles de todos los conocimientos. No se trata entonces de un conocimiento acabado y definitivo, sino integrador. Es un tipo de relación totalizante contra la cual conspira la especialización. Sin embargo, la transmisión de una correcta subalternación de las ciencias, de sus mutuas relaciones y dependencias, contribuye a facilitar en el estudiante, la visión panorámica a la que nos referimos.

Ahora bien: *¿pueden aprenderse los hábitos del pensamiento científico?*

En realidad, los hábitos no se aprenden, se generan, es decir, los produce el mismo sujeto a través de la repetición de los actos pertinentes.

En la primera parte de la *Summa*, Santo Tomás dedica algunos artículos al problema de la enseñanza. La primera pregunta que se plantea es si un hombre puede enseñar a otro hombre. Y así responde: «El maestro no genera la luz al entendimiento del discípulo, ni produce en él directamente las especies o formas inteligibles, sino que, mediante su doctrina *mueve* («motiva», decimos hoy) al discípulo, a que él mismo, por la fuerza propia de su entendimiento, forme los conceptos, cuyos signos el maestro le ofrece exteriormente»⁴.

En otras palabras, si no se da la motivación, no es posible el aprendizaje. Podría objetarse que al no generar el maestro las especies inteligibles en el discípulo, éste podría prescindir tranquilamente de aquél. Pero, más adelante, dice Santo Tomás: «Nadie puede llamarse maestro de sí mismo»; lo interesante son las razones que da: «cuando un individuo adquiere la ciencia por sí mismo, no puede decirse que se enseña a sí mismo, o que es maestro de sí mismo, porque no preexiste en él la ciencia completa, tal como se requiere en el maestro»⁵.

En resumen: nos convoca, entre otros motivos, la detección en los alumnos de diferentes niveles educativos de alarmantes dificultades para pensar rigurosamente: «las ideas se usan pero no se entienden», decíamos.

Vimos la importancia de los objetivos educativos como metas que deben orientar el proceso de enseñanza-aprendizaje, fundamentado esto en la natural tendencia de nuestra inteligencia al conocimiento de la realidad,

para lo cual razona y procede discursivamente. El discurso o proceso que empieza y termina en sí mismo, no satisface, pues, la natural tendencia hacia la verdad. La inteligencia sólo efectúa la búsqueda, si sabe que puede hallar lo que busca. Reconocer la posibilidad del conocimiento es, entonces, el primer paso para remediar la «apatía» advertida.

Nos referimos luego a las características que debe reunir el proceso intelectual para garantizar la rigurosidad propia del conocimiento científico: los hábitos intelectuales que implica la ciencia, subjetivamente considerada.

Pero resulta que los hábitos no se aprenden, se generan en el propio sujeto. De allí el *papel clave de la motivación* que le corresponde al docente.

¿No será, entonces, que en cierto modo los estudiantes no saben pensar porque los docentes no podemos motivarlos? ¿Y no será que no podemos motivarlos porque nosotros no tenemos suficientemente arraigados esos hábitos de pensamiento riguroso, y, en consecuencia, no podemos mostrar el camino que deben seguir nuestros alumnos?

¿Podemos llamarnos «maestros» si no tenemos, nosotros, la ciencia completa, o al menos suficientemente completa?

Y aquí surgen otros elementos que podrían analizarse y que, por razones de espacio y tiempo sólo esbozaremos: los docentes universitarios podrían alegar: el problema ya lo traen los alumnos desde la secundaria; los docentes de la enseñanza media, podrían decir: es que en la primaria —todavía EGB 1, 2 y 3 nos resulta difícil de incorporar— no se les dan los conocimientos suficientes y los chicos llegan sin saber ni siquiera leer, escribir, calcular, y ni hablar de la comprensión de textos...

¿Qué dirían los docentes de los niveles iniciales? No podemos atender las necesidades de cuarenta alumnos y confeccionar todas las planificaciones y planillas, y capacitarnos, sin apoyo de los padres. No podemos exigir demasiado, estamos «atados de pies y manos», a cambio de sueldos... ¿Cómo podemos trabajar con niños que se duermen en clase porque han estado ayudando a sus padres en lo que llaman «changas» y que sólo asisten a la escuela para asegurarse al menos un plato de comida diaria?

¿Qué dirían los padres? Debemos trabajar los dos para intentar llegar a fin de mes y la maestra pretende que yo me sienta con mi hijo y le ayude a recortar, pegar, resolver las cuentas y los problemas... Si ella viene a mi casa y hace la limpieza, lava y plancha la ropa y cocina, yo puedo, en ese tiempo, enseñarle a pensar a mi hijo... ¿que se gane el sueldo!

Finalmente, ¿qué dirían los niños, jóvenes y adultos estudiantes? Tal vez nada, tal vez sólo esperan, y mientras tanto «usan las ideas sin entenderlas»...

Reaccionemos, hagamos cada uno lo que debe hacer, en directa proporción con nuestras reales posibilidades de decisión y de acción. Lo demás, se nos dará por añadidura...

Notas

1. Sciaccia, Miguel F. (1973). *El oscurecimiento de la inteligencia*. Madrid: Gredos.
2. Zubiri, Xavier (1963). *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional.
3. Brie, Roberto (1997). *Los hábitos del pensamiento riguroso*. Buenos Aires: Ediciones del Viejo Aljibe. Obra a la que remitimos enfáticamente al lector interesado, y en la cual hemos basado gran parte de nuestro escrito.
4. I. 117. 1. ad 3.
5. I. 117. 1. ad 4.

La muerte y resurrección del personalismo comunitario

Carlos Díaz Pérez

Físico. Miami

No le des dinero. En cuanto tienen lo mínimo se compran una parabólica.

Las comunicaciones y los medios han hecho que esa inmensa masa social de «empobrecidos» quieran para ellos lo mismo que poseen los «enriquecidos». El sueño de empobrecidos y enriquecidos es común por primera vez en la historia.

Los pobres de hoy son ricos en potencia, pobres sólo en acto. No conocen solamente los muros de las casas del amo. Conocen la alcoba, la alberca, los colores, los detalles. Viven en las mismas casas a las que acceden a través de la pantalla.

No le des dinero. Llega la lógica de la «permutación». El rico ve atentada su posición por cualquier rico en potencia. La situación es permutable. El sueño, común.

La riqueza no se crea ni se destruye. Cambia de manos. El principio energético intoxicado por nuestro miedo a ser permutados en el sistema social limita nuestra solidaridad colocándola tan lejos como sea posible. Exigiremos fotos con los resultados de nuestra acción caritativa. También pediremos que los recursos sean gestionados de manera profesional. Pero pediremos, ante todo, que los proyectos se den en el Sur, en el tercer o cuarto mundo, en el extrarradio de nuestra realidad.

La toma del montón: «a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus capacidades» sembró un ideal comunitario que nos hacía pensar en primera persona del plural y no

en primera (casi única persona) del singular.

El montón no era el de la riqueza, era el de las ilusiones. Nadie puede poner en un montón de riqueza sus capacidades. No son peras con peras. Nuestra formación economizada nos hace soñar con los montones de riqueza del tío Gilito sin darnos cuenta de que pensar en modo «nosotros» comienza por pensar en modo «proyecto común», «ilusión común».

No le des dinero porque lo primero que van a hacer es comprar una pantalla más grande que deje más chica su capacidad de despertar del sueño común, de soñar un sueño de afán. A cada día le basta su afán cuando éste es común, compartido, discutido, devanado.

Volver a ser contestatarios, abandonar la política de la queja. Pedir a nuestros viejos que eduquen a sus jóvenes en la revolución. ¿Acaso no necesitamos una? A los más prudentes demandarles su refor-volución. Desa-

rollo sostenible es para los que queremos sostener nuestro desarrollo.

¿o,7? No encaja. El enunciado del problema diría: Si en un recipiente hacemos un orificio que desaloja 0,7% del fluido por año y, al mismo tiempo, surtimos el recipiente con flujos que incrementan el contenido un 20% del total al año. ¿Cuál será el resultado?

El recipiente revienta.

La caída de la Unión Soviética no supuso la derrota de los ideales comunistas, tan sólo de la gestión humana de los ideales comunistas. El marketing ha hundido a ambos con un solo torpedo porque el mayor interés es ahogar la capacidad de soñar.

Estamos ante la primera etapa histórica donde podemos hablar de «un sueño compartido» en todos los rincones del mundo. A todos los rincones llega Coca Cola. El éxito de la industria refresquera se basa en la distribución. La industria del sueño común se articula por medio de antenas y bi-



Visión esquemática del personalismo comunitario

tes, es instantánea e invisible. El sueño común es excluyente porque se basa en el principio de la permutación: o tú o yo lejos del nosotros y más lejos aún del tú-y-yo.

El sueño común mata, en primer lugar, la capacidad de trascender, de orar. La línea que une el yo con el tú a través de la mística queda imposibilitada, inhábil, reducida al absurdo y la burla. Al morir la mística se rompe la tensión que empuja nuestra voluntad desde la acción. La tensión que hacía basar nuestros comportamientos en la ética que queda reducida a la ética de la transacción (ética de empresa) lejos de la ética de la acción del yo que responde ante un tú y un Tú.

Muerta también la ética y habiendo desaparecido la tensión volitiva dirigida por la mística, nuestra voluntad se centra en la consecución del sueño común. Hay más voluntad que nunca. Los sueldos variables son la expresión soterrada de las jornadas de sol a sol ya abolidas en el transcurso de la historia.

Los, cada vez más numerosos, grupos de pseudorreligiones sustituyen la mística por el valor de la autosuperación, de la inteligencia emocional, del encuentro con uno mismo. Todos ellos instalados en la línea que une el yo con la acción mirando hacia uno mismo y en su caso a una trascendencia que muere en la inmanencia.

La mística atrofiada. La sabiduría hiperdesarrollada por los eternos estudiantes del Norte. Estudio obeso. Cientifismo que todo lo explica, todo lo puede. El yo pasa a la acción por medio de la sabiduría, sin la oración.

Esquemáticamente vemos cómo sólo sobrevive el cuadrante que existe



Visión esquemática del personalismo comunitario herido de muerte

entre el yo y la acción, dejando incluso difuminado el cuadrante entre la acción y el tú.

La solidaridad se torna voluntariado. El mercado vital dispone de unas horas para los otros que dejan de ser un tú cuando pierden su rostro en el número.

La vida pública se encierra en casa bajo el concepto de seguridad, de todos los derechos sin los deberes. Sólo se es verdaderamente público ante el público. Y cuanto más pública es la vida de los personajes públicos más privada es la nuestra, tanto menos comunitaria.

¿Qué añade el personalismo-comunitario al cristianismo? El personalismo-comunitario, sin citas, es una postura filosófica ante la vida, las herramientas para analizar nuestra existencia. Un estado de ánimo ante los acontecimientos. El cuchillo y tenedor del bistec de la realidad.

El cristianismo no valdría nada si Jesús hubiera muerto sin resucitar.

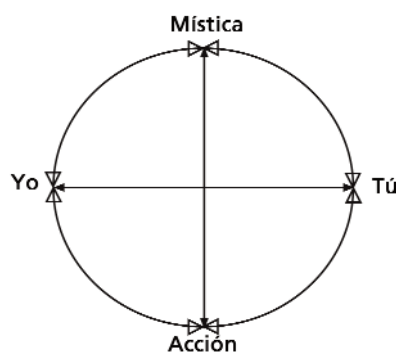
Resucitemos, juntos, el personalismo-comunitario.

Visión personalista-comunitaria

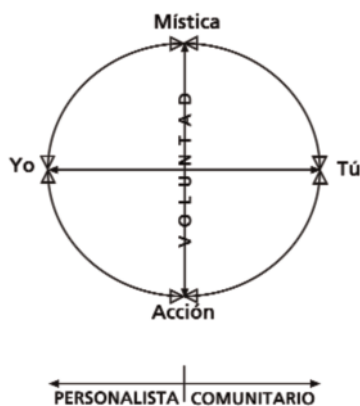
El objetivo de este breve artículo es crear una visión gráfica simple que nos permita comunicar de forma rápida y eficiente cómo se articulan nuestras convicciones a aquellos que no han tenido contacto previo con el personalismo-comunitario.

En la construcción de todo mapa es necesario definir los puntos cardinales. En la visión personalista-comunitaria estos cuatro puntos son el «yo», el «tú», la «acción» y la «mística».

Cada punto está interconectado con los demás. La utilidad de un mapa consiste en mostrarnos los caminos de un lugar a otro.



Como vemos en la representación gráfica nuestra voluntad se ajusta por ambos extremos: el de la acción (lo que podemos) y el de la mística (lo que queremos, lo que soñamos). Esta es la necesaria tensión volitiva que nos hace superarnos.



La voluntad se coloca a medio camino entre el «tú» y el «yo». Yo no puedo sólo, sin ti. Tú no puedes hacer mi quehacer sin mí. Es la tierra de frontera entre lo personalista (a la izquierda) y lo comunitario (a la derecha).

En una visión personalista-comunitaria de la vida no tiene sentido un «tú» sin la atención simultánea al

«yo». Al «tú» se llega a través de la acción apasionada y reflexiva pero tam-



bién se llega al «tú» a través de la oración.

Haremos parte del viaje al salir del «yo» para llegar a la «acción» después del estudio. Formar en la «acción» un nosotros comunitario que nos lleve al encuentro del «tú».

Completaremos el viaje catapultando el «yo» hacia la «mística» mediante la oración. Es esta «mística» la que nos permite acceder al otro desde

un nivel común, olvidándome en este momento de mi acción, de mi imagen social, de mi sabiduría. Tú-y-yo sin regateo de esfuerzos, para plantarnos ante la mismidad. Sólo a través de la acción nunca alcanzaríamos a tocar el «tú» desde esta dimensión.

La línea que une el «yo» con el «tú» es la división entre la lucha encarnizada en la acción (abajo) y la grandeza encarnada en la «mística» (arriba), la quintaesencia del optimismo trágico: mancharse las manos sin mancharse el corazón.

Vivir dándole vueltas a este círculo es vivir en actitud personalista-comunitaria.

De tanto dar vueltas se generan cuatro fuerzas centrífugas con las que completamos el modelo y a las que el IEM ha articulado históricamente en niveles. No son más que fuerzas creadas por la propia física del proceso personalista-comunitario (F1: Solidaridad; F2: Sabiduría; F3: Vida pública; F4: Vida de fe).

Cada una de estas fuerzas nace en su lugar, apuntando hacia fuera, bien asidas al centro, equidistantes y necesarias para dar sentido a nuestro girar.



Fides quaerens societatem

José Ramón Pascual

Profesor de Doctrina Social de la Iglesia en el Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de La Rioja

Se ha de notar que un individuo, viviendo en sociedad, constituye en cierto modo una parte o un miembro de esta sociedad.

Por eso el que obra algo en bien o en mal de uno de sus miembros, redundará en toda la sociedad.

(Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, II, q. 21, a. 3)

El atrevimiento de plagiar parafraseando a san Anselmo para titular este escrito sabrá disculparlo el lector si logra transmitir la intención que contiene: la fe cristiana necesariamente ha de vivirse en el mundo, con el objeto de transformar la sociedad para que sirva cada vez mejor al desarrollo integral de las personas, preferentemente de aquellas de cualquier modo empobrecidas; pero el cristiano ha de vivir su fe como miembro, en sentido estricto, de la sociedad: sin más ni menos deberes ni derechos *civiles* que el resto de los miembros de la sociedad. Y procurando las mediaciones políticas menos distantes del Evangelio.

La recepción y comentario de la Política aristotélica que santo Tomás de Aquino inició en París entre 1269 y 1272, cimentó la consideración de los asuntos políticos como ciencia. Incluida en la filosofía práctica, la política comienza a ser la ciencia que se ocupa de la *civitas* o *comunidad social*, marco necesario para que el ser humano se realice, pues la finalidad del ordenamiento político de la sociedad es lograr el bien máximo posible de la vida humana en la Historia.

La Iglesia, de distintos modos a lo largo de la Historia —y con aciertos y

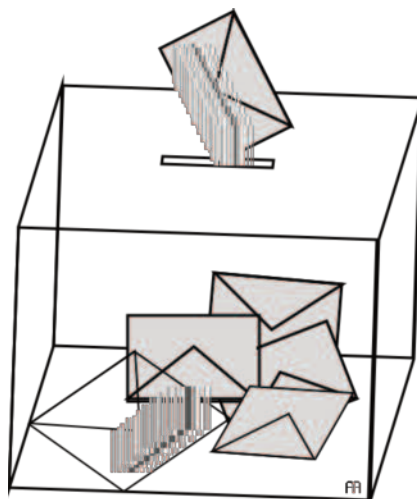
desaciertos—, queriendo ser fiel a su obligación de iluminar desde el Evangelio la vida del ser humano en la sociedad ha ido elaborando una Moral Política y una Doctrina Social.

Para fundamentar la aportación que prosigue se pueden traer a colación todos los documentos del Magisterio Social eclesial, aunque por las dimensiones de este espacio no sería viable. Por ello limitaremos nuestras referencias sólo a cuatro de los dieciséis fundamentales, porque en cuatro aspectos candentes queremos centrar este breve discurso, y de ellos hablan especialmente estos cuatro documentos: *Mater et Magistra*, *Pacem in Terris*, *Gaudium et Spes* y *Centesimus Annus*.

El primero de los aspectos consiste en el hecho de la participación sociopolítica del cristiano. Ésta no es opcional, sino vinculante a la fe. Ya son muchas las décadas que van pasando proclamando la ineludible presencia de los cristianos en todas las plataformas de la vida pública; sin embargo, en la práctica, aun la palabra o la presencia de cristianos en cuestiones sociales o políticas ‘sienta mal’ todavía a algunos vecinos, tanto cristianos

como no cristianos. Sacar la fe de la sacristía a la calle no es un capricho de algunos cristianos ‘politizados’, sino una exigencia de la Doctrina Social de la Iglesia para todos los cristianos, porque todos hemos de realizar con nuestra praxis la dimensión sociopolítica de la fe (MM 225-230, 232-233; PT 146-150; GS 25-26, 29-31; CA 45-46). Otra cosa son los modos; no todo vale. Pero ese es el siguiente aspecto que quiero reseñar.

El segundo se refiere a la legítima pluralidad de opciones políticas concretas de los cristianos. Esa pluralidad —incluso divergente— de opciones políticas en orden a la construcción de la sociedad es legítima cuando lo es; es decir, sólo cuando las diversas opciones se orientan en la práctica y en verdad al bien común, a la justicia social y al desarrollo integral de toda persona. De no ser así realmente, serán opciones que cada cual elige desde su particular derecho, pero será por gusto ideológico o interés, no por su finalidad tendente al bien común, que es lo que las haría cristianamente legítimas (MM 238; PT 48-49, 52-54; GS 73-75; CA 43). Entonces la pregunta



que hemos de resolver a la hora de situarnos inevitablemente en una opción política concreta no es ¿qué partido satisface mi ideología? sino ¿qué grado de sociedad humanamente buena se puede lograr con tal partido? Lo que hemos de salvaguardar es la finalidad ética y las mediaciones concretas que favorezcan en mayor grado la consecución de esa noble y ética finalidad del bien común al servicio de toda persona, sobre todo de la más desfavorecida.

El tercer aspecto hace referencia a esa compañía sociopolítica. Dado que la Iglesia no tiene ni proclama —ni debe hacerlo, porque no es su cometido directo— una opción política suya propia, los cristianos habremos de insertarnos y participar en las que hay o pueda haber. Pero dado también que los partidos políticos tampoco tienen ni proclaman —ni deben hacerlo, porque no es su cometido directo— la identificación con la fe, los cristianos habremos de insertarnos y participar en los objetivos y en las acciones en las que coincidimos construyendo el bien común. Estamos obligados a participar y colaborar junto con los demás ciudadanos miembros de la comunidad política, también no cristianos, en la búsqueda de la justicia social. (MM 239; PT 31-33, 157-160; GS 76; CA 49-51). Todos, creyentes o no, estamos impelidos a superar prejuicios y miedos históricos a la hora de juntar hombros en la construcción de una sociedad más justa, pues coincidimos en la pasión de todo ciudadano de bien, aunque diverjamos en nuestra identidad transcendente.

El cuarto aspecto viene dado por los tres anteriores. Existe una amplia sensación de que la mejor manera político-económica de organizar la sociedad viene dada por el liberalismo. Las consecuencias de la ‘caída del muro de Berlín’ ofuscaron el entendi-

miento de muchos haciéndoles creer que lo que queda vigente es bueno. Pues no dice eso la Doctrina Social de la Iglesia, sino todo lo contrario. La crítica y contestación que la Iglesia hizo a los regímenes comunistas o socialistas fue originada por su ateísmo práctico, por su materialismo histórico y por su opresión de la libertad personal; tres causas que se repiten y se amplían con creces en el capitalismo —por su actual vigencia hegemónica—. El Magisterio Social de la Iglesia clama por desacralizar y transformar las políticas neoliberales que han consagrado un capitalismo consumista alienante, el cual destruye a la persona —rica o pobre, aunque discrimina más a la pobre— e impide una sociedad justa y fraterna, agravando abismalmente la injusticia entre personas y entre pueblos (MM 243-244; PT 18-22, 54-64; GS 63-72, 85-86; CA 33-42, 56). Para el cristiano, entonces, junto con toda persona de buena voluntad, es ineludible transformar la teoría política neoliberal en la que estamos inmersos, así como superar con urgencia sus inicuos mecanismos prácticos. Y eso se hace discurriendo honradamente, a la par que desapegándonos de ciertos beneficios que niegan la equidad, sea económica sea social.

En suma, la Doctrina Social de la Iglesia nos pide: a) participar como ciudadanos, b) mediante opciones y acciones sólo legitimadas por el bien común, c) junto con toda persona o asociación que busque una sociedad más justa —aunque discrepemos en otros objetivos—, d) procurando ya una nueva política económica y social postcapitalista. Por ser cristianos. Sin más y sin menos. Esto vendría a ser una fe auténticamente libre que se quiere vivir en la sociedad.

El 10 de enero de 2005, Juan Pablo II decía al Cuerpo Diplomático en la

Santa Sede: «No hay que temer que la justa libertad religiosa sea un límite para las otras libertades o perjudique la convivencia civil. Al contrario, con la libertad religiosa se desarrolla y florece también cualquier otra libertad, porque la libertad es un bien indivisible y prerrogativa de la misma persona humana y de su dignidad. No hay que temer que la libertad religiosa interfiera en el campo de la libertad política y de las competencias propias del Estado. [...] La Iglesia quiere libertad solamente para poder ofrecer un servicio válido de colaboración con cada instancia pública y privada, preocupada por el bien del hombre.»

Pues ese servicio válido de colaboración para el bien de las personas, o sea, la aportación ética cristiana como propuesta de verdad moral universal, no sólo podemos, sino que debemos proclamarla, ofrecerla y defenderla sólo *civilmente*; es decir, en la misma plaza que la sociedad otorga a todos los miembros de la comunidad social, junto con otros de sus miembros cuando coincidimos en causas justas, y entre todos ellos en todos los casos. Cada cristiano hablaremos y obraremos en la sociedad desde la personal libertad de conciencia, pero necesariamente alumbrada por una ponderada escucha de la pluralidad de voces eclesiales y sociales, orientada por el Magisterio Social eclesial, y asentada sobre el único cimiento del Evangelio: esto sería la evangelización moral de la sociedad.

La fe cristiana necesita, reclama, busca a la sociedad (*fides quaerens societatem*) para realizarse y ser verazmente encarnada; en la medida que sepamos practicarla redundará la fe en beneficio de la sociedad humana, y ésta en favor de la auténtica identidad de aquélla. La incipiente moral política que asoma en santo Tomás, *Doctor Humanitatis*, es perenne si sabemos actualizarla.

Tsunami, un drama que exige conversión

.....
Luis Enrique Hernández

I.E.M. La Rioja

Justo cuando andábamos ocupados en compartir los mejores deseos para un año más próspero y feliz, surge como una bofetada a tanta palabrería vana el terrible Tsunami. Algunos lo han calificado como el mayor desastre natural de los últimos tiempos. Las imágenes que nos llegan ponen los pelos de punta, encogen nuestros estómagos, inquietan durante unos días nuestro confortable bienestar de satisfechos: cuerpos empotrados en las rocas, cadáveres echados sin muchos miramientos a las fosas comunes, padres que deben elegir entre salvar sus propias vidas o las de sus hijos... Todo ello induce a la consternación, y ante tanto sufrimiento... surge la pregunta ¿Qué poder hacer? Pero la respuesta es siempre parecida: donativos, colectas, campañas... dinero. El norte siempre actúa igual, los ricos siempre pensamos que los problemas se resuelven con dinero. Es nuestra forma de arreglar el mundo, haciendo «zapping» a distancia; es nuestra actitud analgésica ante el dolor ajeno, una pequeña penitencia (diezmo) soportable, que ni siquiera tiene la actitud del «óbolo de la viuda».

Es curioso comprobar que una vez más estos desastres naturales se ceban en las zonas consideradas más pobres del planeta y que, según los especialistas, esta catástrofe humana se hubiera podido evitar de haber contado estos países con equipos de prevención. Varios científicos en la Conferencia de Junio pasado en la ONU alertaron ya de un «significativo riesgo» y de la ne-

cesidad de tomar medidas urgentes.

Los pueblos del Sudeste de Asia, vuelven a actualizar la tragedia del calvario. El drama de Indonesia, aunque inmenso y terrible no es novedoso: Irak, Afganistán, La República Democrática del Congo con sus guerras fratricidas, Latinoamérica en su lucha con las petroleras, África entera muriéndose de hambre y sida... son otros «Tsunamis» que se cobran diariamente miles de vidas. Pueblos crucificados en el madero.

El Tsunami ofrece, una vez más, una semblanza de nuestra realidad, de nuestra forma de vida, del contraste insultante entre los seres humanos del Norte y del Sur. El destino de Occidente es el buen vivir y el de los países pobres es proporcionarles ese buen vivir. Paradójicamente, los países pobres, salvan a los ricos. Vuelve a salir a la luz la indigna realidad, tan bien sabida como ocultada: los pueblos pobres siempre son los que cargan con los males del mundo.

Ante una nueva manifestación de dolor de estas dimensiones, el corazón se predispone al grito lleno de impotencia, similar al de Voltaire ante el terremoto de Lisboa, o como Ivan Karamazov clamaba en la novela de Dostoievski: «Mientras sufran niños inocentes, no me interesa Dios ni su cielo, aunque en él se repare el sufrimiento de esos niños». ¿Puede Dios evitar el mal? ¿quiere realmente evitarlo? «La fe en Dios no puede ser real, al margen del escándalo del sufrimiento del inocente, sino a través de él. Entonces puede brotar la fe como milagro inesperado e inmerecido. Más aún, a veces ocurre un milagro mayor: ese Dios silencioso sigue produciendo ánimo y

esperanza en medio del sufrimiento» (Jon Sobrino). Dios no puede ser indiferente al dolor humano, porque Él mismo lo padece en nuestras carnes.

Al final, quienes aportan esperanza a todo este drama humano, quienes demuestran a quienes sufren que no están solos, quienes hacen albergar esperanzas de que no todo está perdido, y quienes permiten mantener viva la fe en el ser humano, son los miles de callados testimonios de voluntarios que como nuevos Simón de Cirene, se niegan a sí mismos, para compartir el dolor ajeno, para ayudar a llevar la cruz. Al final, siempre son las personas las que salvan las situaciones terribles.

El Tsunami plantea a Occidente, una vez más la asignatura pendiente de nuestra conversión, realidad profunda, imprescindible, para evitar situaciones de muerte en cualquiera de sus múltiples versiones: hambre, explotación, injusticia, violencia, guerras... y esa conversión pasa por aceptar al otro como persona, cuya dignidad depende de mí, transformando nuestra insensibilidad, indiferencia, prepotencia y desprecio en compromiso por la creación de un mundo entre iguales, al que estamos llamados a construir juntos de forma fraterna.

Si no empezamos a dar pequeños pasos en esta dirección, mucho me temo que la solidaridad de estos días pronto desaparecerá, cuando los medios de comunicación de masas dirijan su atención a otras cosas. Nuestras víctimas no deben quedar condenadas a ser objeto de ayuda y caridad.

Diálogo interreligioso desde la verdad o la verdad nos hará libres

Luis A. Henríquez Lorenzo

Licenciado en Filología Hispánica,
estudiante de Filosofía y Teología

Dado que el diálogo interreligioso y la interculturalidad deben sustentarse, entiendo, en un verdadero respeto a las específicas y particulares diferencias, en el rechazo de cualquier forma de irenismo y de sincretismo, y muy delicadamente en el respeto a la «verdad» del otro, por más que de un modo general la búsqueda de caminos para alcanzar verdades que sean compartidas pueda y aun deba ser en gran medida compartida, por todo esto, digo, querría hacer algunas observaciones a una entrevista publicada en un periódico local el viernes 24 de diciembre del 2004 (*La Provincia-Diario de Las Palmas*: p. 31).

Primero. Cuánto habríamos de felicitarnos por vivir en sociedades democráticas en las que quedan garantizados —ya sé que no siempre en la práctica, aunque sí en la teoría— los derechos ciudadanos fundamentales, por ejemplo, el de la libre expresión de ideas. En esta ocasión que nos trae aquí, un súbdito marroquí, casi ni que decir que musulmán, expresa sus particulares puntos de vista, legítimamente sustentados en su fe. Hasta aquí todo bien, sin duda, pero ¿hace falta volver a recordar que un cristiano es casi imposible que pueda expresar libremente sus puntos de vista cristianos en un país de mayoría islámica —la repetición de «cristiano» es intencionada—? Es una realidad archisabida, realidad que, por su magnitud, se hace digna de ser *sufrida* justamente por solidaridad con el dolor de los que sufren esa discriminación en carne propia, y que también se sufre viendo la indiferencia hacia estos temas perpetrada por un cierto pensamiento uniformador, de corte laicista

insensible a lo religioso. Por esto me felicito de haber nacido en Occidente, a pesar de su decadencia casi *apocalíptica* generalizada, de su nihilismo relativista, de su burocratismo partidista y politiquero de centro, derecha e izquierda, de su arraigada crisis de valores, de su culto neoliberal y globalizado a Mammona —al materialismo consumista del dinero y de la buena vida muelle—, e incluso a pesar de que la democracia sea casi siempre formal, representativa, burguesa; pero insisto, al menos garantiza un sistema de libertades más o menos formales, privilegio de que gozamos y que sin embargo no existe en no pocos países para las minorías religiosas, étnicas y culturales.

A mi juicio, por un deber de estricta justicia, una denuncia como ésta ha de ser formulada, por más que no esté de moda o sea políticamente incorrecta en este ocaso de las utopías y las ideologías en que vivimos, o por más que el cristianismo no se lleve, no esté de moda, sea políticamente incorrecto, según expresión al uso, o se pretenda sea socialmente irrelevante por parte de no pocos sectores de la sociedad, grupos de opinión, artistas e intelectuales, ideologías y antropologías dominantes... Sí, es un hecho que no hay reciprocidad en el trato por lo que respecta a las minorías religiosas presentes en los países de mayoría islámica, y nos referimos sobre todo a la minoría cristiana, denuncia que por otra parte no pretende en modo alguno alimentar la idea del choque de civilizaciones, pues en todo momento



abrigamos el deseo de diálogo y de convivencia en justicia y paz. No obstante, reconozcamos que en España, por ejemplo, conseguirán el derecho *democrático* de las clases de religión islámica en los colegios públicos; en los países de mayoría musulmana, no sólo el mismo derecho para la religión cristiana es sencillamente imposible, es que lo normal resulta ser que los hijos e hijas de familias cristianas que, excepcionalmente, acuden a colegios y centros educativos regidos por musulmanes, se ven obligados a estudiar a la fuerza el *Corán* y la religión islámica, y encima tienen que aceptar que no pocas de las referencias al cristianismo se hagan desde el prisma particular con que son vistos Jesús, su mensaje y las Iglesias desde el islam. En fin, como bien se sabe la situación es tan injusta que el papa Juan Pablo II en más de una ocasión la ha denunciado, precisamente en la boca del lobo, esto es, en países islámicos. Pese a todo, sin embargo, la realidad no parece ser del todo oscura y queda por

tanto permanentemente abierta a la esperanza del cambio, que es decir el verdadero diálogo, la colaboración sobre bases comunes de lucha por la justicia o por la recuperación del sentido ético o moral en las relaciones humanas, etc.

Segundo. En más de una ocasión Juan Pablo II, con la autoridad de que está revestido, se ha dirigido a autoridades del islam, sobre todo en algunos de sus numerosos viajes misioneros, recordándoles lo que de seguro conocen y ponen en práctica, a saber, el auténtico islam rechaza la violencia terrorista, es contrario a ella, es una religión de paz y de sensibilidad y justicia para los pobres. Es ese el islam con el que quiere dialogar la Iglesia católica, aun a sabiendas, insisto, de que el diálogo no es fácil. Sin embargo, los terroristas islámicos, para desgracia de los auténticos musulmanes y para menoscabo de la credibilidad debida en Occidente a esa gran religión monoteísta predicada por Mahoma, aseguran actuar en nombre del islam, según preceptos del *Corán*, etc. Pero el problema —el auténtico «quid de la cuestión»— viene sobre todo con la expresión «Nadie piensa en terrorismo católico cuando actúa ETA». Estoy convencido —o persuadido— de que no soy ni muchísimo menos el primer lector que ha podido asombrarse al leer un encabezamiento como éste en la entrevista que se le hace a Moustaphá Mossalem, profesor de *Corán* por la Universidad de Fes, y claro, uno medio que se mosquea y dice, «pero hombre, a estas alturas de la película ¿todavía con estas?» Aunque me temo muy mucho que las siguientes observaciones sobran, de verdad, ahí van, en fin, así que recordemos una vez más lo archiconocido: el terrorismo etarra actual tiene muy poco que ver con el catolicismo; tuvo, en sus orígenes, una equívoca pero innegable vin-

culación —a través de seminaristas, ex seminaristas, curas, ex militantes hoacistas como Jon Idígoras, no pocos seglares independentistas, etc.— pero hoy día muy poco, casi nada, por lo que respecta a vinculación ideológica directa, más allá de contactos personales, que siempre los podrá haber, y además, aquello fue hace ya mucho tiempo y las cosas desde entonces han cambiado muchísimo. Y aun es más, si la tuviera —planteemos la hipótesis—, tampoco sería comparable, se mire por donde se mire, con el fanatismo terrorista islámico o islamismo: éste es absolutamente indiscriminado y se dirige contra todo Occidente, por odio y desprecio a Occidente, bien es cierto que en no poca medida originados y avivados ese odio y ese desprecio por el sentimiento colectivo de haber sufrido la humillación colonialista de ese Occidente combatido; el terrorismo de ETA, por su parte —que carece de cualquier justificación ética o moral e incluso política—, en cambio, intentó siempre «discriminar», porque sus objetivos siempre fueron militares, guardias civiles, etc., es decir, personas concretas, por más que también es bien sabido que por desgracia en sus atentados a veces se «equivocaban» y acababan atentando contra objetivos no previstos: produce auténtica consternación comprobar cómo a personas de carne y hueso les adjudicaban la sola y fría denominación de «objetivos», como si fuesen objetos y no sujetos dotados, según la clásica definición de Boecio, de sustancia individual y de alma racional.

Tercero (a modo de conclusión). ¿Por qué se vierten opiniones así en los medios de comunicación? No ya sólo porque afortunadamente se pueden emitir tales opiniones en una sociedad democrática, sino que además se vierten tales opiniones y otras por el estilo por la muy arraigada costumbre que

siguen teniendo los musulmanes en sus países de origen de confundir Occidente con cristianismo, y esto sabemos que ya no es así, en absoluto. Occidente debe muchísimo al cristianismo, esto es verdad, pero no es menos cierto que en la actualidad hay un fortísimo movimiento «contestatario» de corte laicista que al parecer pretende poner enmiendas a la totalidad a la tarea de reconocer las raíces cristianas en la formación de lo que hoy conocemos como Europa, el viejo Continente. Y conste que está tan arraigada en los países de mayoría islámica la idea de que Occidente es igual a cristianismo, y viceversa, que incluso intelectuales —tenemos un ejemplo en la entrevista que nos ocupa— participan de esa idea, idea que es, repito por segunda vez, una auténtica obviedad, totalmente falsa, inactual, desenfocada. Por tanto, si Europa está radicalmente «descristianizada» y esta realidad es ya indudable, tanto para creyentes cristianos como para incrédulos e indiferentes más o menos agnósticos o ateos, ¿no lo iba a estar con creces y con más razones el terrorismo etarra? Asimismo, téngase en cuenta, sólo de pasada, este dato recién apuntado, Europa ya no es cristiana, indudablemente es *no cristiana*, pero este hecho no es en principio ni *bueno* ni *malo*, es el que es, fruto de los procesos de secularización modernos y la consiguiente crisis de la metafísica que ha ido provocando la *emancipación* del hombre de la tutela de Dios, y precisamente es en esta Europa actual donde el cristianismo puede encontrar un terreno de cultivo social y unas virtualidades con que a lo mejor no contó en épocas pasadas «mejores» de confesionalismo católico, en las cuales nos aparece ahora, desde la castidad de la distancia, como muy obvio que en no poca medida el cristianismo generalizado era más aparente y forzado que real.

Carta de un bautizado a la Conferencia Episcopal

Pedro Jiménez

Profesor de Instituto

Mons. Rouco Varela y Sres. Obispos del Episcopado Español:

Mi nombre es Pedro Jiménez, natural de Sevilla, casado, padre de dos hijos y profesor de Filosofía, Ética y Psicología. Me dirijo a Vds, como cristiano bautizado que soy, de hermano a hermano en Cristo. Y puesto que son la «jerarquía», que en lenguaje evangélico —como Vds saben de sobra— significa «diaconía», «servicio», me dirijo a Vds, como hijo de la Iglesia que soy por mi Bautismo, para expresarles mis humildes opiniones, pedirles su «luz» (si la tienen para mí) y pedirles que «ejercen el Magisterio» (eso sí, si van a responderme, les rogaría lo hicieran con la «teología del Evangelio en la mano» o, a lo sumo, con la Doctrina Oficial de la Iglesia).

Intentaré resumirles mi opinión y mi estado de ánimo:

Como tantos cristianos a lo largo del tiempo, mi historia de militancia cristiana en una Parroquia es la triste historia de un sinfín de zancadillas y atropellos (incluido en el plano personal). Mi delito: intentar vivir y extender la caridad política, el intento de asumir, como seguidor de Cristo, mi misión laica en medio del mundo, denunciando las estructuras de pecado que tantas veces ha denunciado Juan Pablo II (cfr. la «Sollicitudo Rei Socialis»). Pero, claro, en ésta (como en la mayoría de las parroquias) se ve con muy buenos ojos todo compromiso político que pueda ser de derechas, pero no al contrario.

Sres Obispos: como entendidos en Teología que son, ¿pueden Vds explicarme, por favor, qué base teológica y evangélica existe para poder decir que no se puede ser cristino de izquierdas

o, al revés, que el cristiano ha de ser de derechas?

¿En qué texto evangélico se inspira el neoliberalismo (fomentado y animado descaradamente por el PP), que tanta hambre, miseria, desigualdad, injusticia y guerras genera en el mundo? ¿En qué palabras de Jesús pueden Vds justificar la política del PP, totalmente de espaldas a los pobres (los pobres de España y los pobres de la Tierra), de espaldas a la viuda, al huérfano y al extranjero? ¿En qué pasaje de la Doctrina Social de la Iglesia justifican Vds sus buenas relaciones con el PP, a pesar de su dictatorial apoyo a la infame y cruelísima guerra de Irak (aun contra la opinión del mismísimo Papa)? ¿Dónde ven Vds el supuesto cristianismo del PP y su trabajo por el bien común, que es el objeto y finalidad de la Ética Social y Política, y del que tanto hablan tantos y tantos documentos de la Doctrina Social de la Iglesia? ¿Lo ven en su política de privatizaciones, en su ley de extranjería, en sus presupuestos militares, en su apoyo a las barbaries inmisericordes de Bush, en su recorte de libertades de acción y expresión de los movimientos sociales, en haber mantenido durante ocho años los cuatro supuestos de aborto, incluso hasta cuando pudo eliminarlos, por gozar de mayoría absoluta en su segunda legislatura?

Como jerarquía mía que son, Vds deben explicarme algo que yo no entiendo; ¿en qué quedamos: la Iglesia (jerárquica) debe meterse en política o no debe? ¿Para unas cosas sí y para otras no? ¿Para exigir más dinero (o la religión en la escuela) sí se enfrentan Vds al gobierno, y para denunciar la matanza y masacre de Irak, no? ¿Qué es para Vds, Sres Obispos, más importante? ¿De qué depende eso: de quien gobierne?

Siento decirles que cada vez los entiendo menos: no puedo entender su persecución a los hermanos homosexuales (aunque lo disfracen eufemísticamente de «respeto»). Cristo no persiguió a nadie y, cuando denunció a alguien, siempre fue a los poderosos, escribas y fariseos; no puedo entender su obsesión con el preservativo (ni su empecinamiento insano con la sexualidad): ¿me pueden explicar qué tiene de «antinatural» un preservativo, que no tenga un chubasquero o una intervención quirúrgica? ¿Por qué la religión no se da (evangeliza) en las parroquias, y exigen Vds el espacio escolar público, en un Estado laico y aconfesional, con dinero público y nombrando Vds, a dedo, a los profesores y, lo que es peor, despidiéndoles discrecionalmente, por razones tan «peculiares» como vivir en pecado por vivir con la pareja a la que aman? ¿Qué tipo de moral creen Vds y enseñan? Y sobre todo, ¿en qué palabras del Señor se basan para condenar prácticamente todo lo relacionado con el sexo, al tiempo que son totalmente tolerantes con los pecados sociales y económicos? ¿Por qué se les oye hablar tan poco del crimen del hambre en la Tierra? ¿Por qué les preocupan más «las uniones homosexuales» que las guerras imperialistas, a tenor de sus múltiples manifestaciones públicas? ¿Creen, de verdad, que el Espíritu Santo está más preocupado por la sexualidad de los homosexuales que por los, aproximadamente, sesenta millones de muertos *por hambre* al año? ¿Le debe preocupar más eso que las guerras del emperador Bush?

Todas estas preguntas no hacen más que incrementar mi confusión y desazón como miembro de la Iglesia. ¿Por qué el Papa, que no dijo una palabra a Aznar, tras su anticristiano apoyo a la guerra de Irak, ahora salta contra Zapatero, por su «laicismo y



corrupción moral»? El apoyo brutal y descarado del PP a los más ricos, al sistema neoliberal capitalista, a la mercatocracia, ¿no es eso una auténtica corrupción moral? ¿Por qué Vds sólo abren la boca contra la corrupción del PSOE, y la cierran contra la corrupción del PP? ¿Por qué hay, todavía, tantos sacerdotes capaces de negar una Sagrada Comunión a un cristiano por vivir en pareja (sin estar casado) y no se la niegan por ser un empresario opresor y explotador?

Todas estas cuestiones y muchas más en las que no quiero entrar ahora para no hacer interminable esta carta (el papel de la mujer en la Iglesia, la necesidad de repensar la espiritualidad del matrimonio y la pareja, la relegación del laico a un descarado segundo plano y condenado a la obediencia ciega y acrítica a los presbíteros), la prohibición de someter a debate el celibato opcional del sacerdote, y un largo etc, hacen que mi situación en la Iglesia sea de total perplejidad.

Ahora bien, todo lo antedicho podría, incluso, soportarlo; pero lo que no puedo soportar, lo que no puedo (de ninguna manera) admitir, lo que no puedo tolerar, es la manipulación

burda y sistemática de su emisora, la cadena COPE, que existe, exclusivamente, en razón de convencer al oyente cristiano conservador para que jamás le retire su voto al PP. La COPE existe para atacar impune y sistemáticamente al PSOE y a IU. Y lo que no logro comprender es que Vds, que, por medio de su emisora, están realizando una descarada operación de acoso y derribo de un gobierno legítimo democráticamente por las urnas, tengan, sin embargo la desfachatez de acusar a dicho gobierno de que es éste el que persigue a la Iglesia. Yo, desde luego, no soy del PSOE ni jamás lo he sido, pero, como Iglesia que soy, tampoco me he sentido perseguido por él. Más bien, desde luego, he visto atacado el Evangelio por las políticas neoliberales de la España del capital y la guerra, que el PP ha realizado. Y, por supuesto, de la guerra de Irak, cuya condena del Episcopado al PP, por su apoyo, aún estoy esperando.

Y ya lo peor, lo infame, es que tengan Vds en nómina a un señor como Federico Jiménez Losantos, el director de «Las mañanas de la COPE», un señor que miente diariamente, manipula, insulta, habla de sus adversarios políticos con motes, engaña a la opi-

nión pública, llama «dictadura» a este gobierno salido de las urnas (así como al venezolano, a cuyo presidente llama «el gorila rojo»), nos acusa a los movimientos antiglobalización de estar financiados por Gadafi, Fidel Castro, Bin Laden y Sadam Hussein (es decir, nos llama terroristas); apoya al asesino Ariel Sharon y al asesino Bush, desprecia todas las opiniones que no coinciden con la suya, habla hasta de lo que no sabe; en pocas palabras, dedica seis horas diarias a luchar a favor del neoliberalismo. Y eso lo hace *con mi dinero*.

Por todo ello (y por el tremendo disgusto que me está causando la actuación pública del Episcopado español en los últimos meses) es por lo que he decidido dejar de poner (por primera vez en mi vida) la cruz en la casilla de la Iglesia, en mi declaración del IRPF. Mientras haya un solo hermano mío hambriento en el mundo («uno de éstos, mis hermanos más pequeños», Mt, 25) no puedo, en conciencia, dar un solo céntimo a una institución que se dedica a apoyar al capitalismo neoliberal (por muy «madre mía» que sea dicha institución). Además, informaré a todos cuantos pueda de esta decisión, con el ánimo de convencer al mayor número de gente, publicaré artículos y cartas en los periódicos, etc. Ésa será otra forma mía de luchar y trabajar por la Iglesia que sueño y deseo, una Iglesia al servicio del pueblo y de los más pobres, lo cual es absolutamente incompatible con las actuaciones del desvergonzado Jiménez Losantos, al frente de la emisora que Vds controlan. Ya he intentado varias veces (por cartas y llamadas telefónicas) dirigirme a la COPE, pero ha sido totalmente en vano. Y éste es mi último intento.

Dolido y confundido por una Iglesia a la que cada vez entiende menos, se despide de Vds su hermano menor.

Mounier: ¿un santo canonizable?

Entrevista a Carlos Díaz

Miriam Díez i Bosch

(ZENIT)

Miriam Díez.— *¿Qué vigencia tiene hoy el personalismo?*

Carlos Díaz.— En el ámbito teórico, muy escasa. Vivimos momentos de pragmatismo donde la persona importa muchísimo menos que el dinero y que el goce material. Los proyectos personales-comunitarios de contenido escatológico, los macrorrelatos y los planteamientos posconvencionales están de vacaciones. Por eso también están de vacaciones la identidad personal y la religiosa. Sólo vige y rige el individuo, lo egorrelativo, el yoísmo, lo de siempre ahora bajo bandera común. Sería un error pensar que la globalización interesa desde una perspectiva de universalismo moral y de bien común. Posmodernidad es de todas las cosas rey, como hubiera dicho Heráclito.

M. D.— *¿Qué quiere ser la filosofía en la ciudad de Mounier?*

C. D.— Péguy enseñó a Mounier a soñar con la ciudad ideal, ideal pero no idealizada. En ese empeño continúa el personalismo comunitario, a pesar del ambiente posmoderno cuya «civitas democrática» se asemeja al Reino de los Pitufos: una serie de chalets cómo-dos cortados por un patrón uniforme con vistas a la exterioridad y pretensiones de exclusividad. Esa pretensión de exclusividad, sin embargo, no puede darse cuando el hombre que habita el chalet tiene un alma estándar. Sólo los que construyen catedrales, decía Mounier, pueden habitar las chabolas.

M. D.— *¿Qué tipo de humanismo propone el filósofo Mounier?*

C. D.— No hay más que un humanismo, dentro del cual pueden florecer interminables estilos. Consiste en

buscar, proclamar y encarnar lo humano, aunque a veces sea «humano, demasiado humano». Sólo ese humanismo de lo universal permitiría plantear con rigor la defensa de los derechos humanos: ¿cómo pretender defenderlos sin lo humano universal que funda los derechos particulares e individuales? Si el hombre edifica un edificio antropológico sobre los pies de barro del derecho, todo fracasará. Sin lo humano no hay derechos huma-



nos. Esta es la ventaja indeleble y siempre recurrente del humanismo: que, siendo universal, puede vivirse particularmente, sin perder de vista el fondo de ojo de lo humano mismo: el ansia de eternidad, de belleza, de coeundia, de unificación, de caridad, de absoluto. Un humanismo autoincapsulado no pasa de ser una jaula para encerrar gorilas. Patético me parece que los derechos humanos tengan tantos novios pero nadie quiera casarse con ellos. Síntoma de los tiempos, pero síntoma patético.

M. D.— *¿En qué sentido sus intuiciones tienen peso hoy, en el contexto de la globalización?*

C. D.— Esta pregunta quedaría contestada de algún modo por la primera, pero podemos añadir algo. La globalización, anticipaba Jenófanes, es un gran animal con dos grandes orificios: la boca por la que degusta los manjares, y el ano por donde los defeca. Ambos orificios, sin embargo, corren suerte desigual, ya que unos pocos defecan en exceso y otros son defecados apenas sin comer: ese es el proyecto imperial de la macroeconomía globalizada. El problema es ¿qué va a pasar con ese animal, cuando los menos defecan más y los más son defecados por los menos. Tal planteamiento repugna a la razón cálida del personalismo comunitario, que por eso adopta una ontología militante contra semejante «desorden establecido».

M. D.— *¿Qué aspectos se resaltan para pedir la beatificación de Emmanuel Mounier?*

C. D.— En realidad, en el Congreso de Roma, y a modo de iniciativa personal, su organizador, el siempre trabajador Atilio Danese, propuso recoger firmas entre los congresistas a fin de resaltar las virtudes heroicas de Mounier y elevarlas a la Iglesia por si en adelante pudiera pensarse en el proceso de beatificación de Emmanuel Mounier. Casi al punto se hizo cargo de las mismas el cardenal, Poupard, mostrándose simpatizante con el proyecto. No hay que ir más lejos. Por lo demás ¿quién se encargaría de abrir y llevar hasta el final esa causa, si no existe organización personalista alguna que cuente con infraestructura ni recursos para impulsarla?

Desde el punto de vista más personal, y recordando que hay santos que el Cielo impone a la Tierra y otros que la tierra impone al cielo, creo en la co-

muni6n de los santos. Eso es para m6 lo primordial. Respecto de Mounier, nunca se sabe si una eventual canonizaci6n terminaría desdibujando su propia identidad, e incluso borrando su profunda originalidad, al desalar su sal después de excesivos filtros. Hay santos que nunca serán canonizados. Les entiendo bien.

M. D.— *¿Qué cree que aportan los beatos y santos filósofos?*

C. D.— No me agrada demasiado aquello de «doctores tiene la Iglesia que te sabrán responder», conforme a los catecismo de mi infancia. Tampoco sé muy bien en qué consiste la identidad de los beatos y los santos filósofos, a

no ser que en que han amado a la Iglesia, que les «recompensa» con esos títulos. San Agustín se equivocó mucho en filosofía, al mismo tiempo que fue genial. Y lo mismo cabe decir de santo Tomás, los dos exponentes máximos de racionalidad teo-filos6fica de ayer. Ningún cristiano juega al tenis —por el mero hecho de ser cristiano— mejor que ningún pagano bien entrenado y apto para esa palestra. Por consiguiente, osaré musitar que este tipo de angelologías no son de mi devoci6n más profunda. ¿Y si probásemos a definir de otro modo la santidad? Quizá entonces yo entendería mejor la cuesti6n. Por mi parte no me encomiendo a ningún santo, filósofo o no, cuando

estudio, ni cuando no estudio. No tengo santos especializados para usos particulares. Sí rezo al Señor Santo, cuya gloria impregna Cielo y Tierra. ¿Para qué tantos intermediarios? No sé si esta posici6n parecerá muy poco canónica, quizá porque mi pretensi6n de santidad consiste en dejarme salvar por el tres veces Santo Dios desde mi torpeza e inmundicia pecadora. Mucho cuidado con instruir causas de beatificaci6n de filósofos por ser tomistas o conservadores: no es el camino.

Un cordialísimo saludo desde Roma.

A propósito del libro *La fe y la estafa* de Enrique de Castro

Benjamín Forcano

Teólogo

Quiero señalar en primer lugar que el título del libro *La fe y la estafa* puede sonar un poco fuerte, pero visto después de leerlo serenamente, no tanto. Escribe Enrique: «He querido llegar a las raíces de nuestra cultura en un esfuerzo de desentrañarla, porque pienso que nos han engañado mucho y nos hemos dejado engañar. Quisiera aclarar que lo que hoy se llama cultura cristiana con sus dogmas, su moral, su templo y su ley, es una manipulación del hecho y significado de Jesús. Hemos implantado un modelo de vida opuesto a la buena noticia que significó Jesús para sus seguidores. Nos han quitado la fe, que es el motor de la vida y que es lo que rescata Jesús para el ser humano» (Págs. 10-11).

Sin entrar en intenciones subjetivas de nadie, pienso que lo que escribe Enrique es cierto, que el sistema sobre el que circula la religiosidad cristiana es, en buena parte, una estafa. El bien administrado lleva la marca original pero no responde a ella. Y muchos se aprovechan de ella como si fuera un patrimonio propio. Ciertamente son muchos los que lo hacen de buena fe, y otros muchos, seguramente los más, lo hagan por condicionamiento, complicidad o impotencia para liberarse del sistema.

Precisamente por eso, el libro *La fe y la estafa* tiene como objetivo primordial redescubrir la realidad de Jesús. Digo redescubrir porque, en efecto, la vida de Jesús, aunque única, la hemos cubierto y recubierto con vestimentas impropias. Su realidad es única, pero de ella tenemos muchas imágenes, de las cuales unas se acercan, otras se distancian, otras son falsas, y seguramente ninguna es exacta.

Y es inevitable que así sea, porque nunca se nos entregó una copia exacta, absolutamente invariable. Y no se nos entregó porque ni Jesús la dejó a sus discípulos ni ellos la transmitieron así a la posteridad. Nos movemos, pues, en el terreno de las imágenes, de las aproximaciones, de las interpretaciones.

1. Cambio de las imágenes cristológicas tradicionales o dominantes

Eso no obstante, dentro de la Cristiandad, se han ido construyendo imágenes que, con fundamento en lo que dicen los Evangelios, nos han ido revelando trazos fundamentales de la vida de Jesús. Modernamente, con los adelantos de las ciencias bíblicas y teológicas, hemos podido reconstruir mejor esa vida real de Jesús.

¿Qué quiere decir esto? Pues que nadie puede pretender haber dado con la imagen clara y definitiva de Jesús, por la sencilla razón de que cada día nos llegan más datos para perfeccionarla. Modernamente, repito, han sido muchos los adelantos y muchos los cristianos que, por no estar al tanto de esos adelantos, están reteniendo una imagen de Jesús que ya no se conforma con la realidad, la realidad primigenia, y esto da lugar a que, entre los mismos cristianos, haya división de pareceres, de oposición incluso, a veces muy profunda, en el modo de percibir la persona y vida de Jesús.

Esto es normal, porque cada uno va tejiendo su imagen con la enseñanza y formación que ha recibido. Pero, la normalidad es sospechosa cuando unos u otros renunciamos a cambiar rechazando los nuevos datos que nos llegan. Si esto se hace sin saberlo, es de buena fe, y la buena fe no es inmovilista ni fanática, se corrige sin dificultad.

Pero, si esto se hace a sabiendas, es de mala fe y la mala fe se empecina, es dogmática, encubre otras motivaciones y es difícil de curar.

Tan normal es esto que el mismo Enrique escribe en su libro: «En el año 1987 tuve la suerte de leer el libro *Jesús, hombre en conflicto*, de Carlos Bravo, teólogo. Este libro me abrió mucho los ojos y por eso hay mucho de él en estas páginas» (Pág. 81).

Esto quiere decir que Enrique, como otros muchos cristianos, venía reteniendo una imagen de Jesús, muy determinada, pero tan pronto como le llegaron datos nuevos se aprestó a ajustarla. Había datos, estudios, que modificaban profundamente su imagen. Nada de esto cambiaba la vida real de Jesús, sino su modo de percibirla, algo había en su imagen tradicional que se distanciaba de la nueva que le llegaba. Y Enrique celebró aquel descubrimiento con entusiasmo y regocijo.

Estamos dando con esto con una idea que es fundamental en el cristianismo y en los grandes movimientos culturales.

Yo entiendo que cada uno, cada generación, cada época tenga una forma predominante de entender la figura de Jesús. Y eso no debiera ser motivo de escándalo o de trauma para nadie. El saber sobre Jesús es, en muchas cosas, evolutivo, progresivo en la historia. Hemos ido acumulando elementos nuevos que nos permiten una percepción cada vez más ajustada.

Entiendo que uno, fiel a su percepción y conciencia, mantenga una posición sobre una determinada cuestión, y entiendo también que lo correcto, tan pronto como se dispone de nuevos datos, es ajustar. Es lo propio de quien busca con coherencia. Pero, ya me resulta ininteligible que, a la vista de datos nuevos sobre una cuestión, se eluda el cambio o se condene a los que tal



hacen. Ininteligible porque ahí no funciona la razón, sino la ceguera.

Confieso que, antes de leer el libro, pensaba que me iba a encontrar con una especie de bomba, que arruinaría muchos edificios teológicos y provocaría escándalo en muchos arrabales de la cristiandad. Sabía quién es Enrique y cómo desde una persistente y al parecer irremediable marginación no le quedaba más remedio que indignarse y cuestionar todo un sistema religioso que, si no pasa de largo, sí se limitaba en buena parte a lamentarla y abordarla asistencialmente. ¿Qué va a decir un cura tocado y condicionado por grupos que le moldean hasta hacerle ver la sociedad y la iglesia desde los ojos propios de situaciones o personas maltrechas y desesperadas? Eso era explicable, pero nadie, o muy pocos, esperaban que lo escrito por el

cura Enrique fuera, en efecto, una bomba, *pero una bomba del tamaño del Evangelio*.

Quiero recalcarlo: la novedad de este libro es que no es novedad, o mejor, es novedad porque, a quienes estamos anestesiados por la rutina de una religión estereotipada, sacerdotalmente administrada, que se nos queda en ritual cumplimiento, se nos viene encima como una brasa encendida. Pero esa brasa no es el cura Enrique, sino el Evangelio. No hay nada original o radical que atribuir al autor. El se limita a transcribir las andanzas del Jesús histórico, a precisar cómo fue el alma y el desenvolvimiento vital de este hombre.

Repito, el libro de Enrique trata de redescubrir la realidad de Jesús. Redescubrir porque la hemos recubierto con vestidos y colores impropios que,

muchas veces, nos ocultan la realidad. Y tenemos que comenzar por quitar para descubrir el original o acercarnos a él. Nosotros procedemos siempre en nuestro conocimiento con un revestimiento cultural. Todo el mundo a la hora de acercarse a Jesús lleva ya su imagen, su forma peculiar de entenderlo. Por eso, el desafío que se nos plantea es saber si esa nuestra imagen es la verdadera. Porque todos nos pondríamos seguramente de acuerdo en afirmar que queremos seguir a Jesús. Muy bien, pero ¿a qué Jesús?

Ahí está la cuestión, y ahí está la diferencia, y ahí están las consecuencias. Muy importantes, por cierto. Porque el enfoque, el estilo y las aplicaciones que se tomen en la vida de la Iglesia dependerán fundamentalmente de la Cristología, de nuestra manera de entender a Jesús. La Cristología marca la eclesiología, la pastoral, la catequesis, la liturgia, la espiritualidad, la teología (del trabajo, de la revolución, de la política, de la liberación), marca todo. Yo estoy convencido de que cuando en la Iglesia hay crisis, es que hay crisis de la Cristología. ¿Cómo va ordenar su estilo de vida una comunidad cristiana si no tiene claro cuál fue la vida de Cristo, su fundador?

Este es, pues, un libro sobre Jesús de Nazaret.

De la Iglesia poco o nada se habla, no hace falta. Porque no hay mejor camino para señalar el quehacer de la Iglesia, su verdadera misión que apuntar a Jesús. No hay mejor camino para crear verdad, conciencia y renovación que recuperar lo que estaba oculto, ignorado o falsificado. A Enrique le apremia la necesidad de hacer ver que la pasión por la justicia, por la dignidad del hombre, por acabar con todos los embustes del poder civil o religioso, la pasión por liquidar todas las pseudomotivaciones que discrimi-

nan, rebajan o enfrentan a los hombres, pueblos y religiones, es distintiva y determinante de la vida de Jesús. Enrique bucea en la hondura que cimenta su vida, necesitaba construir sobre roca, comprobar que su vida y su tarea eran eso, un seguir a Jesús, un hacer lo que El, un vivir como El. Porque si El es así, vive así y actúa a sí, es obvio que quienes quieran seguirle vivan también así, como El. Y si no lo hacen, mal y contraproducente, no sirve que se llamen cristianos. En esto está la originalidad del libro: en que se hace difícil, sino imposible la estafa; no hay lugar para un cristianismo desnaturalizado.

Total, que la lectura de libro ha sido para mí un feliz desencanto: porque nada más fuerte, provocador y prometedor que la persona de Jesús. Por eso la pregunta: ¿qué redescubre de nuevo este libro sobre Jesús?

2. Qué es lo que se redescubre de nuevo sobre Jesús de Nazaret

Yo diría que mucho. Mucho porque logra llevar a la gente la persona y el mensaje de alguien que es de ella. A Jesús de Nazaret se lo han apropiado muchos, acaso todos, menos el pueblo, que es a quien de verdad pertenece. Hablo aquí del pueblo como contrapuesto a élites, facciones, grupos, clanes dirigentes quienes, por definición, se consideran más, por encima, en exclusividad, depositarios de la verdad y del bien, y desprecian a los otros como inferiores: incultos, incompetentes, indignos, pobres,...

Jesús viene a reponer las cosas en su lugar, a invertir el desorden establecido, porque, para Él, lo que cuenta no es la función, ni el cargo, ni la clase, ni los títulos, ni el dinero, ni el poder, ni el éxito; cuenta la condición humana, el hecho de ser humano. En lo humano está realmente la dignidad y la

salvación. Esa dignidad y salvación que los grandes han anatematizado, usurpado y reservado para sí gratuitamente, dictaminando que sólo ellos la poseen y sólo ellos la administran y hacen que llegue al pueblo.

Jesús, si por algo es el Salvador, es porque devuelve al pueblo, a la gente, a las personas, a cualquier sujeto humano la confianza en sí mismo, la dignidad para no doblegarse ni sucumbir ante el miedo y el servilismo. El libro *La fe y la estafa* va por estos caminos, señala los caminos de Jesús, los divulga, frente a otros caminos ciertamente, que muchos cristianos siguen de buena fe, pero equivocados.

Tres puntos como mojones me atrevería a subrayar en este riguroso libro jesuánico y un cuarto como piedra angular de todos.

1. Nada más primordial y urgente que volver a Jesús

El desconcierto, las confusiones, la mediocridad y las componendas que sufren multitud de cristianos —jerarquía o no— no tienen más origen que su alejamiento de Jesús: lo desconocen o lo malinterpretan. Son demasiadas las cosas que hemos erigido como cristianas, arrastramos montañas de leyes y hábitos que nos impiden asomarnos a la verdad pura de Jesús, en quien decimos creer. Pero, ¿de qué Jesús hablamos?

El cura Enrique no es autor de ninguna innovación peligrosa. Se queda corto o, a lo más, se deleita con presentar el proyecto, criterios y comportamientos que caracterizan al fundador del cristianismo. Me temo que, quienes andan a la caza de herejías o de abusos, van a constituirse en inculpatores natos del hereje o disidente excelencia. Y, como siempre, serán ellos quienes, en nombre de Jesús, blandan el bastón de la incompreensión y de la inquisición. No por acaso,

el gran enemigo o miedo de la Iglesia no es Marx u otros personajes temidos, sino Jesús de Nazaret.

2. El autor denuncia una ausencia peligrosa

Esta ausencia se comprueba a diario. En los templos y en las eucaristías, ¿qué Jesús se proclama o predica? ¿Qué repercusión tienen nuestras liturgias en la vida de quienes la practican? ¿Son para cumplir o para vivir el estilo de Jesús?

La ausencia no tiene remedio, mientras no haya en todos —y más si cabe en los curas— ese afanoso descubrir, con rigor y pasión, la personalidad de Jesús. Nada más dañoso para el cristianismo que la rutina, el ritualismo, el estereotipado y hegemónico culto, que cercena o mata la creatividad de cada persona y comunidad. ¿Cuántos curas, y quienes con ellos colaboran, se proponen llegar en sus homilias dominicales al sentido preciso del pasaje evangélico, para luego aplicarlo a las situaciones de hoy? Las incoherencias y frivolidades que con tanta frecuencia salen de esas homilias tienen su raíz en la ignorancia o presunción de saber lo que no se sabe. No es posible sacar consecuencias pertinentes cuando no se conoce el contexto y sentido de lo que se comenta. Hoy, no es nada fácil un anuncio de la Palabra de Dios, que discierna su contenido permanente dentro del ropaje conyuntural —historia, antropología, filosofía, etc.— que lo envuelve. Pero, tampoco es tan difícil.

3. La vista puesta en Jesús y en la vida de hoy

El proceder de Jesús fue sencillo: desde la realidad de su pueblo y desde las costumbres y leyes imperantes al proyecto de Dios (su Reinado). Binomio inseparable y conflictivo. Porque El no anunciaba un Reino para fuera de la

historia o para que cada uno se lo conformase a su manera. El Reino era para transformar de raíz los corazones y las estructuras, para acabar con toda suerte de alienación e inhumanidad. Hacer lo segundo no es posible si previamente no se posee el encanto del Reino de Dios, esa utopía capaz de generar la transformación.

4. Anunciar la novedad máxima de la Resurrección

«Nunca, en ningún lugar, y de nadie, se ha afirmado algo similar a lo que la fe cristiana profesa de Jesús, cuando dice que resucitó de entre los muertos» (J. Ignacio González Faus).

Enrique hace una magnífico resumen de cuál es el desenlace de la vida de Jesús: «El ha apostado por la vida de todos los seres humanos y no se ha dejado sobornar por ningún poder destructor de vidas. Como consecuencia, éstos no le han perdonado que intente despertar las conciencias poniéndoles a ellos en evidencia. El hijo del hombre ha sido capaz de vencer el miedo a quienes querían quitarle la fe en el ser humano para ponerla en los intermediarios manipuladores. Queda un cara a cara con dios en la entrega de uno mismo a la tarea de la creación y de la vida. Jesús no inicia una nueva religión, no crea un nuevo sacerdocio, no restaura el templo. La relación con Dios no necesita intermediarios y la relación entre las personas es horizontal. Todos podemos proseguir la tarea creadora superando el miedo, es decir, confiando en nosotros mismos, en nuestra desnudez. La fe es lo que nos hace vencer ese miedo ante cualquier intento de dominio o soborno, y la solidaridad lo que posibilita que la vida se multiplique» (Págs. 226-228).

Pero, oh paradoja, el final de Jesús es el rechazo, la soledad y la ejecución en la cruz. ¿Qué significa, entonces, lo

que lacónicamente escribe el evangelista Marcos: *Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí?*

Tres cosas quisiera poner de relieve, al hilo de lo que escribe en su libro Enrique.

- *Primera:* En los Evangelios hay una afirmación clara del hecho de la resurrección. La historia y la investigación nos transmiten que los após-



toles creen en la resurrección, son testigos de unas experiencias inauditas y, como consecuencia, cambian toda su vida y ponen en marcha un movimiento que desafía al poder político romano, al poder religioso judío y al poder intelectual griego. Este testimonio de los apóstoles salió triunfante y hoy, después de más de 2000 años, seguimos ocupándonos de él.

- *Segunda:* la condición humana implica, y necesita, una esperanza. El triunfo de la muerte (todo se acaba), el triunfo de la injusticia y la derrota de las utopías (y cuando

mueren las utopías renacen las idolatrías) claman por alguna razón positiva que permitan creer que la esperanza no es un mero voluntarismo ciego que va sembrando la vida de mil promesas falsas.

El ser humano es el único que sabe que se ha de morir, el único que puede preguntarse cómo la muerte puede influir en su vida, el único que se resiste a dar por inútil su conato de ser y seguir siendo, el único que tiene habilidad para, pese a todo, tratar de esconder la muerte, tabuizarla, reprimirla y disfrazarla. Nos resultaría casi insoportable seguir viviendo con el pensamiento de la muerte, cuando ésta la máxima negación del orgullo humano, la amenaza radical de los poderes de este mundo, de la competitividad que en nosotros despiertan el mercado y el mundo económico. Tan natural como el morir lo es también el hecho de no querer morir. En esta perspectiva, para muchos (cristianos o no), la resurrección sería la manera maravillosa de escapar a la muerte, de vencer su poderío.

Pero hay algo más.

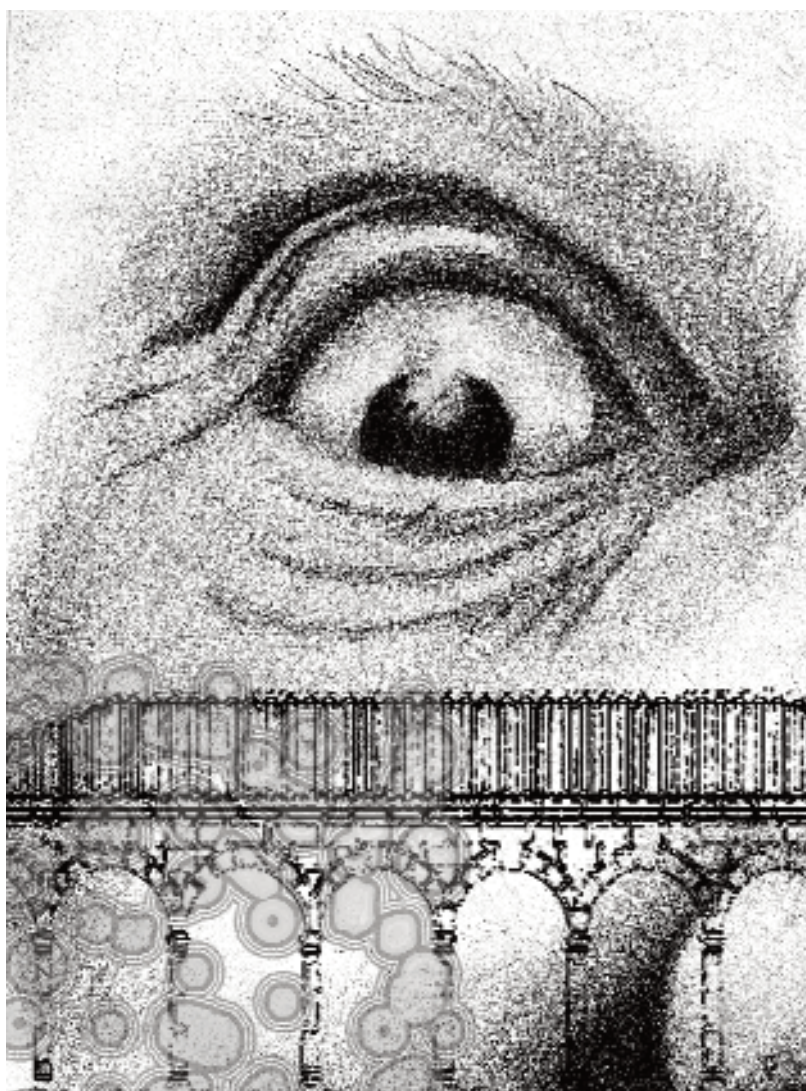
- *Tercera:* La vida de Jesús es toda una vida subordinada al Reinado de Dios, que es el reino de los pobres. Precisamente por eso, los poderes de este mundo lo asesinan, porque no aceptan que el reino sea de los pobres. Y lo asesinan los representantes oficiales de Dios y de su ley. La novedad de Jesús y de su resurrección están aquí: él, víctima, sale victorioso; la muerte por obra de la injusticia es antinatural, lo más opuesto a Dios, que es la misma Justicia, y así Dios devuelve la vida a quien todos daban por muerto. La muerte no tiene en Jesús la última palabra, ni la tendrá ya en ningún ser humano. Es lo que anuncian los apóstoles: «sabe que tú también resucitarás como El».

No se trata de que el muerto vuelva a esta vida, a una vida que perdió; no se trata de un hecho normal, sino de un acontecimiento único, sin paralelismos, que ha ocurrido en un lugar y momento de la historia, casi inasequible a nuestro propio conocimiento. El crucificado está vivo, se les presenta así en Galilea, se les ha manifestado, puede comer con ellos, es el mismo, como la planta que brota es aquella misma semilla pero no es la misma.

La resurrección de Jesús es un triunfo sobre la injusticia, no una escapatoria a la muerte, aunque también. El resucitado es una víctima y es una víctima por haber vivido como vivió, y fue ejecutado por haber vivido como vivió y fue resucitado por haber vivido como vivió. Jesús no murió de muerte natural, en la cama, de envejecimiento o por enfermedad, ni fue a ella por voluntad de su Padre, sino que fue violentamente asesinado por el poder religioso (la sinagoga) y por el poder político (el imperio). Y lo asesinaron por haber vivido como vivió. La muerte es consecuencia de su vida y la resurrección es consecuencia de su muerte. Hay toda una unidad entre resurrección, muerte y vida. Jesús podía haber escapado a la muerte violenta si hubiera transigido. Ya entonces no hubiera sido víctima.

Por la resurrección de Jesús, nosotros creemos en la resurrección de las víctimas. Sin la resurrección de Jesús, afirmar que Dios es el Dios de los pobres sería blasfemo o demencial. El Dios, que llama al ser lo que no es, ha desautorizado a los poderes de este mundo: «Ha derribado del trono a los poderosos y ha enaltecido a los humildes».

La resurrección de Jesús es el parto de una nueva vida, una gestación acumulada en su trayectoria vital, que alcanza la plenitud, una plenitud defini-



tiva, lo último posible que se puede esperar.

Quiero acabar con unos párrafos de Enrique: «El crucificado no está aquí. El crucificado es el que ha luchado por la vida del ser humano, el que se ha enfrentado al poder, el que se ha puesto del lado de los pobres y excluidos, de los llamados impuros, prostitutas, homosexuales, ladrones, el que ha declarado a todos iguales, el que ha

restablecido las relaciones del hombre con Dios en un tuteo personal, sin intermediarios y por todo eso ha sido perseguido y crucificado...

»Tal vez la muerte sea la referencia última de todos los miedos...

»Los evangelistas plantean la vida y la muerte como una elección, como una sola vida y una sola muerte. El que elige la vida nunca será encontrado en el lugar de la muerte, en el se-

pulcro. Pero el que intenta guardarla, en contra de ese proceso creador, y vencido por sus miedos, considera al resto de los seres como un peligro para su supervivencia y seguridad, permanece en la muerte...

»Al no ser la resurrección un hecho empírico, las apariciones son expresiones de lo que los discípulos experimentaron al volver a Galilea, es como decirles que Jesús les hace una oferta de vida, para que la pongan en práctica y comprueben que su fuerza creadora no hay quien la destruya. Se trata de su propia resurrección...

»Los evangelistas no intentan demostrar la resurrección como un hecho comprobable por los sentidos, sino explicar cómo ellos descubrieron que Jesús pertenecía al mundo de los vivos y no de los muertos...

»En el pasaje de Emaús, cuentan lo que les había pasado por el camino y

cómo lo habían reconocido al partir el pan. En el compartir, en la entrega de la propia vida, entienden las Escrituras y la plenitud de la vida humana...

»En los pequeños pedazos de utopía realizados día a día, nos hemos ido dando cuenta de que la vida es posible y más fuerte de quienes intentan quitarla. A esto le llamo resurrección. No creo en dos vidas, sino en una, y ésta está en barbecho, la vamos creando o destruyendo, es una elección y una conquista nuestra, una célula inicial que podemos hacer evolucionar hasta la plenitud. En todo caso, me quedé con lo que me dijo Fernando tras muchos intentos míos por explicarle la resurrección, porque él me preguntaba con mucha insistencia. Al final me cortó: *Mira, Enrique, no entiendo lo que me dices, pero cuando te mueras, me muero contigo y a donde vayas voy. Fernando murió hace poco y en la*

asamblea de la misa nos sentimos agarrados de su mano por la vida (Págs. 237-252)».

El libro del cura Enrique es una sacudida subversiva, fraternal para revisar y replantear, abrir los ojos e iniciar la conversión. Y la conversión la conduce cada uno destrabándose de miedos, servidumbres y complicidades que nos impiden vivir como personas seguidoras de Jesús.

Veo en este libro un amor grande a Jesús y, por lo mismo, un amor grande a la Iglesia. A Enrique lo que más le duele es la incoherencia, la vana inconsistencia entre lo que decimos y hacemos. No critica a la Iglesia, de eso se encarga el mismo Jesús. En todo caso, lo primero es conocer a Jesús, seguirle. Lo demás es obvio, las incompatibilidades vienen de por sí. Y todo ello, eso sí, hecho con llana sinceridad, con firmeza y con mucho amor.



Oficio de escribir

SUYAI

Carmen Ibarlucea

Miembro del Instituto E. Mounier

A mi madre

Los domingos eran los días en que los niños aprovechaban para jugar delante de la explanada del matadero, un lugar ideal para patinar... sin patines. Allí se reunían los hijos y las hijas de las familias de la población, una población de gentes sin esperanza, con una pizca de fe en un Dios capaz de hacer el milagro de ayudarles a vivir un día más con la alegría del que no tiene nada que perder.

La explanada estaba resbaladiza por la sangre de ternera derramada, lavada y relavada sin cesar, cepillada varias veces al día durante años por los empleados, y cualquier cosa servía para bajar por ella; cartones, maderas, los abrigos mal doblados. Los gritos de las niñas y los niños llenaban el aire en cada descenso, un aire pobre, de población pobre en una coqueta ciudad de provincia, en un país de segundo orden.

Los adultos, en sus casas de adobe, se afanaban en llenar el domingo de actividad: pintar las sillas de tercera generación, arreglar los patios llenos de útiles inservibles... Y pasar con esta ocupación las horas de descanso que destina la semana para aquellos a los que sus afanes y esfuerzos no les son reconocidos ni recompensados,

Mirar a las niñas y a los niños sin querer descifrar su futuro, aunque al mirar esperas identificar en alguna de esas caras risueñas y agitadas por el juego la presencia de ánimo suficiente para rebelarse al destino, el que no esta escrito en las estrellas, pero sí parece escrito en la partida de nacimiento: «fulanito, hijo de hombre alcohólico y de mujer de baja autoestima, futuro de cesante denigrado, borrachito de vino barato.»

Suyai está allí, y nadie podría decir al verla jugar con tanta pasión y con tanto riesgo, que poniendo su corazón en algo tan banal, pudiera llegar a ponerlo en sí misma, en su propia vida, en su capacidad de vencer los designios de su partida de nacimiento.

Regresa a casa al caer la noche, a casa, cansada, contenta. No la espera ninguna gran retada, ni por su ropa sucia, ni por su aspecto masculino. Al llegar, su abuela la premia con un beso, y en ese ósculo filial aflora el amor de la mujer que sabe disfrutar un domingo, cuando la vida en su mayor parte tiene sabor a viernes de pasión.

A Inés la mañana del lunes le trae todavía el ajetreo del trabajo. Con setenta años, una hija y diez nietos, hay que levantarse el lunes para trabajar, hay que levantarse el lunes y dar gracias a ese Dios del milagro diario, por tener las manos y la mente ágil. Y no hay una sola tarea para realizar, aunque primordialmente ella plancha. No plancha sus ropas gastadas y tristes, ni las ropas de sus nietos, plancha las ropas siempre lindas, suaves, olorosas, de las damas del centro, las que viven junto a la plaza de armas, o en la casa con antejardín o cerca de la playa, lejos de los cerros resecos con su tierra pobre y blancuzca que lo ensucia todo.

Inés, la abuela, es muy cotizada como planchadora, aunque Suyai la ha visto hacer eso y más, La ha visto pasar el chanco en las casas pudientes y lavar las botellas de vidrio para la fábrica de cerveza. Eso sí es algo que la impresiona, porque Inés fuma, con sus setenta años, fuma cigarrillos que se lía ella misma, recuerdo de su juventud de tango; aquellos años de mocedad en Coquimbo, cuando era hermosa, tanto



Oficio de escribir

como para darse el gusto de enamorar a los marineros y despreciarlos... mala suerte que se fue a enamorar del que no era, o acaso, se enamoró de lo que había, una consideración que hay que hacerse aún a principios del siglo XXI, uno cuenta con lo que hay porque se pone a trabajar el instinto, la naturaleza creadora o recreadora o transformista que nos impele al amor... y uno cuenta con lo que hay, o se conforma, o no se hace preguntas.

Y claro, así le fue. Una pasión animal, imagina Suyai, que al menos espera que tuviera eso, un goce sexual pleno. Un embarazo no deseado y unas cuantas palizas tras las llegadas embriagadas de un amante que, después de los primeros encuentros, deja de ejercer esa atracción irresistible y se muestra como lo que es, una persona con demasiadas lagunas para amar, con demasiadas carencias para asumir sus fracasos y sus frustraciones. Pero Inés ya era valiente entonces y se fue. No hacía falta mucho, ni hacía falta irse muy lejos, ella sabía que él no la buscaría. Para qué, a una mujer que tras la maternidad ha perdido la lozanía y también el deseo de diversión. Es mejor tenerla lejos.

Y apenas cruzó el otro lado de la bahía y llegó con su guagüita envuelta como un pastelito, en busca de una casa donde servir. Y allá sirvió, años y años, sin que se le conociera, ni por asomo el ansia de encontrar un hombre...

Búsquese un hombre que la cuide, doña, le decían algunas amigas, empleadas domésticas como ella —búsquese un hombre, no sea porfiada, que después se pone vieja y ya ninguno la va a querer.

Pero Inés con el primero ya tuvo de más. ¿Quién quiere que la cuiden a golpes y moraduras? ¿Un hombre que la defienda de la vida? Si la vida puede ser hasta hermosa, cuando te alimentas de tu trabajo y no recibes más insultos que los de la patrona, que no te levanta la mano porque le da flojera.

Cuando Suyai la mira lavando con energía las botellas de vidrio, todo el cuerpo en movimiento y el cigarrillo en la boca, con la ceniza larga en un equili-

brio imposible, sin caer, se da cuenta de que adora a esta mujer y se siente su heredera. Hay quienes heredan fortunas en plata de curso legal, hay quien hereda hectáreas de tierra, las hay que heredan casas, e incluso las hay que heredan un poco o un mucho de todo lo dicho y hasta acciones de bolsa o empresas, pero Suyai hereda Inés, su esencia de ternura, su capacidad de trabajo, su sentido de la valentía, esa bravura que no se va a la guerra, que no fomenta revoluciones, pero que fragua un cambio, profundo, profundo.

Suyai, lavado el rostro y las extremidades, se ha desnudado, y permanece en pie junto a su cama extendiendo sobre las sábanas gastadas, su vestido de domingo, la camisa blanca del colegio, el jamper escolar, el suéter y el abrigo de lana heredado de algún familiar remoto. Prolonga sus movimientos y sonríe imaginando el hermoso cubrecama que comprará en cuanto sea grande, tenga trabajo y se vaya a otra casa. Realmente sus sueños son simples, son los sueños de la mayoría de las niñas de su edad, sólo les falta un pequeño detalle, les falta el matrimonio y la maternidad.

Es tan pequeña aún que no imagina la posibilidad del cambio, cosas factibles como que sus hermanos mayores se vayan de la casa, o que sus hermanas se casen y dejen más espacio. Cree que todo va a permanecer estático mientras ella crece, y que sólo le queda huir del olor nauseabundo del cubo con tapa donde orinan y defecan sus hermanos sin limpiarlo. Del suelo que aparece salpicado de vómito cada lunes en la mañana, mientras su madre aún no ha regresado con el agua para baldearlo. Los enojos y los llantos de su padre, lo ama tanto, pero es débil para afrontar la responsabilidad de dirigir su vida y no es capaz de controlar su desesperanza y por eso la ahoga en cerveza o en vino.

Mientras ella contempla cómo su ajuar completo extendido sobre la cama se hunde justo, justo en el centro aplastado bajo el peso de la culpa de ser tan escaso y tan viejo, una caricia la invita a conciliar el sueño. Las sábanas se abren y Suyai obedece a la dulzura



Oficio de escribir

de su madre, que nunca deja de mirarla serena, que nunca se muestra enojada, ni impaciente, sólo los días en que su padre cobra y no se gasta el sueldo, entonces su madre se sacude la serenidad y se muestra vital como su abuela, cuando ordena ir a comprar cecina y queso para el té, y mermelada para la mantequilla y un pedazo de posta para la cazuela y les levanta el castigo de comer porotos a diario una semana entera.

Su madre, que no parece tener deseos de vida propia, no se permite ningún vicio por pequeño que sea, ni fumar, ni mirarse al espejo. Inés le ha contado que era tan hermosa que nadie creía que fuera hija de ella, tan hermosa que todos juraban que tendría un destino de «doña», y así fue al principio, enamoró a un hombre de clase superior, que tuvo el valor de casarse con ella por encima de los requerimientos de su familia criolla, pero nada más, nada más. Gastado todo el valor en un solo acto no le quedaba nada para afrontar la vida, y como suele suceder extensamente, busco más valor tras los vasos de vino. «¡Pobre hombre! ¡Tan bueno!», esas eran las repetidas palabras de su madre. Su madre, la dulzura que mana inagotable, a Suyai la incomoda, no se cansará nunca de deformar su cuerpo embarazado siempre, y en ocasiones embarazado de la desesperanza, de llevar tres cuentas paralelas, embarazos, hijos nacidos, hijos vivos.

No sé cansará nunca de mirar en todos sólo los la-



dos buenos, no se cansará nunca de mantener la fe incólume como si no hubiera motivo alguno para perderla. Y en medio del enojo se da cuenta de que esa madre suya que no juzga, ni condena, y que ama y que reza es lo único que va a llevarse a su casita nueva, cuando ella sea grande y la abuela Inés repose bajo el mármol que Suyai le tiene prometido.

— Mamita linda, déme su bendición.— susurra en el oído de su madre cuando esta se inclina ordenando las piezas ajadas que la cubren,

«Que la virgencita de Pompeya, y la virgencita de Andacoyo y la virgencita del Carmen la velen desde el cielo; y que tatita Dios la bendiga hija mía.»



Oficio de escribir

PARA TI MI VIDA Y MI POESÍA

Israel Gajete Domínguez



Un día tu voz quebrada atravesó mi alma,
tus palabras, como dagas, se clavaron profundo,
desgarrando una vida inerte, casi sin sentido.
Tu ejemplo de Dios pobre, fue cinceland mis anhelos,
modelando una esperanza tibia como un atardecer,
cálida como la aurora.

Ahora te busco perdido entre ruidos,
tropezando a cada paso, confundiendo caminos,
allí donde el mar agitado de un mundo aparente,
donde tu mirada se halla, casi escondida,
para aquellos que conviven buscando tesoros,
que contienen cenizas.

Y te contemplo en tu cruz, callado y pobre,
tú, el dueño de la vida, expirando en un madero...
Y tú hálito divino, que rasgó el velo del templo,
rasga ahora mi conciencia de hombre perdido,
entre muchedumbres de ilusiones vacías,
y fuegos de artificio.

Y creo que desde ese macabro instrumento de tortura,
Tus brazos desean abrazar a un mundo injusto con tu
[amor infinito, un mundo
escandalizado por la ley del amor, del perdón...
Un mundo que hoy sigue buscando en vano,
el modo de destruir la vida más económico, más rentable,
y se burlan de ti.

Te miramos arrogantes desde nuestro pedestal de
[hojalata,
y te seguimos escupiendo, arrojando lanzas en tu
[corazón...

mientras más de media humanidad se muere de hambre,
y las empalagosas palabras de los gobernantes,
seducen a jóvenes que matan a sus hermanos,
enseñándoles a odiar.

Y sigues relegado a ser objeto de calumnias,
ni siquiera los que nos llamamos cristianos vivimos con
[coherencia...
y se divide el mundo en categorías de hombres
[cuyos corazones no palpitan,
y se adora al Dios dinero, becerro de oro de nuestros
[días.
Todavía nos escandalizan nuestros antepasados,
y nos escandalizas tú.

Ayer murieron sesenta mil niños de hambre,
se convocaron guerras, se asesinaron hombres
[en sillas eléctricas,
nos engañaron en discursos con promesas que nadie
[cumplirá,
centenas de niñas fueron utilizadas como mercancía
[sexual, vendiendo su inocencia,
bajo un puente de ladrillo murió un hombre sin techo,
pero no nos importa.

Hoy te vengo a pedir que me abrasces fuerte, que me
mires con dulzura, y me digas hacia dónde debo caminar,
perdóname eterno padre, hermano, madre... mira que
sólo anhele tu sabiduría, elocuencia del alma, mira que
ya no te busco tesoros de ceniza, sólo soy...
Un loco enamorado de ti.

Rincón bibliográfico

Padre nuestro que estás en Jesucristo

Eduardo Mavido.

Ed. San Pablo, Madrid, 2004, 340 pp.

Eduardo Mavido es una de las personas que más escrupulosamente trabaja, y, además, sin cesar. Su información es tan grande como su formación, y por si fuera poco tiene la rara virtud de hacer legible lo difícil. En este libro, que es de madurez sapiencial, vuelve a conseguir su objetivo: acercarnos a Dios, Padre de Jesucristo y Padre nuestro, y ello —sin olvidar el Padrenuestro de Lucas— desde el Padrenuestro de Mateo, por ser la versión que los cristianos solemos rezar, tanto en el ámbito litúrgico u oficial como en el ámbito particular. Se trata, como no podía ser de otro modo, de una lectura personalista y comunitaria de Dios: Padre nuestro que estás en los cielos quiere decir Padre nuestro que estás en Jesucristo, pues el cielo no es un lugar, sino la relación interpersonal de un Dios con nosotros, a su vez esencialmente procesional intratrinitario.

Aunque en *Acontecimiento* no disponemos de espacio para recensionar a fondo obras tan importantes como ésta de Eduardo Mavido, sí quisiera yo al menos resaltar: que es una gozada leerlo por la forma en que está escrito; que aúna rigor y claridad; que es libro muy profundo y meditado a lo largo de toda la vida; que —cosa bastante inhabitual— contiene ejercicios de reflexión y de repaso para quienes lo deseen; que ayuda a crecer espiritualmente, es decir, en todos los órdenes. En fin, el título no defrauda en modo alguno, y de él se aprende mucho y bueno. Enhorabuena a la profundidad

teológica nacida en el amor que funda al rigor, y transmitida con el cariño de un apóstol.

CARLOS DÍAZ

Propuestas antropológicas del siglo xx

Juan Fernando Sellés (Ed.)

Eunsa, Pamplona, 2004, 368 pp.

Este libro continúa el proyecto de investigación del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra, que coordina Juan Fernando Sellés, y cuyo fruto primero fue «Modelos antropológicos del siglo xx», al que sigue éste, el cual será a su vez seguido por otros. El libro ahora reseñado se distribuye así: Presentación de Juan Fernando Sellés. I. Al encuentro de una presencia real: Sobre la antropología de George Steiner, por Francisco Abad. II. Dignidad y trascendencia de la persona: Una panorámica de la antropología filosófica de Antonio Millán-Puelles, por José María Barrio Maestre. III. La antropología de Jacques Maritain, por Juan Manuel Burgos. V. La antropología de Emmanuel Mounier, por Carlos Díaz. VI. Antropología existencial de Jaspers, por Urbano Ferrer. VII. Sobre la antropología de Levinas, por Juan A. García. VIII. Buber: un humanista trascendente, por Lourdes Gordillo. IX. El hombre, a la espera del don de Dios: La antropología de Maurice Blondel, por César Izquierdo. X. Aspectos de la antropología de Wolfhart Pannenberg, por Paul O'Callaghan. XI. La cuestión del hombre según Robert Spaemann, por Paulin Sabuy. XII. La antropología trascendental rahneriana, por Josep-Ignasi Saranyana. XIII. Gabriel Marcel: Una imagen digna del hombre, por Julia Urabayen. XIV. La antropología de Maurice Nédoncelle, por

José Luis Vázquez Borau. Felicitamos a Juan Fernando Sellés por su continuado impulso al personalismo, y ojalá que el ejemplo cunda.

CARLOS DÍAZ

Educación y educadores. El primer problema moral de Europa

Olegario González de Cardedal Ed. PPC, Madrid 2004, 320 pp.

Alma mater. La palabra de Olegario González de Cardedal es para mí desde hace mucho tiempo uno de los grandes pilares de humanidad de Europa, y no exagero. Una palabra bella, densa, honda, sentida, argumentada y rigurosa como la suya se abre paso por sí misma. Es la verdad frente al aplauso. Palabra de profesor, de poeta y de profeta a un mismo tiempo, no pasa desapercibida, aunque a veces pueda parecer marginada o relegada, casi ninguneada. Es la voz profunda de la tierra en forma de maestro: cada palabra un libro y cada libro una palabra, cada aserción transinterrogación y silencio de admiración. ¡Qué suerte para todos tener entre nosotros a un maestro de tal estatura! Nosotros, el Instituto Emmanuel Mounier, y desde luego también yo mismo, tenemos la palabra de Olegario González de Cardedal como palabra maestra, es decir, como obra maestra. Estas breves letras nuestras no son para hablar de su libro «Educación y educadores. El primer problema moral de Europa», que a los pocos meses de publicado ha visto su segunda edición, a la que auguramos muchas más, es tan sólo una palabra de agradecimiento y de filiación. Si tuviera, pese a todo, que decir algo más personal, osaría musitar que estamos probablemente ante el mejor libro al

respecto, y que desconocerlo significaría ignorar el momento crucial de la historia de nuestros días, así como su génesis y su télosis. Y, como seguramente no va a ser publicado desde los mentideros podridos al uso, yo rogaría —en nombre de la verdad, del bien, de la unidad y de la belleza— que tú, hermano lector, amansaras en tu pecho el corazón de estas páginas.

CARLOS DÍAZ

La pregunta por la persona. La respuesta de la interpersonalidad

Juan José Pérez Soba

Facultad de Teología San Dámaso, Madrid, 2004, 286 pp.

«Amor es el nombre de persona». Estudio de la interpersonalidad en el amor en Santo Tomás de Aquino

Juan José Pérez Soba

Pontificia Università Lateranense. Mursia, Roma, 2001, 754 pp.

Sólo puedo manifestar palabras de felicitación al autor y de agradecimiento como lector por estos dos magníficos libros, ambos convergentes, ampliamente pensados y cargados documentalmente de erudición. Sin miedo a parecer exagerado, osaré musitar que Juan José Pérez-Soba acredita en el terreno del personalismo lo que muy pocos pueden acreditar en España: excelente conocimiento de Tomás de Aquino, y más en concreto de la actitud del Santo en lo relativo a la cuestión personal-relacional («la respuesta que podemos esperar en el Aquinate no va a ser una doctrina elaborada, sino un modo de ver la realidad»), sobre lo que vuelve en el libro «La pregunta por la persona. La respuesta de la Interpersonalidad», pero ahora desde el interior del personalismo, cuyos autores y fuentes



domina de primera mano.

El profesor Pérez Soba, dicho sea con afecto y respeto, podría de este modo ser el «eslabón perdido» en la reconstrucción del árbol del personalismo, ya que domina el tomismo y el personalismo. Un hallazgo verdaderamente histórico, pero lejos de tener la condición de fósil constituye a la vez la puesta de largo y la vanguardia de un personalismo reconciliador, con talante dialógico, abierto y muy a tener en cuenta. La lástima es que estos libros estén editados en editoriales de escaso arraigo.

CARLOS DÍAZ

Místicos y profetas. Necesarios e inseparables hoy

José María Arnaiz

Ed. PPC, Madrid, 2004, 286 pp.

Ya el subtítulo orienta sobre el sentido del libro que, dividido en diez capítulos, se lee muy fácilmente, dado su estilo de redacción y la abundancia de citas adecuadas. Después de leerlo yo he sacado esta conclusión: la realidad de la fe se expresa de una forma crítica y propositiva desde la profecía; la degustación y ahondamiento, desde la interiorización mística. El error consiste en su disociación, es decir, en pretender mística sin profecía o profecía sin mística. Y las religiones personalistas —no las transpersonalistas— son las únicas no sólo capaces de hacerlo, sino

obligadas a hacerlo. Por lo demás, la nebulosa analítica que termina haciendo de la mística profecía o a la inversa, esa mixtagogía sólo conviene a quienes no quieren ni lo uno ni lo otro. En tal sentido, no parece que las neorreligiosidades vayan por buen camino. El que, sin embargo, pedía el Vaticano II.

CARLOS DÍAZ

La atracción del Infinito. Dios en el Ritz

Lorenzo Albacete

Ed. Herder 2003. 189 págs.

Éste es un libro breve pero enjundioso. El autor nos da la clave de la génesis de su obra: la presentación de un programa sobre el Papa en el Hotel Ritz y las preguntas que algunos invitados le dirigen sobre la vida, la muerte, fe y ciencia, bien y mal,... Esta experiencia le pone ante él mismo, pues son cuestiones que también se hace y para las que no vale una respuesta de emergencia y prefabricada. Esto le lleva a repensar e intentar dar una respuesta más pausada, con tiempo para discernir y reflexionar. Y de ahí surge el libro: material para leer con tiempo.

A lo largo de su introducción, los 42 capítulos y el breve epílogo, Mons. Albacete irá ofreciendo respuestas desde la fe, la vida y la ciencia (es Licenciado en Física y Doctor en Teología) a las cuestiones a las que nos

enfrentamos todos los días.

Libro para no quedarse en él, sino, desde sus respuestas, dejar saltar nuestro deseo incallable de trascendencia al Infinito. Las notas de humor se agradecen y dan el ambiente al libro de charla animada y distendida. No es un tratamiento sistemático ni global ni profundo pero sí una sencilla llamada a no olvidar lo trascendental de nuestra cotidiana intrascendencia.

FÉLIX ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

Ciencia y fe: ¿relaciones de complementariedad? Algunas cuestiones cosmológicas

Manuel Carreira

Col. Veritas. Voz de papel. Madrid 2004. 170 págs.

Tuve la oportunidad de conocer y hablar con el autor, en Compostela, en Septiembre de 2002, y de ahí mi alegría al ver este libro suyo que, además, recoge parte de la conferencia que entonces pronunció. Su estilo es muy comprensible, aunque no por eso pierde profundidad y contenido.

Un vez más, vemos que ciencia y fe no están llamadas a ser malas amigas sino que mutuamente se complementan e iluminan. No es cuestión de reduccionismos o identificaciones, intrusiones que en otros tiempos han causado tantas incomprensiones que aún hoy sobreviven como leyendas negras. El caso paradigmático

es el de Galileo.

Este libro es una recopilación de charlas y conferencias, por lo que el pensamiento del autor no lo encontramos clara y sistemáticamente expuesto sino esparcido en los tratamientos de diversos ámbitos (la Física, la Gnoseología, la creación, el hombre, Dios,...).

Esta obra supone, al menos para muchos de nosotros, una magnífica introducción a algunas cuestiones donde se relacionan ciencia y fe de modo especial. No todas quedan cerradas y el P. jesuita y físico, Sr. Carreira, advierte cuando está dando su opinión. Esta lectura puede llevarnos a otras obras donde los temas se amplíen y traten con más datos y profundidad, como son algunas de las publicadas por el mismo autor.

FÉLIX ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

África: ¿a dónde va?



- ☐ Presentación
- ☐ Iglesia y misión: Evangelizar para el desarrollo
- ☐ Creencias distintas en un África múltiple
- ☐ Globalización y rapto de África
- ☐ Problemas viejos en moldes nuevos
- ☐ SIDA en África:
¿derechos humanos *versus* moral católica?

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

Presentación

África, un continente a la espera

Gerardo González Calvo*

Redactor Jefe de *Mundo Negro*

Se cumplen este año los 45 años del llamado boom de las independencias africanas. También los 120 años de la Conferencia de Berlín, que dio vía libre a la conquista del continente y diseñó las actuales fronteras. Al cabo de este tiempo nos encontramos con que hay un nuevo asalto a África, que difiere muy poco de las conquistas del siglo XIX y del neocolonialismo a mediados del XX. Como telón de fondo están los minerales estratégicos y el petróleo.

La fiebre del petróleo sobreviene al mismo tiempo que el interés de Estados Unidos por África. No hay que ser muy perspicaz para atisbar una pugna soterrada entre Francia y Estados Unidos por controlar el mercado de las materias primas africanas. La explosión de conflictos en los Grandes Lagos y la crisis de Costa de Marfil son buena prueba de ello. Tampoco hay que echarle mucha imaginación para prever que, dentro de poco, en esta pugna titánica aparecerá un tercero en discordia: China. Y esto no por razones ideológicas, como en la época de la guerra fría, sino pura y simplemente por motivos económicos. El gigante asiático, con 1.300 millones de habitantes y una economía que crece al ritmo del 8 por ciento al año, necesita un inmenso consumo de energía para sostener su crecimiento. Actualmente, el mayor importador de petróleo del mundo es Estados Unidos, seguido de Japón y de China. Pronto China ocupará el segundo lugar.

África es la madre nutricia de la mayoría de las materias primas que hay en el mundo y vuelve a interesar por lo que siempre atrajo a Occidente: por sus recursos natu-

rales. Sobreviene este asalto a África en un momento de gran fragilidad interna en la mayoría de los Estados, muchos de ellos cuarteados por el hambre, el sida y el mal gobierno. Nunca los Estados africanos fueron tan débiles, ni tan pobres. Ni nunca tampoco aparecieron tantos jefes de Estado tan ricos. Cada vez África se asemeja más a la América Latina de los Somoza y los Trujillo, es decir, a un continente en el que proliferan inmensas fortunas en pocas manos —guardadas con sigilo en los paraísos fiscales— y se incrementa la masa de desheredados.



* *Acontecimiento* agradece profundamente la ayuda desinteresada y fraterna de don Gerardo González en la confección de este dossier sobre África.

Iglesia y misión: Evangelizar para el desarrollo

P. Deogratias Tulinye

Periodista ugandés



Hoy la Iglesia en África posee una jerarquía indígena (más del 90 por ciento de los obispos son africanos), institutos religiosos autónomos y una presencia laical que testimonia el camino particular del pueblo africano. Con todo, no podemos hablar de una auténtica madurez de la Iglesia africana, porque este desarrollo no está acompañado por una proporcional autofinanciación y depende de forma muy determinante de las contribuciones de otras Iglesias.

El crecimiento numérico de las Iglesias de África debería estar acompañado de cierta autonomía, incluso financiera. Pero la dependencia tiende a bailar al ritmo de quien la apoya y raramente manifiesta ideas diferentes de quien la ayuda, por miedo a que se cierre la espita.

Frecuentemente, en la cultura africana, la comunidad lo protege todo y esto no favorece un espíritu emprendedor individual. Todos los beneficios personales —de una forma u otra— se distribuyen en el seno de la familia. Se trata de una forma de solidaridad que no fomenta el progreso económico y frena el desarrollo. Los individuos no deben pensar mucho en su futuro. Desde niños son educados pensando que la familia resuelve todos los problemas. Al hombre africano le preocupa mucho obedecer las leyes de la tradición y teme el castigo de las fuerzas sobrenaturales. Esta creencia, a veces exagerada, frena la búsqueda de causas racionales a los problemas para resolverlos de forma adecuada.

El colonialismo, ante esta cultura, movió cielos y tierra para aprovecharse. En la época de las independencias, mucho africanos, para poder continuar con las estructuras heredadas del colonialismo, cayeron en la actitud de esperar pasivamente medios y soluciones. Es el síndrome de la dependencia.

Y no podemos ignorar que, durante siglos, el tráfico de esclavos —que los obispos del Simposio de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar (SCEAM) reunidos en Roma en otoño de 2000 calificaron como «el holocausto africano»— arrebató a África no sólo millones de personas, sino su dignidad, el sentido de la existencia y la confianza en sus propias capacidades.

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

Existen, no obstante, causas internas: falta de preparación, desinterés, ideologías políticas estrechas, promoción de los intereses de las potencias extranjeras y enfrentamientos militares, enormes recursos destinados a la compra de armas, el drama de los refugiados...

Pero una de las causas internas más graves es la relación entre la elite en el poder y las poblaciones: apropiación indebida y transferencias incalculables de capitales a los países ricos, la corrupción y el parasitismo, que atacan a las más pequeñas realidades sociales haciendo del clientelismo y no de los méritos el criterio de acción.

Ante la falta de un Estado de Derecho, de una correcta gestión del patrimonio y de la capacidad de gobierno, se ha producido una gran ola de violencia, de corrupción y de negación de los derechos fundamentales, denunciados por el Sínodo Africano.

Con todo, como recordaban los obispos del África Oriental Anglófona en su asamblea plenaria de 1998, los países africanos dependen también económicamente de factores externos en los que no tienen capacidad de intervención: las variaciones de los precios de las materias primas, el flujo de capitales monetarios en forma de inversiones o transferencias de tecnologías y asistencia técnica, las políticas de las multinacionales, la concesión de préstamos y el papel determinante de las instituciones financieras internacionales —como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional—, que impulsaron la liberalización y la deuda externa, aunque éstas no sean las únicas causas de la dramática situación económica africana.

Dignidad en el trabajo

La felicidad del cristiano consiste en compartir, le gustaba decir a Mons. Jean Zoa, arzobispo de Yaundé (Camerún), pero subrayaba que para compartir es preciso tener, para tener es preciso producir abundantemente, para producir es preciso trabajar racionalmente y para trabajar racionalmente es preciso organizarse solidariamente.

Mons. Zoa basó siempre su pastoral en una teología de la creación, según la cual Dios creó el mundo para la prosperidad y no para la miseria. Subrayó la dignidad del hombre en su trabajo y criticó el aspecto cultural africano que ve en el éxito de alguien no el desarrollo de los dones concedidos por Dios para el bien común, sino un peligro que es preciso eliminar. Pocos pastores abordan este aspecto. Muchas veces hacen lo contrario y, después, pretenden que sus pobres fieles contribuyan económicamente.

Para los africanos, liberación significa hoy, ante todo, salir de la miseria. Es muy triste ver que ciertos movimientos eclesiales convocan a sus fieles —en su mayoría paupérrimos y a veces durante toda una semana— a rezar, bailar, tocar los tambores y batir palmas. Después regresan a sus casas (¿serán esas barracas dignas del nombre de casas?), en medio de la miseria de costumbre. Y estos movimientos se enorgullecen de grandes conversiones y de arrojar a los demonios.

No se dan cuenta que hoy es preciso ayudar a las personas a no perder el tiempo, a trabajar. Aprecié bastante en su día la actitud de un misionero que no permitía a ningún grupo ir a rezar a la iglesia en horas de trabajo, debido a la extrema pobreza en que vivía la población. Aparte del domingo, sólo podían ir por la mañana temprano y al anochecer.

Juan Pablo II, en el encuentro que mantuvo en Camerún con intelectuales y jóvenes universitarios, pidió que se formasen personas capaces de desarrollar cualidades de corazón, al mismo tiempo que espíritu crítico, pasión por el trabajo, objetividad, disciplina en la vida, gusto por la verdad, honestidad de conciencia y solidaridad para con los pobres. Hizo, sobre todo, una llamada a una «pastoral de la inteligencia», única posibilidad para superar las dificultades de la oposición de la fe a la ciencia.

El primer y mayor don que los cristianos pueden hacer al pueblo pobre y crucificado consiste no en dar cosas sino en darse a sí mismos, ayudando a ser libres, a superar la resignación, el fatalismo y el miedo. Así se convertirán en personas que descubrirán el amor de Dios.

El desafío de la participación

Podemos preguntarnos por qué, en momentos de gran crisis, en varios países africanos algunos cristianos participaron en el asalto a muchos bienes de la Iglesia, mientras que otros los protegían con riesgo de su propia vida. El problema no reside en la pobreza de las poblaciones o en el hecho de que aquellas estructuras estaban impuestas por el exterior y formaban parte de un modelo extranjero. La cuestión se sitúa en la participación local. Hay que hacer comprender a los fieles que deben participar activamente en la gestión de su Iglesia, que depende de ellos y no existe sin ellos. La responsabilidad de cada uno para con todos no perjudica la identidad de nadie. Es preciso sentir a la Iglesia como «nuestra Iglesia».

Los investigadores protestantes Ven y Anderson indicaban como fin de la misión la creación de Iglesias autónomas, en el más breve espacio de tiempo posible en

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

cuestiones de gobierno, ministerio y economía. Este concepto no fue muy bien visto en el ámbito católico, porque parecía pretender crear Iglesias particulares y aisladas.

De todos modos, prescindiendo de lo que no estaba de acuerdo con la eclesiología católica, el documento de la AMECEA (Asociación de Miembros de las Conferencias Episcopales del África Oriental) de 1974 retomó la idea de Ven y Anderson, ligándola a la noción de Iglesia local.

El tiempo africano y el dinero

La Iglesia no puede ser una isla de riqueza en un mar de pobreza, subrayaron los obispos del África Occidental Anglófona en 1998: es imposible invitar al pueblo africano —y más aún a la elite en el poder— a un estilo de vida sobrio dentro de un ámbito eclesial, si se siguen modelos que están por encima de las posibilidades económicas de gran parte de la población.

Los sacerdotes se arriesgan a perder el sentido de la realidad. El dinero ha dejado de ser fruto del trabajo y se vuelve un valor abstracto. Lo importante es que también en la formación sacerdotal y religiosa se conceda un espacio al trabajo manual, ya que los ministros consagrados son los compañeros de trabajo del pueblo con una nueva mentalidad.

Por otra parte, una de las primeras cosas que hay que administrar en África es el tiempo. La ausencia de una concepción progresiva del tiempo conduce a la imposibilidad de comparar las etapas sucesivas de la vida. En el ritmo cotidiano de la vida africana, el tiempo no es un factor determinante, un valor que condicione la acción. Esto comporta también una dispersión y cierto despilfarro.



No hay caridad sin justicia

La Iglesia en África es pobre porque África es pobre. Pero los buenos cristianos de las Iglesias del Norte no pueden contentarse únicamente con practicar eternamente la caridad a favor del Sur, sin buscar seriamente justicia para este mismo Sur. Tal vez haya llegado para la Iglesia el tiempo de ayudar a este continente rico, pero sistemáticamente empobrecido, denunciando los abusos de los explotadores y ayudando a los habitantes a adquirir un espíritu empresarial para conseguir un desarrollo integral del continente.

Una pastoral de animación misionera, entendida sólo como una recogida de fondos, puede tornarse un alivio para no promover la nueva evangelización que interroga profundamente al hombre occidental, pone en causa sus valores y no le permite profundizar en la propia conciencia, adormecida por los donativos.

En este momento parece haber un gran crecimiento de vocaciones en África, tanto para los institutos misioneros como para los diocesanos. La mayoría de las veces, el destino de los nuevos sacerdotes es el trabajo en el mundo rico. Muchos jóvenes —con razón— tienen ganas de huir de la miseria, de vivir una vida mejor. Muchos africanos capaces y competentes saldrán para Europa o para Estados Unidos en busca de mejores «pastos».

Además de esto, en Europa los institutos misioneros, que están dramáticamente envejeciendo y se arriesgan a desaparecer, andan a la caza de vocaciones en el Sur para sobrevivir, privando a la Iglesia africana de las personas más válidas con una fuga de cerebros comparable a la de tantos otros sectores, como la medicina y la investigación universitaria.

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

Creencias distintas en un África múltiple

.....
Por Enrique Javier Rosich

Misionero Comboniano
.....

África es tan variada en sus paisajes como en los pueblos que la habitan. Si los pueblos y culturas son tan diversos, también lo son sus religiones. De los 860 millones de africanos, son musulmanes el 40%, cristianos el 33% —de ellos el 16,5% católicos— y siguen las religiones tradicionales o iglesias independientes el 27%. ¿Qué tipo de relación se dan entre estas tres opciones religiosas? ¿Confrontación o diálogo? ¿colaboración o competencia?

Algunos ven en esta «macedonia» de religiones una fuente de complicaciones y conflictos. Para ellos, la diversidad es una amenaza. Uno de los que así piensan es Samuel Huntington. En su libro *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* avisa este profesor americano que vivimos tiempos conflictivos. Tras la caída del muro de Berlín las sociedades ya no se enfrentan por sus modelos económicos opuestos, sino más bien por las culturas distintas. De todos los choques, el más importante es el que existe entre Occidente y el Islam. Estas culturas son incompatibles porque las dos buscan lo mismo: conquistar el mundo. El choque, siempre según Huntington, se hace inevitable. Los hechos ocurridos tras el 11 de septiembre de 2001: el atentado de Nueva York y las guerras de Afganistán e Irak, parecen haber confirmado su previsión. Nadie pone en duda que las relaciones entre las religiones han tenido un pasado turbulento y, si tenemos en cuenta ciertos radicalismos, nuestro presente aparece cargado de amenazas. Pero eso no es suficiente para cerrarnos al futuro. Hay otra manera de ver la realidad. ¿Es acertada esta forma de ver las cosas? No lo creo, y menos aún en África.

Todos conocemos que el encuentro de África con el Islam no fue del todo pacífico: baste recordar la arabización forzada de las culturas bereberes en el norte del continente, por poner sólo un ejemplo. Tampoco el Evangelio fue propuesto siempre con métodos respetuosos y sin ambigüedad. Sin embargo, hoy estamos seguros que no habrá paz en el mundo sin paz entre las religiones. Y no habrá paz entre las religiones sin diálogo entre ellas, recordaba el teólogo Hans Küng. Las culturas y las

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

religiones en África son diferentes, pero eso no significa que por ello sean necesariamente fuentes de conflicto. Al contrario, las religiones en África deben estar en el origen de todas las iniciativas que ayuden a las personas a vivir mejor, en paz las unas con las otras y aceptando la presencia de los demás como una posibilidad de crecimiento hacia Dios. Un proverbio dice: «Cuando te vi de lejos, pensé que eras un árbol. Cuando me acerqué hacia ti, vi a una persona. Estando a tu lado, reconocí a mi hermano». La actitud correcta es pues acercarse y vivir con el que es distinto porque en él se puede reconocer a un hermano.

Respeto y tolerancia ante las diferencias

La variedad de religiones presentes desde el Magreb hasta el cabo de Buena Esperanza nos indica claramente cómo los africanos son profundamente religiosos. Los africanos subsaharianos han demostrado que son además tolerantes con las creencias nacidas en otros lugares y que han acabado arraigando en sus tierras. La rápida expansión del Cristianismo y del Islam se debe, entre otras causas, al respeto y condescendencia propios de la cultura tradicional africana. El extranjero es alguien que Dios envía, nos vuelve a decir Hampaté Ba, y por consiguiente es bueno acogerlo sin contrariarlo. Trae un mensaje y es conveniente escucharlo con atención. Acoger a alguien es reconocerse y acogerse mutuamente, acordar la vida local con la vida nueva que trae el recién llegado. Lo primero en África es vivir y vivir juntos en paz y armonía los unos con los otros para preservar la vida. Junto al respeto por cada persona, la cultura tradicional africana recalca de manera especial la tolerancia, la hospitalidad, la paciencia, la capacidad de aceptar y colaborar con los demás... porque son valores que aseguran la armonía de todos con todos. Es éste un aspecto fundamental de la sabiduría africana: juntos se llega más lejos.

Los africanos descubrieron en las religiones que llegaban del exterior bastantes aspectos de sus propias creencias tradicionales: un Ser Supremo Creador, un culto a los muertos y antepasados, comunión con los que están más allá, una conciencia profunda de la debilidad humana, la existencia del bien y el mal, la purificación de las faltas y la necesidad de un poder mayor para vivir felices, la dignidad de las personas y de la naturaleza, la solidaridad entre todos los seres, el deseo de vivir, la convicción de que existe un mundo espiritual en contacto constante con nosotros de donde procede toda bendición y ayuda...



Los africanos subsaharianos cristianos o musulmanes no han tenido grandes problemas para vivir su nueva fe en sus sociedades. El respeto tradicional que ya señalábamos ha permitido vivir preservando el valor supremo de la paz dentro del grupo a pesar de las diferencias religiosas. No se dan familias monocolors en África subsahariana. La familia extendida reúne a los parientes de sangre por encima de opciones religiosas. La familia tradicional es una realidad de comunión, de equilibrio, tolerancia y entendimiento. En ella se convive respirando varias opciones religiosas sin tensión. No es raro tener en una misma familia todas las opciones religiosas (católicos, protestantes, de religión tradicional y musulmanes). No es normal romper con la familia a causa de la fe.

La manera de ser africana ha atenuado las divisiones históricas existentes entre las Iglesias cristianas y ha permitido acercarnos los unos a los otros con menos prejuicios. Incluso la oposición que se ha dado siempre entre Cristianismo e Islam es menos agresiva. Un musulmán como Alpha Oumar Konaré, presidente de Malí, elogió a los cristianos por su contribución al crecimiento social y espiritual de su país. Y por si esto fuera poco, añadió además que el integrismo religioso es contrario a la cultura africana, fundada sobre el respeto y la diversidad. Este rostro moderado y dialogante del Islam africano es también fruto de esa misma tradición africana que ha limado con el tiempo las intransigencias y asperezas de los árabes.

Presencia religiosa plural

Cuando hablamos de religiones en África imaginamos mapas con zonas de colores distintos y diferenciados: el color verde zona de Islam, el color rojo zona cristiana, el color amarillo religiones tradicionales. Pero las cosas no

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?



son tan simples. Habría que inventar un mapa «a lunares» de muchos colores para expresar lo múltiple, lo mezclado, lo plural... Nuestro mundo se hace cada vez más plural. Es como una salsa compuesta de varios ingredientes que unidos dan un sabor inigualable.

Es difícil fijar fronteras en lo que concierne a la religión. Las personas se mueven, y con ellas sus creencias. Cada vez se dan menos lugares «exclusivos» y se vive distintas religiones en un mismo lugar. Existen zonas que eran consideradas no hace mucho como de religión tradicional o islámicas pero donde hoy la presencia de cristianos es un hecho incontestable.

En Jartum (Sudán), por ejemplo, viven comunidades cristianas bastante considerables en pleno dar al Islam. Se desplazaron allí hace años debido a la guerra civil y hoy son una presencia viva y significativa con la que hay que contar. Una cosa parecida ocurre en Yamena (Chad), donde el treinta y tres por ciento de la ciudad la constituyen cristianos venidos de otras regiones por diferentes motivos (estudios, trabajo,...). Claro que también se da lo contrario: en zonas de religión tradicional o cristiana (Libreville, Nairobi, Kinshasa) viven grupos numerosos de musulmanes. Difícil establecer estadísticas en este contexto. ¿Cuántos musulmanes hay en África? Según unos estudios recientes se puede afirmar que el 33% de los musulmanes del mundo viven en el continente. Repartidos de una forma muy desigual. Existen países, sobre todo en el norte del continente, donde los musulmanes representan el 98% de la población total. En África Occidental encontramos países con una media que anda alrededor del 50% como Nigeria, Chad o Malí. En África Oriental la media oscila en el 30% como en Tanzania. En África Central y Austral los musulmanes son francamente minoritarios con una media del 1%.

El Islam en África tiene mil rostros: desde musulmanes tolerantes y adeptos a cofradías en África Occidental hasta los musulmanes fundamentalistas rigoristas en Sudán o Somalia. En medio hay todo un arco de matices. Sin olvidar cómo en África Oriental la convivencia pacífica de comerciantes musulmanes y pueblos bantú durante siglos han dado origen a una nueva cultura y a una lengua: la suahili. ¿Por qué se da un Islam tolerante y de rostro más apacible en África Occidental y no en otras partes? Tal vez se deba al hecho que el Islam no penetró allí con violencia. Se propagó sobre todo a través de comerciantes. Y luego, como ya he recordado, la filosofía africana tradicional también ha pulido el rigorismo árabe con calma desde hace mil años.

¿Y los cristianos? Aquí los datos son más fiables sobre todo entre los católicos, pues cada diócesis censa los nuevos bautismos cada año. Se da el caso de países con mayoría de católicos como son Guinea Ecuatorial o Cabo Verde (94%). Otros tienen un alto porcentaje como Angola (58%), R. D. Congo o Gabón (53%). Y también los hay con comunidades católicas importantes aunque minoritarias: es el caso de Sudán, Ghana (12%) o Chad (11%). Al final de la lista están los países del norte de África, donde la presencia católica o cristiana es testimonial.

Es frecuente asistir a unas relaciones cordiales entre cristianos y musulmanes en países del África Occidental donde las comunidades cristianas no representan ninguna «amenaza» para el Islam. Sin embargo, en lugares donde los musulmanes son menos mayoritarios y los cristianos y adeptos de la religión tradicional representan minorías importantes se dan tensiones y conflictos que no es bueno ocultar. Es lo que pasa, por ejemplo, en Sudán, Nigeria o Chad. Muchas veces se utiliza el nombre de Dios para ocultar otros intereses. «Los políticos se aprovechan del sentimiento religioso para sus propios fines. Es fácil manipular a las personas», ha declarado Mons. Olorunfemi Onaiyekan, arzobispo de Abuja (Nigeria).

Religiones en contacto permanente

Las religiones no viven hoy separadas o aisladas, sino en contacto permanente. En algún lugar del Sahel (lugar de fronteras difuminadas) al norte de Benin, en Burkina o en Malí, los musulmanes festejan junto a sus vecinos cristianos la fiesta del borrego (en memoria del sacrificio de Abraham). Días más tarde, en un funeral cristiano, los musulmanes vienen a la iglesia junto a sus vecinos a dar el último adiós a un difunto apreciado por todos. Meses

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

después participarán en los ritos de iniciación de la religión tradicional.

Esa «promiscuidad» religiosa no significa necesariamente apostasía, se trata posiblemente de participar en actos que pueden ser considerados sociales al mismo tiempo que sagrados. En este sentido, no es bueno que- darse sin participar en este tipo de acontecimientos (iniciación, comidas de reconciliación, de levantamiento del duelo, etc.). No se reniega de la propia religión, sino que no se renuncia a participar con los demás durante esos momentos importantes. Recordemos que en África lo que importa es vivir con los otros. Se da una cierta comunicación entre las religiones. No viven apartadas o incomunicadas, el contacto es permanente.

Algunas personas pertenecen «oficialmente» a una religión determinada pero en algún momento siguen rituales de otra. Conozco africanos de religión tradicional que el primer miércoles de cuaresma hacen cola junto a los cristianos para recibir con veneración la ceniza sobre sus cabezas. He bendecido e impuesto el nombre a muchos gemelos de familias de religión tradicional para permitir que vivan y romper el ciclo del miedo. He visto a musulmanes asistir a reuniones de matrimonios cristianos sin complejos; y a cristianos que participan en los ritos de iniciación tradicional. Y también personas de religión tradicional que no se contentan con sus fetiches protectores y buscan versículos del Corán encerrados en un saquito de cuero que le proporciona el marabú musulmán.

Religiones llamadas a colaborar

Ser religioso en África es optar por la vida. Por eso buscar la salvación es trabajar por la victoria de la vida sobre

la muerte. Ése es el significado profundo de la religión en África hoy. Hay que identificar quiénes son aliados de la vida y hacer lo posible para trabajar juntos. Las religiones están llamadas a cooperar para que la vida sea más fuerte que la muerte.

Cualquier gesto en este sentido es bien recibido: hay grupos interreligiosos que colaboran por la reconciliación, la paz, la salud o el desarrollo. Es lo que se ha dado en llamar el diálogo en la vida. La religiosidad africana ha ayudado a limar asperezas en unos y otros y nos ha preparado a estar cerca y colaborar. Adeptos de la religión africana tradicional, cristianos y musulmanes pueden reconocerse sin dificultad en la afirmación de san Ireneo «la gloria de Dios es el hombre vivo». En Uganda católicos, anglicanos y musulmanes colaboran para que la paz llegue al norte del país. Durante el conflicto de Etiopía- Eritrea coptos, católicos y musulmanes insistieron para que los respectivos Gobiernos firmaran la paz. En otros lugares (Burkina, Chad, Angola o Nigeria) se buscan caminos para que los africanos vivan más dignamente y mejor.

Si las religiones en África viven en contacto permanente, eso puede ser una ventaja para conocerse mejor y para colaborar. Dialogar entre las religiones no es un capricho. Ya no es posible acercarse solos, encerrados en los propios límites a la riqueza de Dios, nos recuerda el teólogo Torres Queiruga. Únicamente entre todos: dando y recibiendo, en un continuo intercambio de descubrimientos y experiencias, de crítica y enriquecimiento mutuo, sintiendo como propio lo ajeno, y como de los demás lo propio se podrá poner las bases de una humanidad más fraterna.

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

Globalización y rapto de África

.....
Gerardo González Calvo

Redactor Jefe de *Mundo Negro*

¿Qué papel juega el África negra en el mallazo urdido a los acordes de la globalización? Mucho y nada. El continente sigue conservando el atractivo del subsuelo, ese escándalo geológico que fascina con el brillo de los diamantes, del cobalto, del uranio, del petróleo... Y, al mismo tiempo, su mejor contenido — los ya casi 800 millones de africanos— son tratados como mercancía no ya barata, sino desahuciada.

Con más del 10 por ciento de la población mundial, los países africanos aseguraban el 3,5 por ciento del comercio mundial en 1980 y sólo el 1,5 por ciento en 1995. En este mismo período, el volumen del mercado comercial se multiplicó por 2,5; mientras que las exportaciones africanas descendieron un 6 por ciento, las importaciones crecieron un 16 por ciento. Con este desequilibrio es muy difícil desarrollarse, máxime si tenemos en cuenta que el precio de las exportaciones —basadas fundamentalmente en materias primas— ha caído en picado y los productos elaborados que compran los países africanos no dejan de subir. Esto favorece la acumulación de la deuda externa, que se ha convertido ya en un dogal asfixiante.

Sin crecimiento económico no hay desarrollo, sino progresivo empobrecimiento, inestabilidad social, guerras, incremento del mercado de armas, éxodos masivos, corrupción... Ante tamaño cúmulo de dislates, se cierran los horizontes mínimos para sobrevivir y se genera en las poblaciones más jóvenes el deseo irrefrenable de escapar del país. ¿Ya dónde van a ir estos jóvenes desesperados? Obviamente, a donde se pueda vivir: del campo a la ciudad, y de ésta a otra más próspera, aunque sea fuera del propio país. Y cuando se agotan las posibilidades y se derrumban los sueños africanos, queda en la recámara la gran fascinación de Europa.

¿No vivimos en una «aldea global»? ¿No somos todos, a la postre, hijos de la tierra? He aquí un error de percepción. La «aldea global» es un concepto comunicacional, que intuyó Marshall McLuhan ante el avance de las tecnologías, que dio paso a la telemática y ahora a la Red de Redes: Internet. Todos intercomunicados en un espacio



ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

sin barreras, consumiendo información y mensajes cada vez más sugestivos.

Pero en esta «aldeas global» no hay corralas con vecindarios avenidos y solidarios sino corralizas segregadas. Cayó el muro de Berlín y se presumió que se derrumbaba la intolerancia, pero al mismo tiempo se levantaron barreras inaccesibles para quienes no pudieran demostrar el pedigrí de visas, que es el nuevo rasero de la globalización.

Cuando Clinton auguraba en 1998 en su viaje a varios países africanos una época de menos ayuda y más comercio estaba constatando que el suelo africano tiene un poderoso atractivo, aunque para explotarlo haya que alejar a los pobladores naturales de sus tierras o empujarlos a subirse a frágiles pateras, acuciados por el señuelo de lo que hay en la otra orilla. Cada vez que se ahoga un africano en el Estrecho —y en los últimos cinco años han perecido más de mil— me acuerdo del Hades, de la barca de Queronte y del terrible cancerbero. Quien sube a una patera paga un peaje con tasa de entierro incluida. Los más afortunados no llegan a una Itaca idílica, sino que suelen varar en Calamocarros hirientes y chirriantes donde al hedor natural hay que añadir la fetidez que desprende el desprecio y el rechazo.

Esta *boat people* harapienta no encuentra puerto seguro, porque ya se ha decretado quiénes y con qué condiciones pueden entrar en ese club y quiénes no. De hecho, asistimos al fenómeno de que cada vez menos población acapara cada vez más riqueza a costa de la gran masa proletaria del mundo. Las estadísticas son apabullantes: según el último informe del PNUD, el 20 por ciento de la población mundial detenta y consume el 80 por ciento de los recursos del mundo y el 80 por ciento de la población tiene que conformarse con el restante 20 por ciento. Y más desgarrador aún: 225 multimillonarios —con Bill Gates a la cabeza— poseen ellos solos la mitad de los bienes de la Tierra. No es una engañifa de las ONGs para suscitar la compasión. Es la cruda realidad del desajuste a escala planetaria, que condena a 4.800 millones de personas a vivir por debajo de los umbrales de la pobreza. Y precisamente por eso, ¿qué fuerza, qué decreto, qué policía va

a impedir, a la larga, a esos desheredados intentar escalar los muros del bienestar?

El mal llamado «efecto llamada»

A algunos políticos españoles se les llena la boca con la expresión «efecto llamada», como factor desencadenante del constante aumento de la inmigración clandestina, al tener España una legislación permisiva. Pero el verdadero «efecto llamada» es el bienestar, porque España ha alcanzado ya un nivel de desarrollo equiparable a los países europeos. A este efecto llamada corresponde la que podríamos denominar «causa salida».

Si unas personas salen de su patria y arriesgan incluso la vida para intentar sobrevivir en países extraños, es porque desean sobrevivir, y en sus países —entre propios y extraños— les han cerrado todas las puertas de la esperanza. Además, aquí hay trabajo y escasea la mano de obra; en África y en América Latina hay un alto nivel demográfico y escasea el trabajo.

Lo malo es que la globalización de la economía, orquestada desde el liberalismo más despiadado, no va a achicar el foso de la pobreza ya planetaria. Lo está agrandando; por eso se incrementa la oleada migratoria de África a Europa. Y para evitarla hacen muy poco los países desarrollados. Por ejemplo, está descendiendo la ayuda a los países del Tercer Mundo, y más aún la ayuda a los países por razones de necesidad perentoria. Ni siquiera se

cumple el compromiso asumido de entregar el 0,7 del PIB; aunque se diera a los países en vías de desarrollo, no se desaceleraría el crecimiento de la economía, ni frenaría la creación de empleo, ni haría tambalearse el nivel de vida en las sociedades del bienestar.

A pesar de todo esto, emigrar al Norte no va a resolver los problemas del Sur. Escapar no es la solución, sino el síntoma de un mal endémico. El remedio tiene dos caras: la europea y la africana. Europa tiene que convencerse de que sólo favoreciendo el crecimiento económico se detendrá el éxodo, porque la enfermedad es el subdesarrollo y la emigración el síntoma.

Mientras haya pobreza, habrá emigrantes indeseados, ilegales, sin papeles, prolíficos... En definitiva, una cre-



ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?



ciente presión migratoria que, para los más xenófobos, amenazaría las despensas del bienestar, aunque en realidad son mano de obra necesaria para mantener el nivel de bienestar.

Para los africanos Europa es un señuelo porque, además del mal económico, se ha producido una gangrena anímica, una progresiva desperso-

nalización. No hay peores paraísos que las fantasías, ni más pérfidos oasis que los espejismos. África tiene que convencerse de que es ella o no es. Este es su drama. Ahora, una vez más, le están robando los recursos, pero sobre todo le están robando el alma.

Creo, por eso, muy sabias unas declaraciones del cineasta etíope Haile Gerima que ha realizado una película sobre la batalla de Adua en 1896: «La colonización europea —ha dicho— ha alienado el pensamiento africano impidiéndole crear, inventar. Ésta ha sido la agresión más grave... Durante mucho tiempo hemos intentado parecernos a otros... Los etíopes combatieron hasta la muerte; les quitaron la sangre pero no les mataron sus pensamientos».

A África, en esta fase de la globalización, la están condenando a ser objeto pasivo de la historia, como ya ocurrió durante la esclavitud, la colonización y la misma descolonización (se produjo en el momento más propicio para Europa, no cuando más convenía a los africanos). Y hasta que África no sea sujeto activo de su historia estará colonizada y alienada.

En esto debe consistir hoy la solidaridad con el Tercer Mundo en general y con África en particular: en favorecer un comercio justo, en acabar con la neocolonización económica y cultural, en poner fin a la depredación de recursos, que son la causa de guerras como las de Angola, Sierra Leona y la República Democrática de Congo. En estos países no se lucha por ninguna idea, ni por suplantarse un poder despótico para mejorar la situación de los ciudadanos, sino pura y simplemente para controlar y explotar petróleo, oro y diamantes, casi siempre en conexión con empresas transnacionales que han suplantado a los propios Estados.

Los africanos tienen que salir de esa especie de acollonamiento paralizante que los reduce a guarismo miseri-

corde, a pura estadística de horror. Y es aquí donde los intelectuales tienen que jugar sus mejores bazas. ¿Dónde están los hijos de Senghor y de Nkrumah, los herederos de Hampate Ba, los correligionarios de Mandela y de Soyinka? Los hay, pero o están oscurecidos por las ominosas dictaduras burocráticas o han tenido que optar por el exilio.

Las causas de la exclusión

Me temo que estamos configurando un mundo que necesita excluidos, para que se pueda mantener el ritmo de crecimiento, de desarrollo, de bienestar en el Norte. Éstas son, a mi juicio, las causas de la exclusión de los africanos:

1. No se les considera sujetos de los mismos derechos que los demás ciudadanos del mundo. Es cierto que no existe una proclamación explícita de este principio, porque repugnaría a la razón, como repugnaba el apartheid. Pero, de facto, hemos etiquetado a los negros como seres inferiores, que no merecen ni siquiera nuestra atención en casos de conflictos bélicos, por ejemplo el de los Grandes Lagos. Sólo se acepta en los medios de comunicación alguna escena especialmente morbosa: casos de las mutilaciones en Sierra Leona y antes en Liberia, porque responde a nuestro esquema de que los negros son unos bárbaros. Lo cómodo y fácil es satanizar a unos pueblos, a los que previamente hemos considerado «salvajes», porque no conocemos nada de su historia, nada de su arte, nada de su literatura, muy poco de su música. Los enjuiciamos desde nuestra óptica cartesiana, con altanero eurocentrismo.
2. De África interesan sólo los recursos (las materias primas) y no sus habitantes. Por eso nadie conoce, ni entrevista, a escritores, científicos, cineastas, dramaturgos, pintores, historiadores, que los hay y muy buenos, porque no obedece al cliché que nos han ofrecido de los negros. Y si la TV, por ejemplo, va a montar alguna serie sobre África, o se queda en la fauna o selecciona los tópicos del folclore, ritos iniciáticos, brujería, hechicería, pueblos apartados «llamados primitivos», todo aquello que se considera exótico.
3. No se tiene ningún reparo en apoyar a las dictaduras o a los regímenes que violan sistemáticamente los derechos humanos, si existen por medio intereses económicos, incluida la venta de armas, la tala indiscriminada de los bosques, la exportación de desechos tóxicos.

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

4. Tampoco se han apoyado los procesos democráticos que surgieron en África a finales de los años ochenta, como consecuencia del fin de la guerra fría y que tantas esperanzas suscitaron en los pueblos africanos. Por eso, estos procesos se han quedado a mitad de camino y en algunos países, como en Burundi, Ruanda, Uganda y los dos Congos en estrepitosos fracasos, ante la indiferencia mundial. Estoy convencido de que las dos guerras civiles en Congo-Kinshasa (la primera de octubre de 1996 hasta mayo de 1997; la segunda desde agosto de 1998 hasta el verano de 2002) no se hubieran producido si se hubiera forzado a Mobutu a cumplir sus promesas de democratización, realizadas en abril de 1990. Y tal vez ni siquiera hubiera tenido lugar el genocidio ruandés de 1994, el golpe de Estado en Burundi de 1993, que truncó la democratización del país... Pero, en ese caso, no se hubiera producido tampoco el expolio de recursos de diamantes y de oro...
5. No se financian organizaciones locales que luchan por exigir el cumplimiento de los derechos humanos. Cuando encarcelan, torturan o asesinan a quienes exigen estos derechos, no se informa de ello, ni se piden responsabilidades a los gobiernos que cometen estas tropelías. Pinochet es un dictador aficionado, si lo comparamos con algunos dirigentes africanos que hoy gozan de un dorado exilio en el extranjero o que siguen gobernando su país como si se tratara de una finca particular. ¿Le incomoda y preocupa a alguien?
6. Los países africanos no se benefician de las nuevas tecnologías, debido a lo cual seguirán durante mucho tiempo en la cola del desarrollo y del interés de los países desarrollados. Se mantendrán así en la marginación cultural, recibiendo únicamente aquello que los países del Norte les quieran brindar. Porque las nuevas tecnologías no son neutrales y, a la larga, se convierten en una forma de dominio económico y cultural. Se excluye así a la mayoría de los africanos del nuevo orden comunicacional.
7. Se está permitiendo que decenas de miles de mujeres africanas sufran mutilaciones genitales, por razones religiosas o costumbres que impiden la plenitud de derechos como personas humanas. Es más, la mujer africana, que es la que lleva el peso de la economía informal —gracias a la cual es posible hoy subsistir en muchos países africanos—, no es tomada en cuenta a la hora de planificar el desarrollo. Deciden los hombres en unas sociedades donde el peso de la economía cotidiana recae sobre los hombros de las mujeres.



8. Se está permitiendo que algunos regímenes, como el de Sudán, toleren, fomenten y usen la esclavitud pura y dura como medio de dominación de los pueblos negros sudaneses, con el apoyo, más o menos tácito e implícito, de países como Francia y China, por razones de intereses petroleros. Otros países, como Ruanda y Burundi, están violando sistemáticamente los derechos humanos, reclutando a decenas de miles de ciudadanos en campos de concentración, acusando de genocidio —en el caso de Ruanda— a personas inocentes, manteniendo en la cárcel a decenas de miles de personas, para depurar a la etnia mayoritaria. Ruanda se llegó a convertir, con Uganda y Zimbabue, en uno de los países exportadores de diamantes, hasta el punto de que la misma De Beers abrió oficinas en Kigali.
9. Se sospecha que por intereses de las grandes multinacionales de los laboratorios no se está acelerando la creación de una vacuna contra la malaria, que causa al año la muerte de decenas de miles de africanos, a pesar de los esfuerzos tan encomiables del Dr. Elkin Patarroyo.
10. No se está ayudando a los gobiernos africanos a luchar eficazmente contra el sida, que está diezmando a países enteros y haciendo descender en algunos países la esperanza de vida de 60 a 40 años. ¿Cuándo se entenderá que un africano, con sida o sin él, es igual a cualquier europeo?
11. Desde un punto de vista interno, la mayoría de los dirigentes africanos se han preocupado más de mantenerse en el poder, impulsando incluso el nepotismo y el tribalismo (como en Togo y Guinea Ecuatorial, por ejemplo) que de hacer partícipes a todos los ciudadanos de la gestión política. Esto ha propiciado la exclu-

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?



sión de magníficos ciudadanos y ha favorecido la fuga de cerebros, que es una auténtica sangría para los países africanos, al tiempo que benefician el desarrollo de los países industrializados.

12. La mayoría de los dirigentes africanos han hecho de la corrupción una forma de Estado, apropiándose de las instituciones públicas y de los recursos del país para el lucro personal. Se ha privado así a la mayoría de los ciudadanos de participar en la Administración pública y se han amasado fortunas escandalosas, en medio del empobrecimiento progresivo de los ciudadanos. El Estado de derecho ha quedado reducido a una parafernalia externa, desprovisto en su misma raíz de legitimidad, lo que ha favorecido —y favorece— la insurrección de grupos armados, la inestabilidad, la represión y el desprecio de los ciudadanos. El ejemplo excepcional de Julius Nyerere, que acaba de fallecer en medio del respeto de todos los tanzanos y del mundo entero, nos demuestra que es posible la integridad y la honestidad.

Baste como botones de muestra. Todos estos aspectos nos están mostrando la cara de los excluidos, que no lo son por voluntad propia, sino porque a los excluyentes de dentro y de fuera así les conviene para mantener el dominio y la explotación de la mayoría de la población africana.

Las numerosas guerras que ha padecido África en los últimos años, con su larga cohorte de refugiados y desplazados (sólo en Angola se habló de dos millones de despla-

zados y más de 500.000 muertos), no lo han sido ni por razones de liberación, ni para cambiar unos regímenes tiránicos por otros más democráticos, sino por motivos de poder y de dominio, en los que se confunden los objetivos militares con los civiles y económicos. Al faltar el pretexto ideológico, estas guerras africanas se han cebado en poblaciones civiles indefensas, sin ninguna cobertura estatal ni internacional, como si se tratara de gente residual, que ni siquiera cuenta como estadística.

Nunca se produjeron en África tantas guerras a la vez, con implicación directa de otros países africanos (el caso de los Grandes Lagos es lacerante), debido sobre todo a la avaricia. Pero el resultado está siendo una devaluación de la vida y unas formas de violencia que afectan directamente a millones de personas indefensas, muchas veces tratadas con un desprecio rayano en la demencia. No han cometido más delito que haber nacido en un país africano desgobernado. Y esto sucede en pueblos y culturas que han tenido desde tiempos inmemoriales un respeto sagrado a la vida.

Lo ocurrido en Ruanda en 1994 ha sentado un precedente muy peligroso. El gobierno ruandés, copado ahora por la minoría tutsi, está llevando a cabo una política de contragenocidio, discriminando a la mayoría hutu y creando campos de concentración, sin que la comunidad internacional se atreva a denunciarlo, como si quisiera de esta manera lavar su mala conciencia por permitir el genocidio de 1994.

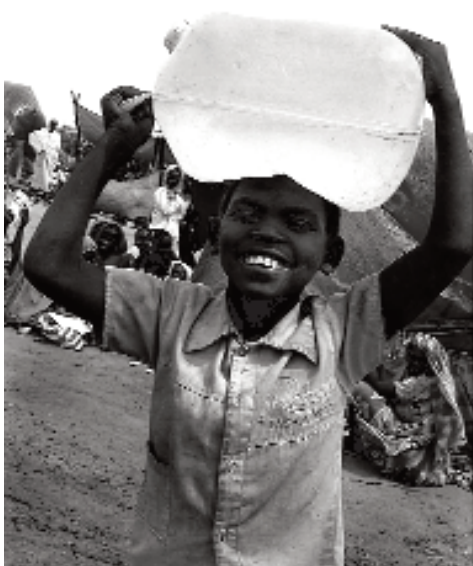
En África no habrá paz, ni desarrollo ni democracia si no se respetan los derechos humanos. Y, si no se apoyan y fomentan unos Estados en los que confluyan poder, derecho y Estado de derecho, estaremos condenando a millones de africanos a ser ciudadanos de segunda o tercera categoría, explotados por los dictadores de turno, con el respaldo occidental, cuando median intereses económicos; en Angola, el petróleo y los diamantes; en la República Democrática de Congo, el oro, el cobalto, el uranio, el cobre, los diamantes, las tierras fértiles...

Así es imposible evitar las exclusiones. Pero lo terrible es que, por tratarse de africanos, no nos preocupe lo más mínimo.

Problemas viejos en moldes nuevos

Por José Luis Cortés López

Africanista



La población de África al sur del Sahara está en torno a los 860 millones de habitantes, que generan anualmente unos 27 millones de nuevos nacimientos. Existe en el África subsahariana una elevada tasa de fecundidad, 5,6%, que no sólo es la más alta del planeta, sino que, incluso, supera en más del doble a la media del resto del mundo (2,7%). Pero se está observando un descenso, en algunos casos sensible, del número de hijos por mujer. En consonancia con este fenómeno está la tasa de natalidad (en África, el 4%, casi el doble que la mundial, 2,1%), que también es la más elevada del mundo.

También África subsahariana ostenta el récord negativo en cuanto a las tasas de mortalidad en general, es decir, el número de defunciones por cada 100 habitantes, aunque su reducción es evidente: 2,1% en 1970 y 1,6% en 2001; la media mundial para esos años fue del 1,3% y 0,9% respectivamente. Si nos fijamos en la mortalidad infantil, la distancia con respecto al resto del mundo se amplía. Para los años 1960 y 2001, el índice de muertes de niños menores de un año sería para África de 15,2% y de 10,7% respectivamente, mientras que para el resto del mundo se situaría en el 12,6% y en el 5,7%. Para estos mismos años, la tasa de mortalidad de niños menores de cinco años fue del 25,3% y 17,3% para África y de 18,7% y de 8,2% para el resto del mundo. Ahora bien, en este último período no están aún recogidas las incidencias negativas que está teniendo el sida, tanto en la mortalidad como en el crecimiento demográfico, por lo que en la actualidad tendríamos que aumentar casi en dos décimas la tasa de la primera y reducirlas del crecimiento.

También el sida es el responsable principal del descenso de la esperanza de vida, que, hasta el año 2000, había ido en aumento constante. De 44 años de media que había en 1970, se pasó al final de los años noventa a los 49 (51 años para las mujeres y 47,3 para los hombres). Pero ya en el 2000 comenzaron a sentirse los estragos de esta plaga y la esperanza de vida bajó a 46,3 años para las mujeres y a 44,8 para los hombres (la media mundial era entonces de 64 años). Siguiendo el ritmo de crecimiento previsto, en la actualidad se deberían haber alcanzado los

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

60 años, pero apenas si se sobrepasan los 40; es decir, una pérdida de unos veinte años de vida. En unos cinco años aproximadamente, esta esperanza de vida se situará en menos de 40 años en treinta y dos países africanos.

Ocupación irregular de los espacios

Las grandes extensiones desérticas y los densos bosques tropicales, así como ciertos lugares propicios a la proliferación de enfermedades infecciosas para las personas o animales (ceguera de los ríos, paludismo, enfermedad del sueño, etc.), hacen que las concentraciones humanas se fijen en áreas bastante determinadas, y que zonas muy extensas estén prácticamente vacías desde el punto de vista demográfico; de aquí que podamos afirmar que África es un continente subpoblado, con una densidad cercana a los 27 habitantes por kilómetro cuadrado. A pesar de esto, hay regiones con elevada demografía, como las islas del Índico, excepto Madagascar, la región de los Grandes Lagos, Gambia y norte de Nigeria; con algo menos están las costas atlánticas desde Senegal a Nigeria, el país mossi en Burkina, la parte oriental de Kenia, las comarcas centrales de Etiopía y las zonas meridionales del lago Malaui.

En cualquiera de estos puntos se trata de una población muy joven, ya que más de la mitad de los habitantes subsaharianos, unos 350 millones, tienen menos de dieciocho años; es, pues, la mayor proporción de jóvenes existente en el planeta. Este desequilibrio social es el origen de problemas muy serios, que los gobiernos apenas si pueden afrontar; tal vez los dos más importantes sean el procurar a estos jóvenes una educación adecuada y el proporcionarles una salida laboral.

Los jóvenes tienden a buscar la solución a estos problemas abandonando el medio rural en el que han nacido y emigrando a otros lugares, especialmente las ciudades. El crecimiento urbano es una de las características más acusadas de África; si en 1960 la población urbana representaba solamente el 10%, treinta años más tarde se había más que triplicado (32%), para situarse en la actualidad en torno al 36%. Aunque todavía la población urbana de África sea inferior a la media del mundo (48%), su índice de crecimiento urbano duplica al resto del mundo, por lo que no tardará mucho en equipararse. En África subsahariana, para el período 1970-1990 se tuvo un crecimiento urbano medio del 4,5%. Este porcentaje subió al 4,7% para el decenio siguiente, mientras que en el resto del mundo se mantuvo para ambos períodos el 2,4%.

Los retos del bienestar

Una sociedad equilibrada se basa en la consecución progresiva de condiciones materiales que le permitan alcanzar cotas cada vez más grandes de bienestar; lograr que los africanos vivan mejor debería ser la meta política de todos los gobernantes del continente. Es una tarea necesaria que exige la implicación total de los recursos de los estados, porque la carencia de las necesidades materiales lleva consigo la desintegración de cualquier comunidad humana. De forma muy generalizada podríamos decir a este respecto que, después de 45 años de independencia, África no ha conseguido aún avanzar en la mejora de sus condiciones de vida, y si en los años sesenta la distancia entre países ricos y pobres era de 30 a 1, a principios de este milenio el desfase se ha más que duplicado (65 a 1).

En los años ochenta, el hambre y la desnutrición, principales índices de la pobreza, afectaban a 180 millones de africanos, pasando, a mediados de la década siguiente, a 200 millones. El 43% de los desnutridos que había entonces en el mundo estaban en África, donde el 54% de sus habitantes vivían por debajo del umbral de la pobreza. Una de las causas de esta situación es el deterioro del medio ambiente. En la Convención de las Tierras Áridas, celebrada en junio de 1994, se señaló que treinta y cinco países africanos conocían graves problemas de degradación de sus suelos y que diecisiete apenas tenían recursos para financiar sus importaciones alimentarias.

La voz de alarma ante este desequilibrio mundial, que urge cortar de raíz para emprender un nuevo orden internacional, se ha dado en sucesivas ocasiones. Muchas conferencias se han organizado para fijar directrices y apuntar soluciones. Aunque la experiencia nos ha enseñado la escasa incidencia de las mismas, sin embargo han servido, al menos, para presentar un panorama real de las necesidades de la gente y enunciar una serie de buenos propósitos. Así, en la cumbre mundial de la FAO, desarrollada en Roma en noviembre de 1996, se tomó como objetivo «reducir a la mitad la población afectada por el hambre». Para ello se hizo una promesa solemne: «Prometemos consagrar nuestra voluntad política y nuestra dedicación común a conseguir la seguridad alimentaria para todos».

Los dirigentes africanos se reunieron en Libreville (Gabón) en enero de 2000 e hicieron su propia Cumbre sobre el Crecimiento y la Reducción de la Pobreza en África Subsahariana. Los expertos aseguraron que África tendría que mantener un crecimiento del 8% anual para disminuir antes del 2015 el número de personas que viven en la extrema pobreza. También aseguraron que la

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

reducción de la deuda no sería suficiente para erradicar la pobreza, al tiempo que los presidentes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional aseguraron que abandonarían la financiación de los proyectos macroeconómicos y que, en adelante, mantendrían una visión «más social» a la hora de destinar préstamos y financiar objetivos. Por su parte, los gobiernos africanos se comprometieron a destinar el producto de la reducción de la deuda a luchar contra la pobreza.

El nuevo milenio está recogiendo las consecuencias de su falta de interés. El informe de la FAO sobre el Estado de Inseguridad Alimentaria en el Mundo, de octubre de 2000, afirmaba: «En África subsahariana hay 186 millones de subalimentados con un déficit energético cotidiano de más de trescientas calorías. Su número aumentará por el crecimiento demográfico. De los veinticuatro países que tienen grandes dificultades para alimentar a su población, dieciocho son africanos».

Mejorar la vida material de los africanos supone fundamentalmente regular su acceso normal al agua potable. Resulta paradójico que, contando el continente con algunas de las reservas acuíferas más importantes del mundo, se prevea que para 2010 unos 400 millones de africanos vivirán en diecisiete países con importante carencia de reservas de agua. África sólo emplea el 4% de sus recursos de agua y riega únicamente el 7% de sus tierras cultivables.

En la actualidad, el porcentaje de la población subsahariana que utiliza agua potable convenientemente tratada es del 57% (83% de la población urbana y 44% de la población rural), frente al 82% en el resto del mundo (95% de la población urbana y 71% de la población rural). Las personas que usan instalaciones adecuadas de saneamiento sólo alcanza al 53% (73% en áreas urbanas y 43% en zonas rurales) en África subsahariana, por debajo de la media mundial: 61% (85% en el medio urbano y 40% en el medio rural). La Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que el 80% de todas las enfermedades producidas en el Tercer Mundo se debe a las inadecuadas condiciones del suministro de agua y de las redes de saneamiento.

En la Cumbre del Milenio, celebrada en Nueva York en septiembre de 2000, se volvió a insistir en los mismos buenos propósitos y se recogió un programa cuya aplicación pondría a África en camino de conseguir su bienestar: eliminar la disparidad de género en la enseñanza primaria y secundaria, reducir en dos tercios la mortalidad infantil, disminuir en tres cuartas partes la mortalidad materna, rebajar a la mitad la población que carezca de acceso al agua potable, reducir a la mitad la población

que pasa hambre, matricular a todos los niños y que consigan terminar un ciclo completo y, sobre todo, bajar a la mitad las personas que viven en extrema pobreza.

La fuga de cerebros

Uno de los esfuerzos económicos más fuertes que han llevado a cabo los gobiernos africanos ha sido la formación del personal para hacerse cargo de la administración en todas sus ramas, así como de la sanidad y de la enseñanza. Pues bien, debido a la situación inestable en muchos países, a la persecución política o a la mala remuneración de sus servicios, gran parte de estas personas capacitadas abandonan sus países en busca de mejores salariales en otros lugares o, si han hecho sus estudios en el extranjero, ya no vuelven a sus puntos de origen. En octubre de 2000, Brunson Mckinley, director de la Organización para la Inmigración Internacional (OII), declaró que África pierde un 30% de mano de obra cualificada en provecho de los países desarrollados.

Esta fuga de cerebros deja a muchos países sin recursos humanos suficientes para sostener el desarrollo económico y construir estructuras básicas adecuadas, lo que contribuye a crear una separación más grande entre países pobres y ricos. Algunos de estos países favorecen legalmente esta captación de gente cualificada, como es el caso de Estados Unidos que, en 1998, aprobó una ley que permite el aumento anual de 50.000 visados concedidos a extranjeros que vayan a trabajar en el sector de la tecnología, de la informática y de las comunicaciones. Se calcula que tanto en Estados Unidos como en los países occidentales hay unos 100.000 africanos altamente cualificados e ingenieros de fama internacional.

Según la citada OII, unos 20.000 titulados africanos abandonan África anualmente para buscar trabajo en los países occidentales. Por citar un caso concreto, la UNESCO señalaba en el año 2000 que el 60% de los médicos togoleses y ghanesanos formados a mediados de los años ochenta ejercían su profesión en países europeos y en Norteamérica. Mientras tanto, los gobiernos africanos deben desembolsar anualmente 4.000 millones de dólares para contratar expertos extranjeros. En diciembre de ese mismo año se reunía en Addis Abeba una conferencia interafricana para frenar la «huida de cerebros hacia Occidente»; pero de poco valen la persuasión y las buenas intenciones si no van acompañadas de las condiciones necesarias para que estas personas puedan desarrollar su labor profesional.

ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?

Esclavitud y niños soldados

A las personas no muy familiarizadas con la sociedad africana les resultará muy chocante que se pueda hablar de una verdadera «esclavitud» física en nuestros días. Todos han oído hablar de la exportación de esclavos africanos a América y para la gran mayoría allí empezó y acabó esta tragedia africana. Pero no, muy sutilmente ha perdurado en el continente y continúa practicándose en la actualidad mediante el rapto o la compra de adolescentes de ambos sexos que, posteriormente, son enviados a sociedades de tradición árabe donde se los emplea en trabajos materiales o se los introduce en los harenes.

Uno de los lugares donde más se practica este tipo de esclavitud física es Sudán, donde una permanente guerra civil es aprovechada por tribus arabizadas que se dedican a raptar niños negros y a montar mercados públicos de venta en zonas del centro y del norte de país. Los compradores los revenden a personajes ricos de Jartum o del Próximo Oriente o, incluso, a los familiares, que deben pagar por sus propios hijos una cantidad de dinero para rescatarlos. La organización Solidaridad Cristiana Internacional, dedicada a liberar esclavos en este país, afirma que en la segunda mitad del año 2001 rescató a 14.550 esclavos, y que, entre 1995 y 2002, había contribuido a conseguir la liberación de unos 78.000 esclavos. Kofi Annan, en un discurso con motivo del día mundial de la abolición de la esclavitud, el 2 de diciembre de 1999, afirmó: «La pervivencia de la esclavitud se sigue observando en una época en la que tanto se habla de los derechos humanos».

Otra organización, SOS Esclavos, publicaba en mayo de 2000 su cuarto informe anual sobre la esclavitud, y aludía al caso de Mauritania; hacía veinte años que una ordenanza presidencial había prohibido la práctica de la esclavitud, pero «fuera de las ciudades y, particularmente, entre las poblaciones nómadas, los esclavos son todavía la principal mano de obra»; los harratines, descendientes de esclavos negros, siguen siendo ciudadanos de segunda clase. Sobre este mismo país otro informe de Amnistía Internacional, publicado en noviembre de 2002, decía textualmente: «El gobierno de Mauritania debe cesar de violar sus propias leyes y acabar con la esclavitud, que es una afrenta horrible a la dignidad humana y a la libertad».

Paralelamente a esta esclavitud física, está la otra de tipo laboral, que origina un tráfico de seres humanos cuya

explotación es ejercida por mafias organizadas y gente sin escrúpulos. Según la OII, unos cuatro millones de personas en el mundo son víctimas de este negocio que, en los últimos diez años, ha experimentado un aumento de beneficios del 400%. En países como Marruecos este tráfico es más próspero que el de la droga. La UNICEF publicó en abril de 2001 que en África occidental unos 200.000 niños estaban sometidos a trabajos forzados o semiforzados y que, con frecuencia, la miseria en que viven los padres les obliga a «venderlos» por unos 14 dólares a traficantes que les prometen llevarlos a Gabón o Costa de Marfil, donde les aseguran que llevarán una vida mejor.

Con frecuencia muchos de estos niños terminan en la prostitución o trabajando más de quince horas diarias. Algo semejante les está pasando a muchos niños somalíes ante la situación catastrófica y descontrolada que conoce su país. Los padres, conscientes de la nula esperanza que tienen sus hijos de aspirar a algún porvenir, contratan a personas especializadas que, por unos 300 dólares, les prometen sacarlos del país y llevarlos a regiones donde supuestamente encontrarán mejores condiciones de vida. En la mayoría de las ocasiones este deseo no se cumple y causa además la ruina de los padres, que entregan todo lo que tienen con la intención de dar algo bueno a sus hijos. Ante todos estos nuevos abusos, la Conferencia Mundial Contra el Racismo y la Discriminación, reunida en Durban en septiembre de 2001, propuso que cualquier clase de esclavitud se declarara «crimen contra la Humanidad».

A la explotación laboral del niño se añade el fenómeno nuevo de su utilización militar, apareciendo en el mundo, y especialmente en África, la figura del niño-soldado. A finales de la década de los noventa, África gastó 57.000 millones de dólares en armamento, duplicando sus gastos en este sector; este gasto supuso que su participación en el comercio armamentista mundial pasara del 1,8% al 3%. El aumento de los conflictos repercutió directamente en los niños que, en número de unos 125.000, fueron protagonistas directos de los mismos. Ante su aumento, en mayo de 2000 la ONU añadió un nuevo protocolo a la convención sobre los derechos del niño, en el que se prohibía todo reclutamiento por la fuerza de menores, tanto en el ejército regular como en los movimientos rebeldes, exigiendo a los gobiernos que se aumentara la edad mínima para alistarse voluntariamente.

SIDA en África: ¿derechos humanos *versus* moral católica?

.....
Dr. Juan E. Garay

Médico, expresidente del comité regional de
SIDA, Matabeleland South (Zimbabwe)

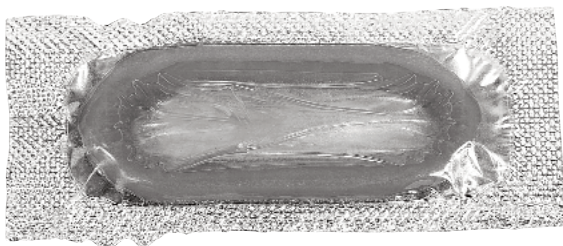
.....

Según el último informe de ONUSIDA, el SIDA continúa avanzando en África sub-sahariana. En extensas regiones de África sub-ecuatorial, cada familia extendida africana cuenta con un miembro sufriendo la enfermedad. En Zimbabwe, uno de cada cuatro adultos está infectado por el virus del SIDA. Esta enfermedad es ya la primera causa de muerte en todos los grupos de edad y ha retrasado los niveles de mortalidad infantil y de esperanza de vida a los de hace 50 años. Por otro lado, la estructura económica mundial y los privilegios de patente de las multinacionales farmacéuticas, hacen que el 90% de los enfermos de SIDA en el mundo —los que viven en Países en Vías de Desarrollo—, no tengan acceso a tratamiento de la infección y sólo a apenas un 10% de los tratamientos de las infecciones asociadas, prácticamente sólo a tuberculosis y micosis superficiales. La agonía sin esperanza de casi dos millones de africanos cada año sigue aumentando la cifra 8 millones de huérfanos del SIDA en el continente. El SIDA en África es posiblemente el mayor sufrimiento humano que existe en estos momentos en el mundo.

Los Ministerios de Salud de muchos países africanos y de muchas organizaciones no gubernamentales (ONGs) involucradas en la prevención del SIDA, promueven campañas de información sobre el SIDA a todos los niveles. El SIDA está en la radio, la televisión, la prensa, las conversaciones en la calle... Ya se va perdiendo el miedo a aceptarlo, ya se habla de políticos y famosos que mueren de SIDA... Sin embargo, en muchas regiones de África, los estudios de seroprevalencia (proporción de infectados) en muestras anónimas de mujeres embarazadas que acuden a controles antenatales, indican que la infección continúa en expansión. Sólo en África se calculan casi 4 millones de nuevas infecciones el pasado años, más de medio millón en niños. A pesar de las campañas de educación, la transmisión sexual sigue en aumento. Es posible que el virus del SIDA en África, el más evolucionado, esté aumentando su capacidad de transmisión por vía sexual.

La mayoría de los gobiernos africanos orientan sus mensajes para la prevención del SIDA en torno a disminuir el número de compañeros sexuales hacia el ideal de un solo compañero/a de por vida. Con diferentes palabras, los mensajes religiosos en torno al SIDA se basan en el mismo principio: «Abstinencia antes del matrimonio, fidelidad después», reza (nunca mejor dicho) un póster de la Iglesia católica de Zimbabwe. En muchos lugares, el nivel de conocimiento sobre los modos de transmisión del SIDA es bastante elevado.

Cuando la relación íntima no es «segura» (ha habido relaciones previas sin protección, por alguna de las partes), hecho muy frecuente en todas las culturas y religio-



ÁFRICA: ¿A DÓNDE VA?



nes, los Ministerios de Salud africanos, al igual que la Organización Mundial de la Salud, promocionan el uso adecuado del preservativo. El mensaje de la Iglesia Católica, o bien evita mención al uso del preservativo o bien lo critica como inmoral o acusándole de alto riesgo de fallos, sin evidencia científica para ello. En Zimbabwe, la prensa se ha hecho repetidas veces eco de informes de la Iglesia en los que incluso llegan a atribuir al preservativo un fallo de cada tres veces que se use.

Al margen de consideraciones morales, los hechos científicos indican que los preservativos masculinos ayudan a prevenir la transmisión del VIH. Cuando se usa de forma correcta, el estudio más extenso en parejas serodiscordantes (donde uno está infectado y el otro no) heterosexuales (256 parejas seguidas durante 22 meses), demostró una protección total (ni un solo contagio en más de 40000 relaciones de riesgo). Está demostrado científicamente que el preservativo masculino previene eficazmente de la infección. La mayoría de las vacunaciones durante la infancia u otras medidas preventivas en Salud Pública tienen índices de protección muchísimo menores.

La moral de la Iglesia Católica descarta el uso del preservativo masculino en la prevención de la transmisión. Ni en África ni en el resto del mundo, como hace poco nos han recordado en España. Pero en África las consecuencias son mayores: por un lado, el 60% de las camas hospitalarias en África rural sub-sahariana dependen de misiones religiosas. Una proporción parecida o mayor tiene que ver con escuelas primarias y secundarias. En la mayoría de los casos, estas escuelas y hospitales de misión son los únicos en la zona y la población no tiene otra opción. Por otro lado, la proporción de personas infectadas, la facilidad del virus para la transmisión heterosexual y las pocas o nulas posibilidades de tratamiento hacen de la prevención casi una tabla de supervivencia para pueblos enteros de esta región. Estos hechos reflejan la inmensa tarea de la Iglesia en el bienestar y el desarrollo de los pueblos más desfavorecidos del planeta, labor que deja pequeñas a todas las ONGs aconfesionales juntas. El que firma ha sido testigo de ello y entusiasta colaborador en muchos países de África. Y sigo siéndolo. Pero además de la satisfacción por el esfuerzo, la Iglesia debe sentir la responsabilidad de su testimonio solidario y de ser para varios cientos de millones de africanos, la mayoría de las personas infectadas por el virus del SIDA en el mundo, su única posibilidad de prevención. De supervivencia. Es, posiblemente, uno de los mayores retos a los que se enfrenta la Iglesia al final del milenio. De momento, no ha asumido su inmensa responsabilidad, y con todo el respeto que me merecen miles de religiosos dedicando su vida al bienestar de los menos favorecidos, me pregunto si la Iglesia Católica lucha por los derechos humanos: *Artículo 3: Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.* Parece que la prio-

ridad para la Iglesia Católica no es preservar la vida. El no colaborar en la forma más efectiva conocida, y por sus principios morales, en su inmensa responsabilidad como garante de la educación y la salud de cientos de millones de personas, le convierte en *cómplice pasivo* de este tremendo sufrimiento humano de finales de siglo.

Más aún: el que firma este documento no pudo como médico respetar la obstrucción de la Iglesia a la promoción del uso del preservativo y respetar a su vez el Juramento hipocrático de preservar a la vida de sus pacientes. Un ejemplo: ante una pareja «serodiscordante» (uno infectado, el otro no), la intervención más importante como médico es la de recomendar el uso del preservativo. ¿Qué médico puede obviar este hecho y dormir tranquilo?

En 1995, las conferencias episcopales de Francia y Portugal llegaron a admitir la posibilidad de permitir el uso del preservativo en determinadas situaciones clínicas. Poco después Mozambique siguió estos pasos y pensábamos que vendrían tiempos nuevos. Pero el Vaticano hizo que los obispos de esos países se retractasen. El único mensaje hacia las personas infectadas es la abstención.

Creo que la Iglesia se encuentra ante una inmensa responsabilidad. Garante de la salud de millones de personas, se niega, por prejuicios (convicciones para los creyentes) morales, a utilizar el método más efectivo en paliar tan tremendo sufrimiento humano.

Hubo tiempos en que otros prejuicios evitaban conocer la anatomía, e incluso atender parturientas con complicaciones. La Iglesia fue evolucionando y aceptando como el conocimiento humano podía aliviar el sufrimiento. Al final de este milenio, 16.000 personas, la mayoría de ellas en el mundo pobre y para los que una infección de VIH supone una corta vida y enorme sufrimiento personal y familiar, se están infectando cada día por el VIH. La colaboración valiente de la Iglesia, más sensible a tan inmenso dolor humano que a acortar la libertad moral, podría ser fundamental en luchar contra esta pandemia que amenaza a la misma supervivencia de muchos pueblos de África sub-sahariana.

Notas bibliográficas

- Cafes WE jr, Stone KW. «Family planning, sexually transmitted diseases and contraceptive choice: a literature update-part I». *Fa Plain Perspect* 1992; 24 (2): 75-84.
- «HIV ans AIDS», pp. 51-74. In: *Contraceptive technology*, 16th ed. Hatcher RA, Trussell J, Stewart F et al. Irvington eds. New York (USA) 1994.
- De Vicenzi I, «for the European Communities Study Group on heterosexual transmission of HIV», European Centre for he Epidemiological Monitoring of AIDS, París, France. *Heterosexual transmission of HIV in a European cohort of couples. Abstract WSC021*. Presented at the Ninth International Conference on AIDS, June 6-11, 1993, Berlin, Germany.
- Kelly RSJ. «Life style with the virus», pp. 41-44. In: *Calming the storm. Christian reflections on AIDS*. Mission Press, Zambia, 1994.